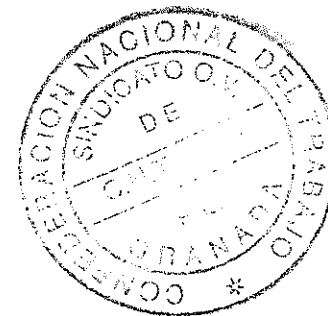


Jules Henry
Leon Léger

LOS HOMBRES SE
DROGAN,
EL ESTADO SE
FORTALECE



LAERTES S. A. DE EDICIONES

UN HECHO

Más de la mitad de la población de los países en los que reinan las condiciones modernas de producción está drogada, luego se droga.

No vamos aquí a englobar bajo la denominación de droga lo que de una manera general y burda se entiende como *alienación social*; a saber, todo un lote de “fenómenos alienantes”, tales como la ideología, el P.M.U.,^(*) la televisión, la Cultura al alcance de todos, etc. Todo esto aliena, pero no droga.

Llamamos *droga* a todo producto, natural o sintético, concebido y consumido con el fin de obtener un efecto psicotropo; es decir, una modificación de la actividad mental.

Drogarse —o estar drogado— debe entenderse ante todo como el acto estricto de consumir voluntariamen-

(*) N. del T. —Pari Mutuel Urbain— Apuestas mútuas en las carreras de caballos, equivalentes a nuestras quinientas en fútbol.

te la droga por su efecto psicotropo, sin prejuzgar las razones y circunstancias que rodean o determinan este acto. Así la inyección de una dosis de morfina o la ingestión de diazepam (Valium) deben ser consideradas en el marco del acto voluntario del individuo que se droga.

El límite de la *voluntariedad* de este acto debe situarse en aquellas situaciones en las que el acto —es decir, la toma del producto psicotropo— se reduce a la administración de una droga a un organismo humano en la ignorancia o contra la voluntad del individuo drogado. Se incluyen aquí todos los casos de intoxicación accidental, los episodios confusionales con pérdida de la facultad de decisión o de la conciencia (estados de coma o colapsos) en el curso de los cuales puede administrarse una droga, y asimismo las situaciones en las que algunos hombres son drogados a sabiendas con particulares fines de *seguridad social*: tortura, reeducación social en los países estalinistas, excitación encubierta de milicias oficiales o paralelas, *tranquilización* de la población —que lo ignora— mediante drogas añadidas al agua corriente o a los alimentos, y cualquier otra práctica de este género, verídica o probable.

Por consiguiente, el hecho de estar drogado necesita en un momento dado del acto de drogarse.

Una sola distinción es admitida para drogas en las legislaciones de los países modernos. Algunas están prohibidas, su consumo y distribución constituyen delitos definidos y castigados; otras son legales, incluso pagadas por el Estado; otras están simplemente toleradas o reglamentadas: el alcohol y el cannabis se hallan

en los límites a uno y otro extremo de este distingo oficial. Son, por consiguiente, prohibidas y difamadas únicamente aquellas drogas que son consideradas “verdaderas” drogas a causa de su dureza: la heroína, la cocaína, por ejemplo. Son ignoradas en cambio como drogas todas las otras a las que, según parece, no se les puede aplicar una denominación tan vergonzosa; por ejemplo, *todos los medicamentos psicotropos*, mayores o menores: el alcohol, el te, el café, etc.

La toxicomanía es unitaria: es uno de los factores determinantes de la vida social actual.

Si más de la mitad de la población de los países en los que reinan las condiciones modernas de producción está drogada, es decir se droga, y por ese *remedio* a una necesidad sentida tiende a alienarse —es decir, a transformarse en el sentido humano más fuerte con el fin de *permanecer vivo* bajo una cierta forma histórica— es que los hombres de esta civilización REIVINDICAN esta alienación y SE CONFORMAN con ella en el momento en que esta alienación tiende a convertirse en la vida social misma.

LA PROPENSION CONTEMPORANEA

Para comprender la invasión de las drogas en la vida social vamos a partir no de las ideas recibidas ni de sus propiedades —sobre todo de aquella puramente inventada, que les atribuye el poder de engendrar la toxicomanía¹ — sino de los hechos sociales primeros que son las *necesidades humanas*, tal como se manifiestan por el consumo de drogas.

En su manifestación más conocida, estas necesidades se muestran a nuestros contemporáneos como “males” que reclaman su “remedio”.

La droga permite eliminar, durante un tiempo determinado, una alteración de las facultades físicas y psíquicas. La droga se consume —los hombres se drogan— cuando la alteración sufrida se manifiesta en tal momento y en tal grado que a estos hombres, que *son* esta alteración, les resulta imposible, socialmente, someterse a ella. La droga, por ejemplo, no alivia el “dolor de cabeza”. Todo esto no es más que imaginación metafísica para hacer que se venda como se venden algunos jabones con la pretensión de limpiar metafísicamente la profundidad de las ropas...

El problema planteado a estos hombres por esta alteración que ellos *son* y que experimentan, y que es eludida misteriosamente con el concepto extravagante de “trastorno mental”, no es otra cosa que una manifestación de la “cuestión social”: es decir, de la necesidad vivida y sentida de una revolución social, pero manifestada bajo una forma y un estado de alteración sentida individualmente que nos obligan a considerar normal y natural.

El hecho de que estos hombres no puedan adaptarse a un sistema social que los produce, los piensa y los juzga en valor de uso, constituye la razón convenida de la existencia de la necesidad y uso de toda la gama de los psicotropos. Estos hombres, fabricados de cabo a rabo según el uso que se pretende hacer de ellos, tienen necesidad de drogas que, alterando la conciencia, permitan la anulación química pura y simple de la alteración percibida en primer lugar que impedía la supervivencia reclamada por las necesidades de uso del capitalismo.

Así pues está claro que es precisamente el rechazo del uso de la vida social lo que engendra esto que se conoce con el nombre de malestar y que percibido de esta suerte se manifiesta como la necesidad de otra forma de vida. Esta necesidad, conformada por el código de explicación del sistema del valor del uso, la necesidad de un “remedio”, existe hoy socialmente tanto en su *respuesta*, la ideología del “remedio”, como en lo trivial de esta respuesta: la droga real activa.

Existen diversidad de males según la agudeza de su percepción y se traducen en la necesidad de suspender el trastorno en determinadas situaciones vividas; a fin de

que los hombres puedan cumplir con la necesidad social de sobrevivir, se entiende, en esta vida social. Lo que sería imposible sin la cooperación de este auxiliar químico que es la droga.

La necesidad de la droga, sentida como tal necesidad, reclama aquel producto considerado como remedio de todas aquellas situaciones que resultarían sin él intolerables, modificándolas al permitir a la vez superarlas y eludir la conciencia turbada por la experiencia de la dificultad vivida. Puesto que la deseada abolición del estado social actual, que se constituye como una alteración humana que engendra tanto la idea de su pretendida eliminación-curación por medio de la droga, como la misma droga, no puede ser alcanzada por aquel que la reclama en solitario, fuera de la revolución social, la primera función de la droga es proporcionar artificialmente la satisfacción reclamada impidiendo la conciencia de los "males". Su acción altera la percepción y pone entre paréntesis los trastornos sufridos.

El sistema social es en consecuencia corroborado, porque es aceptado de nuevo, pero la realidad humana sigue alterándose fuera de su percepción.

La alteración producida por la droga no es más que la alteración de una alteración original que es el trastorno vivido y percibido, y la droga, al borrar químicamente la conciencia de la perturbación, la confirma como tal, es decir, como alteración humana original.

La alteración, bajo este manto alterador, se desarrolla y se construye con una materia que no puede ser percibida por el alienado o por el observador si no es en las manifestaciones somáticas o psíquicas de esta construcción.

Una vez creado el "malestar", a pesar de la droga y gracias a ella, hasta tal punto que el hombre debe doblegarse constantemente a su violencia descerebrante y debe recurrir a drogas más violentas en el momento en que las primitivas ya no actúan suficientemente y en que el malestar es sentido a un nivel cualitativamente superior, el hombre alterado siente la necesidad de un crecimiento cualitativo de la alteración por la droga. En esta identidad toxicomanía y alteración se realizan dialécticamente: de ahora en adelante se establece una carrera entre el desarrollo de la alteración originaria y el desarrollo paralelo de la envoltura química que altera la conciencia sin ambigüedad.

La alteración-alterada convertida en una misma y única vivencia, se desarrolla de acuerdo con la ley despótica de su ocultación.

Esta alteración-alterada es simplemente una alienación, una forma actual de alienación histórica humana.

Es pues falso hablar de una toxicomanía debida a una determinada droga o, incluso, a las drogas en general.

Lo que llamamos toxicomanía no es la idea pura de la servidumbre de las drogas, la idea de intoxicación por las drogas. La toxicomanía es una manera de vida social bajo la acción de los psicotropos, una manera histórica de alienación humana.

Un amplio y bien graduado abanico de drogas se ofrece en respuesta a la demanda por parte de las masas.

Existe pues un amplio y bien graduado abanico de necesidades reales, no sólo de simples necesidades, sino

también, bajo el efecto de las drogas, de necesidades alteradas por la respuesta concreta psicótropa, creándose un amplio abanico de preguntas-respuestas iterativas.

¿Tienen los remedios efectos sociales desproporcionados en relación con las primeras necesidades?

Las drogas en sí mismas no son materia que pueda ser juzgada. Carecen de sentido fuera del uso que se hace de ellas. Nadie puede afirmar que la droga sea en sí peligrosa. Sería aplicar un juicio normativo sobre el valor de uso que tendría su origen en una segregación real de los usuarios.

Pero, consideradas en su existencia social actual, las drogas encierran un peligro observable. El peligro no está en la acumulación de drogas en el seno de una población, ni en el apego de los individuos a las drogas, sino en una dialéctica de sus efectos en la vida social misma: la toxicomanía y la alienación hacen causa común. La primera es una forma actual de la segunda. Y la dialéctica que les es propia se prevé peligrosa, porque la alienación que se deriva es en realidad una profundización en lo que histórica y socialmente había sido antes.

La toxicomanía, forma particular de la alienación, no es peligrosa más que a este sólo título.

La toxicomanía es una forma histórica de vivir, una forma de la vida social en una época determinada del capitalismo mundial.

No tiene más que un sentido; el de ser histórica y socialmente toxicomanía de masas, es decir, toxicomanía de las masas.

La división entre drogas legales e ilegales no afecta

a la toxicomanía. Esta distinción es arbitraria: está simplemente en función de los usos de cada época del capitalismo; nada más.

Con algunas raras excepciones, los primeros consumidores de drogas han sido siempre los señores —aristócratas, burgueses, patronos, burócratas y pachás de toda especie— que en sus pequeños juegos de sociedad se iniciaron en el disfrute de las drogas, productos de lujo desconocidos por las masas vulgares.

De esta suerte la morfina, introducida hacia 1880, luego la heroína diez años más tarde y por fin la cocaína hacia el 1900, no conocieron en su origen ninguna prohibición, ningún tabú. A fines del siglo XIX y a principios del siglo XX, la burguesía de Occidente disfrutaba todavía de sus últimas exclusivas libertades. Era el privilegio de la sociedad más encopetada el reunirse para tomar o inyectarse la droga en buena compañía... En estas condiciones el carácter de ilegalidad no podía ser conferido al uso de estas drogas de las que disfrutaban precisamente los autores de la ley. Fue necesario, para que un tabú seguido muy pronto de una legislación específica las sancionara, que las drogas llegaran a las masas, las cuales hicieron un uso de ellas contrario a las necesidades precisas de los dueños. En cuanto el populacho caía en uno de esos estados que lo volvían improductivo, inutilizable o caprichoso, ni que decir tiene que como si de una ley de la naturaleza humana o un de mandato divino se tratara, drogarse se convirtió en algo que siempre había sido bajo, inmoral, reprehensible y prohibido.

Cuesta hoy día imaginar que en el siglo XIX, cuando los proletarios eran sólo unos androides laboriosos que no pretendían acceder a la comunidad de intereses

burgueses, las píldoras de opio se despachaban sin restricción alguna en las tiendas inglesas para el uso exclusivo de una clientela obrera opiófaga. El láudano, droga de excelentes virtudes, se consumía en grandes cantidades: proporcionado a los lactantes, a los niños, a los adolescentes, a los pobres, les permitían engañar el hambre, suprimir los calambres abdominales al mismo tiempo que inducía a un estado de euforia tranquila. También gustaba el pueblo libremente del éter, la absenta, y de toda clase de alcohol y de drogas menores. El capitalismo, al desarrollarse, forzó también el desarrollo de la masa obrera despertándola a nuevas necesidades. La ciencia marchaba a la par. Las drogas se ponían al día. Químicos y médicos se aplicaban en la obtención de sorprendentes drogas de síntesis cuyo poder de atontar sobrepasaba en mucho al de los psicotropos explotados hasta entonces. La toxicomanía se volvía un hecho social: atendía a los problemas de la clase obrera. La burguesía descubría que fomentando esta política —la conversión de la toxicomanía en un hecho social— ganaba su seguridad y su perennidad.

Desde entonces esta filantropía no ha cesado. La variedad de formas de descerebramiento está garantizada, lo mismo que el resarcimiento de su costo. Sólo la voluptuosidad ha desaparecido del arte de drogarse, siendo sustituida por la necesidad a secas.

La historia de la farmacología adquiere volumen en el curso de la segunda mitad del siglo XIX. En este período la química inorgánica primero, y la orgánica luego, tuvieron la genialidad de inventar productos sedativos e hipnóticos que barrieron del mercado los sedativos naturales utilizados hasta entonces. Entre los descubrimientos hizo época el del bromuro que prome-

tía mañanas mudos. A la vista de sus efectos fulminantes, los que lo utilizaban lo llamaron inmediatamente “el bozal de los epilépticos”.

Siguieron, hasta 1900, el cloral y sus derivados hipnóticos. Luego, en los primeros decenios de nuestro siglo, triunfaron los barbitúricos.

Al principio la clientela se reducía a una multitud de burgueses y de burócratas que exigían la ayuda preciosa de esta droga para embotar o adormecer a voluntad sus pobres espíritus sometidos a los tormentos sólo conocidos por la chusma dirigente. Pero a medida que esta sociedad se iba democratizando, también la necesidad de ser adormecidos se democratizó... La fulminante vulgarización de estas drogas provocó una toxicomanía masiva y original: había nacido un nuevo arte de vivir que conquistó Occidente.

Los laboratorios tuvieron que inventar rápidamente un antídoto psicotropo contra esta plaga social. Nacieron las anfetaminas. Pero estas drogas, recetadas para contrarrestar el gusto por la torpeza física y la muelle viscosidad intelectual de los barbitúricos, engendraron nuevos estados de ánimo. El mercado de las anfetaminas conoció un rápido despliegue. De suerte que en 1967 en los Estados Unidos fueron consumidas 400 toneladas de barbitúricos y más de diez mil millones de dosis de anfetaminas...

En los años que precedieron y siguieron inmediatamente a la segunda guerra mundial, las investigaciones de laboratorio llevaron al descubrimiento y experimentación de drogas no barbitúricas con extraordinarias propiedades tranquilizantes. Sin que pudiera hablarse de propiedades soporíferas, proporcionaban de manera innegable un estado crónico de calma psíquica. Y esta

calma psíquica fue su novedad, con respecto a estas drogas, lo que la dulce euforia inconsciente había sido para los barbitúricos: el arte de vivir el progreso.

Las gentes se prendaron de estas dulces píldoras: se hicieron tan famosas e indispensables para la existencia que fueron bautizadas de inmediato con el nombre de HAPPY PILLS, píldoras de la felicidad. Los médicos no se cansaban de recetarlas a porrillo; ni los laboratorios de producirlas cada vez más y mejores.

Estos tranquilizantes tendieron un puente histórico entre la gama de los barbitúricos y la moderna de los psicotropos.

En 1950 era descubierta la clorpromazina (Largactil). Introducido primero en los manicomios y después fuera de ellos, su poder anonadador causó estupefacción. Se había conseguido el primer tranquilizante mayor o "neuroléptico". Tras sus huellas otras moléculas fueron inventadas y experimentadas. La gama de los neurolépticos se hinchó.

Llegando a este punto, con la intención de comprobar si alguno de los descubrimientos actuaban como neurolépticos, algunos sabios tuvieron la ocurrencia de ir a pinchar las nalgas de los grandes psicóticos: en vano... Pero quiso el azar que estos pioneros dieran en pinchar a los grandes depresivos. ¡Oh milagro! ¡Los melancólicos recuperaban su interés por el mundo! Los expertos poseían una segunda gran droga moderna: la droga antidepresiva. La investigación se disparó y aparecieron multitud de drogas suaves que eran puestas inmediatamente a disposición de las masas.

Hoy en día, todos estos psicotropos producidos a razón de miles de toneladas, son agrupados en una dis-

ciplina que hace sólo veinte años no existía. Se califican de neurolépticos, antidepresivos, psicodislépticos, tranquilizantes mayores y menores, hipnóticos, hipnógenos, psicoaminas, psicoestimulantes, euforizantes, psicotónicos, agapácticos, ansiolíticos, ortoneurósicos, neuroestimulantes, equilibrantes psicotónicos, anorexígenos, antipsicoálgicos, psicoenergéticos, dinamógenos, equilibrantes neuroplégicos, energéticos, neurostáticos, neurosedativos, antiálgicos, reguladores, relajadores, miorelajantes, atarácicos...

Estas drogas aplastan la población de los países industrializados. Sin excepciones. Excluidos el alcohol y las otras drogas menores o ilegales, *podemos afirmar que en la actualidad un tercio de nuestros contemporáneos vive bajo el dominio total de los psicotropos medicamentosos.*

Y este dominio aumenta anualmente en más de un 15 por ciento.

No existe un informe oficial en base al cual poder establecer el porcentaje de población drogada en los regímenes de corte estalinista. Es muy posible que las cifras de las democracias burguesas —un tercio de la población— hayan sido ampliamente rebasadas en aquellos estados que usan y abusan de las drogas para dominar los trastornos socio-individuales de las masas sometidas a la dictadura burocrática. ¡La ciencia estalinista declara con candor policial que las sociedades estalinistas serán en lo sucesivo sociedades sin clases! Y afirma que es imposible que una forma cualquiera de inadaptación social pueda provocar un trastorno de la naturaleza que sea; por consiguiente, ¡todo trastorno es un trastorno hormonal!

El estado estalinista no tiene otra salida que suministrar la droga para, desde el punto de vista médico, tratar estos "trastornos hormonales" y desde el aspecto político, paliar las sediciones que se acumulan.

La toxicomanía del capitalismo es una forma eminente de contención. Triunfa gracias a esta virtud que la caracteriza de dominar únicamente por su propia fuerza y no por medio de rodeos verbales, morales o arbitrarios.

Constituye una de las claves del *reformismo* que permite progresar al capitalismo desde hace un siglo: los productores de esta civilización tienen que participar en su conservación y gestión, y en el consenso de su ámbito, por todos los medios posibles.

Las drogas ponen de relieve la intimidación consentida e ingerida voluntariamente por los sumisos-drogados. Droga y autodisciplina van juntas. Y el mundo sigue tal cual.

La ataraxia se ha convertido, definitivamente, en una necesidad de civilización, y su satisfacción, en un objeto de la política social dominante. En materia de represión, por primera vez en la historia, la química sustituye a las cadenas, las cuerdas y las cárceles. ¡Y las ataduras ya no resultan visibles!

Las libertades públicas resultan favorecidas pues ganan en apariencias...; y en libertades. Pues es el propio prisionero el que ingiere y se aplica sus propias ataduras químicas, confesándose enfermo, responsable de su privación de libertad, poniendo remedio voluntariamente a un pretendido defecto suyo. Por este camino la moral mejora y la libertad se interioriza de veras, ya

que la droga liberadora gana las profundidades somáticas, allí donde se dice que se asienta el alma, principio de libertad.

Espacialmente la alienación toma otros caminos. Bajo las apariencias, está en curso otra cosa. Algo desconocido.

A la vez que se produce este encadenamiento irresistible, progresa a ojos vista una alienación cualitativa de la que nada se sabe, excepto que modifica un factor esencial de la vida contemporánea: la inteligencia humana. Pues, a la vez que aumenta el consumo de drogas, aparecen nuevos trastornos que tienden a constituir una verdadera alienación mental-social incomprensible, puesto que se esconde y se transforma por la sedación y la inconsciencia que las drogas procuran. Bajo los efectos de los psicotropos los hombres se convierten, en el propio ejercitamiento de su personalidad, en químicamente extranjeros a sí mismos y a sus contemporáneos.

La droga uniforma la apariencia normal y tranquila de la población en lo que tiene de más humano —en su humanidad—, transforma a partir de ahora la historia de los hombres en la historia de unos hombres convertidos por obra de la química en no aptos para la inteligencia de sí mismos y de su mundo, en aptos sólo para continuar siendo lo que son —es decir, *nada*— en una sociedad que tiene que continuar siendo como es. Una civilización de este tipo, que fabrica homúnculos descerebrados por la química, en cuanto ha iniciado este proceso de lobotomía social, no tiene más remedio que proseguir esta apacible masacre. Los mil años que la burguesía ha necesitado para alienar a la humanidad en

la persona de sus proletarios fluyen de nuevo ante nuestros ojos y en solo algunos decenios.

Un mes tras otro vemos como son fabricados otros hombres, un nuevo estilo de proletarios.

La droga es una forma visible del nuevo procedimiento de alienación humana.

A lo largo de la historia las clases que han estado en el poder, burguesía o burocracia, han tenido en más de una ocasión, que perpetrar exterminios a fin de *destruir* a una multitud de hombres sublevados —cuerpos e inteligencias— y salvaguardar así su hegemonía, reducir los trastornos sociales y, en definitiva, mantener bajo su control al elemento más esencial de su propiedad privada de los medios de producción: los hombres.

Hoy en día son los hombres de ciencia los que manosean con desdén la inteligencia humana.

Los “Frankenstein” institucionalizados *matan a la humanidad* sin ni siquiera tener que matar físicamente.

Ya han pasado aquellos tiempos en que tenían que asesinar para matar la Idea.

¿Qué objetivo persiguen?
¿Qué política social?

Cerca de un año después de la *Commune*, el 22 de febrero, a las siete, el patíbulo de Satory se vió de nuevo ensangrentado. Lagrange, Herpin Lacroix, Verdaguer, tres honrados y valientes defensores de la *Commune*, pagaron con su vida, como tantos otros, la muerte de dos generales, Clément Thomas y Lecomte, que Herpin Lacroix había querido salvar y que habían

preparado ellos mismos su fatalidad.

El 29 de marzo, Préau de Vedel; el 30 de abril, Genton, arrastrándose con muletas a causa de sus heridas, pero valientemente erguido en el patíbulo.

El 25 de mayo Serizier, Bouin y Boudin, por haber matado, durante los hechos de mayo, a un individuo que se oponía a la defensa.

El 6 de julio, Baudoin y Rouillac por el incendio de San-Eloy y su lucha en las barricadas. Llegados al patíbulo, rompieron las ataduras y lucharon contra los soldados, siendo masacrados como bueyes en el matadero.

—Con esto pensaban—, dijo el oficial que los mandaba, mientras removía con la punta de la bota los sesos esparcidos por el suelo.

LA SEGURIDAD SOCIAL

En la jerga estalinista, la seguridad social es considerada una "conquista obrera", una "adquisición de clase".

Suponiendo que un movimiento revolucionario vencido pueda adquirir algo, y suponiendo además que la seguridad social sea esta pérdida adquirida, los estalinistas conceden hoy que esta adquisición no tiene nada que ver con una victoria cualquiera de los trabajadores en el trabajo.

La seguridad social no puede ser, y no es, una mejora en vistas a "liberar" el trabajo, ya que el trabajo es libre en todos los países capitalistas, por tanto no se trata de hacerlo libre, sino de suprimirlo. Pues si la revolución quiere abolir la "preocupación" del burgués al igual que la "miseria" del proletario, no puede hacerlo sin antes abolir la causa de una y otra: el trabajo asalariado.

La seguridad social es una reforma del trabajo para mejor mantener a los trabajadores en su estado. Administra y paga por los azares del trabajo y de la vida privada susceptibles de perturbar la facultad de producir. Organismo trivial de Estado para la condición obrera,

regula la estabilidad del sistema de explotación. ¡Es este mismo sistema, esta sociedad de clases ratificada por los proletarios!

Se rige por el principio de hacer reinar la paz civil entre las clases, por lo menos la apariencia de paz civil, que es la apariencia de la inexistencia de clases. No es más que una forma de la guerra civil permanente que funda una clase para que prospere por mediación de otra.

La organización de la salud pública que es la seguridad social, encaminada a mantener los productores como productores y los sometidos como sometidos, no es más que una excrecencia de la política del acuerdo entre las clases, entre los proletarios y sus dueños —burgueses y burócratas—, política llamada "social".

Dentro de esta política la droga está dispensada al mismo tiempo que se difunde la idea de que cura y transforma la vida. Pero esta filantropía disimula la dictadura de clase, disimula el acto de dar tratamiento químico a los hombres.

En un extremo de esta simulación existe la diferenciación establecida por los hombres entre sí: hay hombres normales y hombres locos. Que existen drogas y que se utilizan contra los locos es algo que no sorprende a los normales, puesto que es natural que estos remedios y estos métodos sean hechos para los locos, siempre que estos permanezcan encerrados en su sociedad privada: el manicomio.

Esta diferenciación es una tomadura de pelo: hace ya mucho tiempo que la droga todopoderosa ha abandonado el secreto del manicomio y se ha ganado al resto de la población "civil". Las enseñanzas que sacamos de los manicomios pertenecen ya a la vida corriente,

pues lo que es verdad para la vida en aquellos centros asistenciales es verdad para toda la vida social, ya que la primera no es más que una localización de la segunda.

En los manicomios la droga, puesta en circulación entre 1955 y 1960, fue acogida como un beneficio. La jovialidad sustituyó los antes desagradables métodos profesionales, hasta tal punto que había cambiado milagrosamente la vida en estas cárceles. Los psicotropos, intrépidos guardianes, sustituían a los hombres en la tarea de mantener el orden y mejorar las apariencias. La droga evaporaba cualquier actitud de lucha, de agitación, de rebelión, de rechazo. Bajo la acción de los psicotropos reinaba una paz que hacía inútiles los métodos directos de policía y represión.

Al mismo tiempo, mientras la droga domina el desorden mental e impide el desorden social, las diversiones educadoras y readaptadoras sustituyen a las antiguas ataduras. El loco, reducido al estado normal de hombre, es capaz de prohibirse a si mismo las conductas de rechazo. La ergoterapia y la autogestión pasan a ser el nuevo contrato social al uso: la vida resulta así cambiada por la química de acuerdo con un programa explícito de orden, de paz y de quietud universal.

Pero esta quietud es una añagaza. Significa la suspensión de la conducta humana, el hurto de lo propiamente humano hasta alcanzar el mudo estupor de la vacuidad. Los actos han desaparecido. El nuevo estado no es de pura sumisión. Se trata de la neutralidad a través del descerebramiento el cual logra que sea imposible practicar un camino fuera de la droga.

La droga juega con la ductilidad humana. Deviene ella misma acto. Y bajo la acción de la droga el hombre

es la forma de este acto.

Siendo neutra, la droga suscita la forma de la neutralidad, del vacío humano. La quietud es el aspecto visible de esta forma.

No se trata del servilismo impávido, propio de la vida en los manicomios, sino del secreto de la sociedad en su totalidad.

El manicomio es la sociedad misma y no un simple reducto suyo. La sociedad es un centro asistencial y su cronicidad, su ley de existencia, su política social.

Los pueblos reciben este tratamiento no por espíritu de dominio o por sadismo, ni para privarlos de la libertad, ¡puesto que los hombres son libres! Los pueblos son tratados así porque los proletarios son los proletarios que son, porque han sido tratados de esta suerte en todo el transcurso de la historia y conducidos de esta suerte hasta el actual tratamiento por la droga.

Es sólo cosa de nuestros días el hecho de que el tratamiento signifique buenos cuidados. Cuando burgueses y burócratas se cuidan de sus ovejas, cuando afirman que su política es la del bienestar, la droga que dispensan es la encargada de esta misión civilizadora.

Porque esta civilización tiene esto de maravilloso, que no sólo ata desde dentro a los furiosos y silencia a los delirantes, sino que todos los hombres, neutralizados, vagan, drogados, en su vacación cotidiana. La droga vale, pues, lo que vale la civilización que la propaga. Que su tarea quede disimulada por una elegante y pretendidamente científica terapéutica del Progreso Social, no cambia en nada el asunto. La cuestión de su valor no es más, para los bienintencionados, que un proceso estético, un juego de excusas a posteriori.

¿Hasta dónde llegarán?

Esta cuestión permanece sin respuesta. Esta política supone una concepción del hombre que se basa estrictamente en el valor de uso. El hombre que debe ser drogado es un hombre que se aparta del uso que se hace de los hombres. Esta política cesará cuando sea reemplazada por una dominación más suave, fruto de nuevos usos de los hombres; es decir, cuando convenga someter a los hombres de una forma superior.

Y lo extraordinario se convertirá entonces en lo ordinario.

Triunfa hoy la droga porque permite obrar en silencio y respetar las apariencias. Pues el respeto de las apariencias es la ley actual por excelencia.

La droga no es una lobotomía irremediable del cerebro cuya inutilidad es hoy bien conocida. No es el lúgubre coma de los métodos de chocs. No es la ceremoniosa electrocución. Es una disimulada violación, la insinuación definitiva de un descerebrante, de un captador invisible. Es la destilación secreta en el organismo, que no puede rechazarlo, de un dueño invisible y sin piedad.

Esta es la civilización de la droga. Hecha para dominar, domina.

Para la masa de nuestros contemporáneos, estas realidades les son desconocidas o les resultan abstrusas. Sólo afectan a los otros y, en su paroxismo, sólo se aplican a unos sub-hombres, inútiles e inutilizables.

Esta opinión es grave por su ceguera. Las drogas no

son la solución última para los hombres solos que se hunden en el frenesí. En su uso común, cotidiano, difuso y permanente, su acción tiende a la *sedación histórica*.

La droga aprisiona el comportamiento individual en una matriz química, por de pronto paralizadora; y después señoreada.

Produce el conformismo y la estupidez.

Reprime y suprime las rebeliones.

Produce la calma y turba el espíritu.

Corrige y anula la soberbia delirante.

Barre las conductas rebeldes.

Neutraliza los trastornos del humor.

Anula la fatiga y el peso del trabajo.

Hace que esperanza y desesperanza no hayan existido jamás.

Suprime incluso la sensación de sufrimiento.

Borra la angustia y proscribte el malestar.

Acosa la percepción del tiempo y de lo humano.

Suprime la libre conciencia.

La inconciencia que la droga procura es sedación porque impide no sólo la conciencia, sino también los actos. Ella es la nueva conciencia, propiamente dicha, pero en una identidad inseparable de ella misma y su mundo.

Es la identidad vivida de la realidad razonable.

Para las poblaciones sometidas a la droga ya no existen los problemas sociales. Todo hombre, programado químicamente, ya no es capaz de percibir ni su mundo ni su propia vida. Mientras se droga sus propios

males no le escapan. Todo malestar queda así resuelto al mismo tiempo que se resuelve el malestar social.

Y mientras tanto la sociedad de clases permanece tal y se fortalece. Una sola clase domina y fortalece su poder de forma segura.

La droga es un arma de paz social usada como una pretendida terapéutica humana. Pero el verdadero uso que de ella se hace es la prevención y desviación de las revoluciones.

MATERIALES PARA LA CONSTRUCCION DE UN PATIBULO

PIEDRAS

La Ciencia

Las drogas no han nacido *ex nihilo*, fruto solamente de la fantasía de los químicos. En psicofarmacología, como en el resto de las disciplinas pretendidamente científicas, no suele encontrarse más que lo que se busca — ¡y no se busca más que para encontrar lo que se busca!—.

El descubrimiento y la utilización intensiva de los psicotropos se encuentran en la confluencia de varios factores. Por un lado, la investigación farmacológica se hallaba en pleno apogeo en los laboratorios, ávidos de *inventar* nuevas drogas para satisfacer a una población que las reclamaba insistentemente. De esta forma, en 1944, trabajando sin descanso sobre los derivados de la fenotiazina, substancia prometedoras como psicotropo, los investigadores de la Rhône-Poulenc sintetizaban la molécula de prometiazina, a continuación comercializada con el nombre de Fenegan. Las extraordinarias propiedades sedativas e hipnógenas de este antihistamínico de síntesis fueron objeto de estudios sistemáticos.

Las investigaciones desembocaron, en 1954, en la síntesis histórica de la clorpromazina (Largactil).

Este descubrimiento no hubiese sin duda conducido a la farmacomanía contemporánea a no ser por la ideología médica específica de nuestro tiempo. En efecto la ciencia proclamaba entonces, y también hoy, que existe un substrato bioquímico en las enfermedades mentales: *"El adrenocromo es la causa de la esquizofrenia"*, (Hoffer y Osmond, 1954...).

Los científicos se daban prisa en intentar descubrir —en vano— este substrato con la certeza de que, puesto que las drogas podían con su acción química reproducir trastornos mentales, había de ser posible tratar estos trastornos con las mismas drogas.

Se debe a Laborit y a sus colaboradores el hecho de haber obtenido la síntesis, entre el cálculo "teórico" y la osadía "terapéutica" de un tratamiento "patogénico" de las enfermedades mentales. Laborit, con la intención de mejorar los métodos tradicionales de choques, tuvo la idea genial de servirse de un cóctel de psicotropos para precipitar al enfermo a un estado de hibernación artificial. Pudo así constatar el sorprendente efecto de "desinteresamiento" producido por la clorpromazina administrada sola.

Los especialistas y los laboratorios hicieron suya la idea de utilizar en psiquiatría la droga de manera única e intensiva. Había nacido la psicofarmacología.

La clorpromazina, primera droga moderna, fue empleada en los manicomios a partir de 1952; aquel año fueron sintetizados alrededor de 400 gramos. Cuatro años más tarde se consumían ya más de cuatro toneladas. Hoy en día se consumen en el mundo más de un millar de distintas drogas que representan un volumen

de mercancías de varias decenas de millares de toneladas. Y los laboratorios continúan sintetizando anualmente millares de drogas nuevas...

Y todo esto es perpetrado en virtud de una computación "científica" que no puede ser ni probada ni invalidada porque no tiene otra existencia que la derivada de su propia afirmación.

¡Pero no importa! Si nos fijamos en la historia, vemos que cada época ha tenido su pequeña, pero genial, concepción del hombre y del espíritu, así como de sus desarreglos. Y cada época ha creído que su concepción era la única verdadera. Por lo mismo, a cada concepción de la enfermedad mental corresponde una determinada concepción de su tratamiento y de su "curación", siempre irresistiblemente verdadera.

La quimioterapia, llamada patogénica, que nos ha correspondido de turno, y que cree haber derrotado las simplezas teóricas precedentes que vaticinaban sobre los desarreglos del espíritu, es el correlato de esta pretensión científica que pretende conocer y dominar la actividad humana en su trasfondo. Allí donde postula causas químicas para la vesania, ha de intervenir, evidentemente, con armas químicas.

Escapa a nuestros contemporáneos la contingencia de esta actitud: la medicina es hasta tal punto totalitaria que impide cualquier concepción o práctica distinta de la suya. Ahora bien, la medicina civilizada trata lo que cree conocer de la causa mediante un elemento esencial de la causa tal como ella la concibe. Con esta manera de pensar y de actuar, se afirma como perteneciente a la digna estirpe del pensamiento analítico bur-

gués que sólo puede concebir por causa directa, y que piensa reducir el efecto sólo por lo que se entiende que es su causa.

Cuando los doctos de la perturbación humana, después de descubrir que los trastornos se debían a desarreglos de la farmacología humana, se pusieron, a título de expertos urománticos, a analizar los orines con la esperanza —vana— de extraer la prueba de sus elucubraciones, concibieron la droga, que se deducía de la causa por esencia, y la utilizaron como medicina.

En otros tiempos, cuando se daba por seguro que la falta de razón se debía a un trastorno fisiológico del humor, los curanderos —tan feroces “Frankenstein” como nuestros alienistas contemporáneos— no dudaban, para “curar”, en operar agradables transfusiones de sangre que tenían la misión de regenerar lo que estaba perturbado. ¿Imaginamos los desastres que se producirían?

En el mismo orden de payasadas, considerada hoy anticuada por estar pasada de moda, está la ducha a la que eran sometidos los dementes a fin de refrescar físicamente los “espíritus” acalorados... Más tarde, cuando algunos afirmaron con el prestigio de su autoridad que el delirio es obra de una imaginación monomaniaca bloqueada, no se cansaron de inventar ingeniosos aparatos terapéuticos para desbloquear esta imaginación trabada. Es por esta razón que aún a comienzos de nuestro siglo podían todavía verse locos atados a máquinas rotatorias y azotados hasta la extenuación.

Es una lástima que junto con la teoría de esta locura no se haya conservado la definición de la “curación”...

La Ciencia vive siempre en el presente de su sufi-

ciencia y de su autoridad. Tiene el privilegio de tener siempre razón en el presente y de haber errado en el pasado. Los imbéciles doctores que pontifican y ejercen ignoran de donde les viene su autoridad. Robots engreídos y peligrosos son la mismísima Ciencia en acción, uno de los elementos siempre presentes del Progreso — ¡vaya putería! — esta Razón en la Historia.

Se cuenta que Pinel fue el primero que consideró a los locos como hombres y los libró de las ataduras materiales. Era para mejor encadenarlos a un orden moral que se estaba extendiendo por toda la civilización: Ubu se hacía social.

El loco, convertido en hombre, fue considerado por vez primera un “enfermo”. Todo un ritual de presiones materiales y morales fueron inventadas para llevarlo a confesar su enfermedad.

Siendo posible la confesión de la enfermedad pudo por fin pensarse que podía ser curada. La idea de un posible tratamiento y curación ganó sobre la práctica de encarcelamiento.

Surgieron entonces los encantadores métodos terapéuticos de los chocs. Estas milagrosas maquinaciones se fundamentaban sobre una teoría médica llena de vaguedades. ¡Pero qué importaba! Había prisa. A partir de entonces la idea de curación se asoció por primera vez a un cambio del estado. Anteriormente se había concebido en una intemporalidad inaccesible: ser loco era una manera de ser.

Primero fueron las piretoterapias: se trataba de inocular al loco un agente piretógeno, dando por descontado que la fiebre producida provocaría un choc suficiente para modificar “alguna cosa”... Se emplearon la

esencia de trementina, el virus de la malaria,...

Luego el cardiazol y, más tarde, la insulina provocadora de comas... El genio humano, en su vertiente médica, concibió por fin el más célebre de los tratamientos por choc: la electrocución cerebral. Esta manipulación debutó en 1938 y continuó adelante con insolencia. En un principio fue objeto de desaprobación por razones no propiamente médicas y limitada en Francia, y duró sólo el tiempo que duraron las cosquillas realizadas en la "carne argelina"... Pero esos tiempos han pasado. Las Bellas Almas de Izquierda, que abominaban de la tortura, han olvidado; la psiquiatría, de nuevo considerada arte de curar, ha superado el oprobio; el aparato de tortura para locos ha salido de su armario moral; los homúnculos ya no dudarán en someter a los hombres al descuartizamiento eléctrico.

Entre tanto se iba avanzando en un mejor conocimiento de las enfermedades y se pensó en intentar poner fin a las enfermedades mentales. Los sabios estalinistas se aplicaron a ello con entusiasmo, ¡aquéllos mismos imbéciles que habían despedazado el cerebro de Lenin muerto, para descubrir la causa material de su genio!... La lobotomía triunfa cuando declinan otros artificios.

Sin ningún lugar a dudas, para una civilización que se enorgullece de enmascarar lo inhumano y de redimir al hombre, la droga es preferible a esta carnicería. La droga parece poseer una acción reversible, mientras la de aquella es definitiva. ¡Pero también la droga corta de manera igualmente segura y definitiva!

Su acción es invisible: en esto estriba toda la diferencia.

Se comprende que los modernos curanderos, ante la evidente barbarie de los métodos antiguos, se den a ensalzar las virtudes civilizadoras de sus drogas.

No podemos dudar de que una civilización está en camino de prevalecer gracias a la droga... Pero no tenemos otros elementos de juicio para conocerla que los proporcionados por el simple conocimiento de lo que la droga deja entrever de sus fechorías.

Acercas de este punto decisivo los más grandes especialistas se dicen ignorantes, pero llaman Ciencia a su ignorancia.

La Vida

La medicina es la totalidad de la organización de la Salud pública, física y psíquica, comprendida además la organización de las ilusiones y justificaciones propias de esta Salud.

¿Por qué existe una tal medicina?

Respuesta médica: la medicina existe porque existen las enfermedades. Luego las enfermedades son las enfermedades de los hombres. Desde que el hombre existe, existe la medicina: la medicina cura la morbosidad histórica del hombre.

Con esta ideología de ropavejero la medicina remienda, compone, gobierna, hace sus chapuzas y mata. Se concede a sí misma el título de "Arte": ¡el arte del hombre por el hombre y para el hombre! Expande un pestilente perfume de insípida bondad, de caridad putrefacta, de comprensión humana superior.

La medicina es la vanguardia de la ciencia y de la técnica puestas al alcance del populacho. Es la augusta compunción, el viático permanente, el opio pagado.

Sin tregua, para edificación de los hombres y salvaguarda del orden, esgrime la carroña del concepto más indebido y vacío para ella: la Vida.

La medicina se ocupa, en el sentido más chapucero del término, del Hombre. Pero ignora que se ocupa siempre del Hombre definido y determinado *in vivo* e ideológicamente a tenor de cada época. Es por esto que los médicos de nuestras democracias, que son demócratas sólo porque viven en la democracia, reprueban que haya existido y que pueda aún existir una medicina nazi o estalinista, una medicina que mata a los pobres diablos y preserva a los hombres verdaderos, una medicina situada siempre del lado del poder, es decir del lado del conservadurismo más absoluto, y, si la época lo reclama, como la actual, del lado más vanguardista dentro de este conservadurismo.

¿Por qué existen enfermedades físicas y enfermedades mentales? La medicina responde que puesto que el hombre tiene un cuerpo, existen enfermedades del cuerpo. Puesto que el hombre es espíritu, existen enfermedades del espíritu. La tesis según la cual existe un alma del hombre ya no forma parte de lo que la medicina ha sabido siempre del hombre. Las enfermedades físicas existen pues en sí, y se tratan como tales. Las enfermedades mentales son un misterio: el misterio del Espíritu. Y es propio del misterio del Espíritu ser incomprendible a sí mismo.

¿Por qué los hombres se vuelven locos?

La medicina, en cuanto Ciencia, contesta que preci-

samente intenta hallar la causa de este misterio prodigioso. En la actualidad las soluciones más delirantes son autoridad: desconexión en el cerebro; farmacología perturbada; a no ser que un "esquizococo"...

La medicina, en tanto que sabiduría del hombre, hace notar que siempre ha habido locos; que todos nosotros, por poco que sea, estamos algo locos; y que el loco verdadero es sólo aquél que lo es más que los otros...

Pues, se nos enseña, los hombres tienen que vivir en sociedad según las reglas de la vida en sociedad. Luego, la sociedad no es otra cosa que el conjunto de estas reglas.

Siendo inamovible, la sociedad es referencia óptica de cada hombre. Y cada hombre no puede hacer otra cosa que conformarse, modelarse y resignarse a vivir en la vida social *tal cual es*. No hay pues otro camino para cada uno de nosotros que adaptar nuestra vida a la vida social, puesto que ésta no sabría ni adaptarse ni ser adaptada a los hombres.

La enfermedad mental se nos aparece entonces como una reacción natural de los hombres que manifiestan así su dificultad, su imposibilidad, su rechazo de adaptarse a la necesidad social.

La enfermedad mental, conducta de rechazo de la irracionalidad social, es pues irracional, puesto que se construye según modo de racionalidad humana que no pertenece a la racionalidad aceptada como "normal", es decir, adaptada a la vida social tal cual es.

La medicina tiene pues que ocuparse de esta enfermedad mental que no existe más que en la fuerza individual del espíritu individual como forma eminente

de rechazo, de no-resignación, como soberana rebeldía.

La medicina, basada sobre la tesis de que la sociedad no se puede adaptar —en lo que tiene toda la razón, puesto que no es adaptación lo que se necesita, sino una revolución absoluta— es pues el arte de adaptar al individuo, en tanto que hombre libre (organismo, psiquismo, voluntad, deseo, imaginación y razón, sufrimiento, locura, etc.) a fin de que sea convertido química y quirúrgicamente en una marioneta mecánica que puede ser utilizada.

Ya no es posible cambiar la sociedad, ¡cambiamos pues físicamente y psíquicamente a los hombres, y conservemos la vida de esta sociedad conservando en vida a los hombres adaptados a su sociedad!

Para conseguirlo la medicina se convierte en un ejercicio de regíajes, de amputaciones psíquicas, en el arte de drogueros y charlatanes, para descerebrar a las masas.

Cuando es ciencia de las enfermedades mentales, la medicina se dispersa en múltiples y vanas elucubraciones que oscilan entre dos grandes polos de coprolalia: una psicología de visionario de pocos alcances, llamada del comportamiento y una psicología de los estados de ánimo, llamada psicoanalítica.

En última instancia, tanto si gusta de refugiarse en el silencio doctrinal del observador objetivo como en la fatuidad intersubjetiva que se picotea los intentinos y se sobrecarga de interioridad, esta *especulación* considera que la enfermedad mental es culpa del hombre enfermo y se cura sólo aquél que confiesa y se resigna.

La medida común

Parece claro que lo que distingue al enfermo mental de los otros hombres es, precisamente, el hecho de que no es normal; y recíprocamente, como todos los anormales son enfermos —hasta el punto de que escapan a las reglas de la vida social “democrática”— parece natural excluirlos o tratarlos mediante drogas.

En efecto, las reglas de vida en sociedad, que se supone tienen que regir la totalidad de la vida de los hombres, se basan en una *idea* altamente “democrática”, la idea que impone a cada ser su identificación con una unidad común de medida, una medida de lo común, el inverso absoluto de un verdadero igualitarismo humano: ¡se dice que los hombres son iguales! Así dos productores se equiparan porque “tienen” que equipararse: cualitativamente, ambos difieren entre sí, seguro, pero según la uniformidad cuantitativa, una hora de trabajo del uno *vale* lo mismo que la del otro, la vida del uno lo mismo que la vida del otro, los amores de uno de ellos, los del otro...

Todo legal; aunque sólo en abstracto por lo que se refiere a la verdadera igualdad, pero de manera real por lo que se refiere a la igualdad de estas cantidades idénticas y despreciables que *son* los hombres. Así cada proletario que está en el lugar que le corresponde equivale a los otros: lo que permitirá al sistema de la uniformidad reinar y prosperar.

Cuando el individuo, por una u otra razón —rebeldía, locura, revoluciones— escapa a esta medida común la falsa igualdad es amenazada y la sociedad es *prácticamente* acusada; el individuo se convierte en anormal.²

Todo esto es evidente tanto para el estalinista co-

mo para el burgués: la vida individual, convertida en "otra", tiene que tener un estatuto jurídico definido. La ley francesa traduce este ser "otro" con los términos *alienación* (ley del 30 de junio de 1838); *alteración* (ley del 3 de enero de 1968).

Cuando la anomalía se apodera de las masas, convirtiéndose en anomalía de clase, la medicina que debe aplicarse debe ser asimismo una medicina de masas; a veces genocidio... Cuando la anomalía es sólo individual, la medicina puede depurar a nivel individual. Cuando una masa de anormales se subleva a causa de la enfermedad, la medicina debe ser organizada para que sea mantenida la salud social. Le es necesario reabsorber la anomalía y permitir la vuelta a la unidad de medida común, a fin de que esta masa de individuos, amputada su locura personal, puedan volver a ser utilizados, simples productores tranquilos y tranquilizados, insertos de nuevo en el orden "igualitario", reproduciéndolo, sometiéndose al mismo y reproduciendo por sí mismos el derecho a perdurar por medio de este orden.

La psicología y su derivado médico-legal —la psiquiatría—, cuando se divierten jugando a la ciencia, intentan comprender la ley de las diferencias cualitativas individuales y por consiguiente comprender a cada individuo según unas medidas determinadas. Pero ambas son pagadas para ser rentables. Por consiguiente no se trata de imitar a la inteligencia, sino de fustigar a los hombres, por lo que la psicología y la psiquiatría se convierten, por una parte, en técnica de la definición de la cualidad individual de los casos que les son sometidos mientras, por otra, se ocupan de determinar en

cada caso los tratamientos que permitirán aniquilar esta cualidad individual hasta darle la uniformidad que se requiere para un buen funcionamiento de la sociedad civil.

Psicólogos escolares, psicólogos de fábricas, del ejército, de la policía, de las prisiones, de las iglesias, estúpidos mercenarios que basan su actuación en una parodia del saber, gracias a una autoridad adquirida manipulando a los hombres como si se tratara de ratas, todos tienen como misión última prescribir todos los medios de contención que convenga aplicar a los hombres, entre ellos la droga.

Cuando la anomalía se halla en un estado demasiado avanzado para poder ser reabsorbida fácilmente y volver a la normalidad utilizables, hay que eliminarla. Los hombres van a prisión: manicomio y droga.

Los psiquiatras, loqueros, son los Totenkopfverbände^(*): su honor es su fidelidad.

(*) N. del T. —En la Alemania nazi, regimiento de élite de las S. S. encargado especialmente de la vigilancia en los campos de concentración.

CUERDAS

La medicina vulgar

El médico vulgar es la excrecencia de la ciencia y de las finanzas médicas. No tiene la culpa de su mediocridad: el médico es lo que se ha querido que sea.

Profesa un culto arrebatado por la droga, pues resulta indispensable para paliar de forma sencilla la morbosidad que tiende a convertirse en el estado normal de la humanidad.

En la jungla médica, el médico no es más que un proveedor de drogas manipulado por los grandes laboratorios, simple mecánico que a penas conoce lo que se trae entre manos.

El médico cree curar con la droga. Pero la droga no cura. No se cura, tal como hace falta curarse para salir de la enfermedad y escapar a la servidumbre psicotropa, más que aquel que de hecho sigue estando drogado. No existe ni un solo charlatán diplomado que pueda explicar cómo y por qué su droga cura. Pues no existe ni un solo medicamento psicotropo del que pueda afirmarse con toda seguridad su efecto terapéutico. La droga es suspensiva. Uno se da cuenta cuando algún desgraciado "recae" por haber querido detener por voluntad propia su encarcelamiento químico. Se nota en el manicomio:

pues no sale el que está curado, sino que se declara curado al que sale. Es necesario que sea así.

Y a pesar de todo, la droga inunda el mundo.

Lo que la droga cura es la revolución.

Pues los hombres, enfermos a causa de su mundo, no encuentran consolación ni solución concretas más que en esta sólida organización del consuelo que es la medicina.

La medicina concentra en ella el último valor positivo de este mundo puesto a debate. Fuerza a los hombres sublevados a aceptarla. Se ofrece en la presentación que hace de sí y en la representación que da de este mundo, como la última conquista de los hombres. Enfoca la certeza de una solución —ella— propiamente humana a los problemas humanos, de los cuales el más desgarrador es hoy en día la disociación entre la poderosa producción humana y su producto. Mientras esta secesión es sentida como una cuestión en suspenso para la humanidad, que recibe a cambio de su producto una alteración dolorosa de ella misma, la medicina vive gracias a la creencia de que alivia y modifica toda perturbación dolorosa, e incluso de que cura toda secesión. El remedio es la concreción de toda la ciencia al servicio del Hombre, y la prueba visible de que existe en este mundo algo *bueno* que le pone remedio; un reformismo seguro que borra las utopías de la revolución. La droga es este remedio.

La droga no sólo oculta la sensación de sufrimiento y los aspectos del mal, sino que, sobre todo, lo remedia todo: los trastornos debidos a nuestro estúpido sentimiento de insatisfacción; la impericia del médico incapaz de curar; e, incluso, el hecho trivial de que

en esta situación absurda es necesario que intervenga algo que sea como una solución, un remedio general para la situación en general. Esta apariencia humana de la droga proporciona el refinamiento de esta ilusión que permite acreditarlo todo.

De hecho el remedio, objeto mediador y activo, único objeto activo investido de todo el poder metafísico del valor positivo de una actividad auténtica, es la cumbre social práctica e ideológica de toda la empresa. Y hasta tal punto que —sin la subtilidad metafísica que puja en el fetichismo general asignando una notación particular a una creencia, la de su actividad como un bien—, podríamos creer que la medicina y las enfermedades existen únicamente porque existen concretamente los remedios; y en este concreto, metafísicamente, como la certeza de la existencia de un Remedio a los males del mundo.

Nadie se atrevería a considerar el remedio como una *mercancía*, tan vehemente es la fe en el medicamento. Los mismos que condenaron el uso de las drogas ilícitas no pensaron nunca que este uso obedecía a esta misma fe, que el remedio que se esperaba de la droga pertenecía a la misma representación de una solución falsa, pero de una solución que satisface suficientemente porque modifica suficientemente la percepción de la vida individual y social, allí donde reside el desacuerdo concreto que reclama ser concretamente olvidado no sólo en la conciencia, sino también en las manifestaciones somáticas de la vivencia de este desacuerdo.

Se ha escarnecido a los “drogados” que gimoteaban para obtener sus drogas, o las adulaban. Hay que ver a

los hombres “enfermos” gemir y suplicar para obtener un remedio, su droga, y luego alabar su acción bienhechora cuando se hallan bajo sus efectos.

La necesidad no acepta componendas. El médico se ve obligado a dispensar la droga, pues el “enfermo” exige el cese inmediato de sus males, de la conciencia de su sufrimiento. El médico receta la droga sabiendo que remedia de una manera artificial pero concreta un mal concreto pero concebido artificialmente, incurable de verdad por la droga. La droga es el último recurso para tener un mundo desamparado en un estado tal que pueda persistir y ser mejorado.

Lo que el médico trata son los trastornos cotidianos —psíquicos somáticos— de una libertad ofuscada. El “enfermo” va a la consulta cuando sus trastornos le molestan al punto de sentirse inadaptado a lo que la sociedad espera de él. Entonces se persuade a sí mismo de que está enfermo.

Hoy en día estos enfermos sin enfermedad han llegado a constituir la casi totalidad de la clientela médica. Y el médico se contenta con drogar diciendo: si la cabeza no marcha, el cuerpo flaquea. Lo que puede resumirse en: “¡Es la vida!”.

Pero en verdad, por detrás de esta medicina de mentirosos-eliminadores de libertad, el desequilibrio se apodera de las masas. La necesidad de una revolución, anulada de esta suerte, se convierte en una enfermedad endémica de la humanidad. No existe ya un solo hombre que no sufra de una o de otra manera.

Los malechores de la humanidad que la intoxican

impunemente, lo saben. A estos grandes hombres la humanidad les debe su *reconocimiento*.

La medicina revolucionaria

Una controversia angélica se desarrolla bajo nuestros ojos en la medicina: un grupito de esta última parece que quiere hacer sus críticas; se discuten ciertos conceptos gastados y prácticas de mala ley. Este bando maneja a su vez ideas curiosas sobre la anormalidad, chapucea en algunos principios de la libertad, intenta remendar las enfermedades mentales... Para abreviar, este pequeño mundo tiene también sus pretensiones teóricas.

Este grupo se califica a sí mismo: “¡revolucionario!”: Asegura que va a anatemizar toda la medicina hasta el punto de disolverla. Garantiza que va a cambiar alguna cosa, participando así en la moda revolucionaria contemporánea.

En un extremo de esta postura, en la antipsiquiatría, contemplamos la audacia de este ímpetu: unos extremistas liberales-liberadores protestan contra la existencia de la enfermedad mental. Esta gente rehúsa establecer una diferencia entre lo normal y lo patológico.

Esta postura es admirable, lo mismo que estos divertidos mostrencos que “revolucionan” rehusando establecer una diferencia. Pero observando como actúan, vemos que prosperan gracias a este juego de manos que consiste en conservar la realidad del mundo —comprendida la del normal y del patológico, y también la de sus dulces manicomios y profesiones venerables— al mismo tiempo que la suprimen perentoriamente gracias a una

diferencia negada al público. Por otra parte, este pequeño juego de sociedad es practicado por toda una *fauna* que trabaja y prospera, engorda el capital, mejora la servidumbre y refuerza el embrutecimiento. Los mejores ventrílocuos hacen sus mejores suciedades, y logran sorprender a sus compañeros de crápula con su arte de conservarlo todo suprimiéndolo todo. Estos payasos se regodean en la teoría, y con mil galimatías alegran las almas que pueblan los salones burgueses y otros de menor categoría en los que se pretende compadecer a la plebe.

Estos ingenuos pretenden nada menos que aunar medicina y revolución —dos opciones del mundo absolutamente opuestas—. En tanto que revolucionarios, preconizan la revolución en medicina. En tanto que médicos, se ocupan de hacer la revolución en su trabajo. Es pues revolucionario todo lo que es diferente... Estiman que —tal vez, e incluso seguramente— una revolución sería una buena solución. Entiéndase, *la* solución.

Se refieren a la idea convenida de una interrupción por fin acabada en el curso normal del mundo...

¡Melancolía! ¡Spleen! ¡Simple bufonada moral!
Un grito artificial que brota del corazón de hombres bien alimentados pero que se indignan cuando la indignación es el pensamiento oficial del Estado, el impulso vital de un reformismo en marcha, con la esperanza hipócrita puesta en el populacho... ¡En esta farsa están en juego la cartera bien repleta y aseguradas la seguridad de vida y de reputación!

En su fuero interno, el médico “sublevado” sabe

que no se borra del mapa a los enfermos lanzando gritos por la revolución. Reserva su entusiasmo "revolucionario" para los salones y las amables charlas en comunidad. Se toma muy a pecho el aliviar las miserias mejor que su cofrade "reaccionario", con el fin de que el mundo sea el fin del mundo del hombre; con el fin de que exista un verdadero medio del hombre: allí donde el hombre está en el centro...

Veterinario de la miseria, se complace en curar los desaguizados cometidos por la sociedad en el hombre. Sabe que la revolución aún no ha llegado. Tiene pues que ayudar a los hombres a que pasen su vida esperándola.

El ejercicio de la medicina le permite también a él esperar..., ¡pero con los bolsillos llenos! ¡con la boca llena de palabras suaves! ¡respetada la apariencia! ¡sacando lustre al sentimiento del deber!

No sabría vivir de otra miserable forma ya que no tiene necesidad de ello y ya que su opulencia no le parece insoportable de acuerdo con los criterios sociales de éxito y riqueza. No siendo ni pobre ni suicida, complace al populacho, reconociendo sin embargo que la fuerza de las cosas lo distinguen. Liga su suerte a la de él, por lo menos en época de verdadera guerra civil. Y además... De momento, domina la situación. Está indignado, palabra. El tiempo pasa...

Esta gran compasión por los piojosos le permite ponerse al alcance de sus clientes; es el último cura a officiar. En una época en la que las religiones están difuntas y son frecuentadas únicamente por los últimos necrófilos; en una época en la que las creencias han dejado de tener la sólida organización de los mitos milena-

rios, el médico de izquierdas recibe a sus pacientes sin chanzas, en plan de serio confidente, compadece, y dice comprender. Todo este ritual no resulta caro puesto que la ceremonia es pagada por el Estado.

La droga es eficaz: suprime los trastornos del alma y del cuerpo. ¡La clopromazina lleva con más seguridad a la beatitud que el pan ázimo consagrado! Ataca las fuentes fisiológicas de la insatisfacción de forma más evidente que los exorcismos.

Pero, sobre todo, el cura no otorgaba la baja en el trabajo, mientras que el matasanos de turno puede hacerlo si viene al caso.

Pero el bufón no quiere limitarse a esta sola función. Quiere hacer de doctor, exige explicaciones, impone payasadas, se permite dar consejos, y sólo se contenta cuando consigue la humillación —cuando ve desfilar ante sí a una masa de seres que sufren, simplemente, por no poder vivir la vida que les ha sido impuesta. Aunque lo sabe, no quiere cambiar nada y prefiere recetar la droga antes que la libertad provisional.

De esta forma, receta la droga más que su cofrade "reaccionario". Prefiere abusar de la droga antes de que abusen de él. La droga tiene al menos una virtud para él, la del mal menor. Si no cura, por lo menos ayuda. ¿Cómo podría permitir un médico como éste dejar circular de nuevo libremente a un rebelde sedicioso y peligroso sin haberlo descerebrado antes? Y no se trata de saber ahora lo que podría hacer un sedicioso dejado en libertad... No. En tanto que médico, su deber es no soltar un solo desidente sin haberlo tratado. ¡Todo médico es médico legal!

Hoy en día se ha denunciado la arbitrariedad de una separación legal entre los enfermos normales con

tratamiento ambulatorio y los enfermos anormales, internados. El manicomio, clama la vanguardia médica, es una odiosa sociedad de marginados que viven tras altos muros la triste existencia que les concede el mundo sano.

¡Ah! que hermosa la crítica que pretende discutirlo todo y no hace más que entender aquello para lo que sirve!.

Que el manicomio es una cárcel, nadie lo pone en duda.

Que los antipsiquiatras se sorprendan, nos sorprende; que se sorprendan y que no hagan más que sorprenderse.

Que estos bobos se lamenten porque prosperan necios a un oficio de sabios, matan porque viven encerrados con los locos, porque son víctimas del desprecio de sus contemporáneos, eso sí que son pesadillas.

Pero no. No es arbitrario que los domadores estén encerrados en sus jaulas. Son ellos los que lo han querido y encuentran gusto en ello. ¡Por el contrario son las reglas del internamiento!

Ahora bien, esta arbitrariedad procede de una falta de previsión en la arbitraria definición y reglamentación de las enfermedades mentales-sociales.

El antipsiquiatra ruge, se subleva para que mejoren y se adapten estos viejos instrumentos policiales que son el manicominjo, la droga y las terapéuticas.

La suerte que espera a esta gendarmería civil está clara. A medida que su poder aumenta, todo hombre libre está a su merced. ¡Verse encarcelado sin haber sido reconocido enfermo! ¡Ser drogado por unos pretendi-

dos revolucionarios! ¡Estar preso y ser tratado con la autogestión, la libertad y el trabajo!... Cualquiera libre debe decirse: seguro que si yo estuviera loco, después de estar encerrado unos días, aprovecharía la primera ocasión en que no estuviera drogado para asesinar friamente al primero de los médicos —con preferencia a uno de los de izquierda— que cayera en mis manos. Por lo menos ganaría con ello el que me encerrarán, como a los furiosos, en un compartimento solo. Tal vez entonces me dejarían en paz.

Es sabido que en cualquier Estado, los policías temen por encima de todo ser matados en privado. Los sediciosos, desde siempre, hacen todo lo posible para destripar a los guripas.

Y no se puede decir que los esbirros de la medicina se libren de temblar ante la idea de represalias parecidas. ¿Les vemos acaso dejar en libertad a los sometidos a su tutela? ¿Les vemos destruir los manicomios y dejar sueltos por la calle a los internados y celebrar con ellos esta inesperada libertad?

No.

Estos “revolucionarios” no tienen esta etiqueta más que por usurpación; y la conservan de por vida. Por esto no se atreverían a adoptar medidas extremas como las supuestas. Su conciencia les informa de que están a su cargo verdaderos locos...

Y no obstante es por su realismo que se juzga a la revolución.

La necesidad de conceder la libertad incondicional a los internados es juzgada por los psiquiatras como una

hipótesis hija de individuos que no tienen ninguna referencia realista de lo que es la vida psiquiátrica. Lo cual es pertinente.

Son juzgados por revolucionarios aquellos que no tienen nada que defender en este mundo, ninguna posición social, mundana, estética, filosófica, ningún trabajo en particular, ninguna institución.

No tienen a su cargo ningún internado. .

No poseen ninguna situación en el mundo en la que podrían establecerse para "criticar".

En ello reside el poder de su extremismo y el terror que este poder provoca.

Todos los crápulas que gozan de buen nombre y de buena situación deberán ser y serán destruidos.

Lo que ignoran y quieren ignorar es que el golpe les será infringido por los mismos a quienes ellos oprimen y humillan. Esto sin ningún género de dudas.

¿Cuándo?

La revolución es por esencia una sorpresa violenta que asombra a sus autores y deja estupefactas a sus víctimas.

PIEZAS DE CONVICCION

En materia de drogas existen documentos públicos; todo el mundo puede consultarlos y formarse una opinión. Damos aquí unos pocos a manera de ejemplo.

"El control químico de la conducta es objeto de la psicofarmacología." PIERRE DENIKER (catedrático de psiquiatría, médico en jefe del hospital Sainte-Anne), en *La Psychopharmacologie*, (*) P.U.F., París, 1969).

"Producida por los Laboratorios Rhône-Polenc-Spacia, fue introducida (la clorpromazina-Largactil) en la terapéutica en 1952. En un principio, fue utilizada por H. Laborit y sus colaboradores en la preparación del llamado "cóctel lítico" —compuesto de clorpromazina, prometazina (Fenergan) y petidina (Dolosal)—destinado a la práctica de la hibernación artificial. Dichos autores habían ya señalado que aquel medicamento usado solo producía un efecto de "desinteresamiento" y que estaba llamado a tener aplicación en psiquiatría.

(*) *La Psicofarmacología*.

Con J. Delay y colaboradores, en una serie de comunicados presentados de mayo a julio de 1952, hemos sentado las bases en la cura neuroléptica —o tratamiento prolongado, continuado y sistemático con la clorpromazina sola— y precisado las indicaciones en los casos principales de psicosis agudas y subagudas, insistiendo en el valor de este nuevo tratamiento de la agitación de los enfermos mentales. De entrada hemos descrito la existencia de un síndrome de indiferencia psicomotriz que acompaña la acción del medicamento, la importancia del cual debía explicarse a continuación (...).

Sea lo que sea, desde 1952 los principios de las quimioterapias neurolépticas quedaban definidos (...).

En 1956 los autores lioneses demostraron la eficacia en psiquiatría de una fenotiazina piperazinada, la "proclorpemazina" (Stemetil o Tementil), que en el campo experimental parecía poco dotada de acción sedativa y que había sido propuesta como anti-emético. No obstante en los ensayos terapéuticos efectuados habían podido observarse singulares efectos secundarios bajo forma de crisis "histeriformes" que se producían, ya en sujetos con predisposición a ello, ya en sujetos poco sospechosos de histeria, por ejemplo en militares en maniobras. Pero estos accidentes se producían únicamente cuando se administraba el medicamento, y desaparecían cuando dejaba de administrarse. (...)

Pensando que existía sin duda una relación entre las estructuras afectadas, los síntomas neurológicos "secundarios" y los efectos terapéuticos de estos medicamentos, pedimos que fueran puestas a nuestra disposición sustancias capaces de producir con la mayor regularidad los síndromes neurológicos observados. (...)

Así se multiplicaron las fenotiazinas piperazinadas. (...)"
PIERRE DENIKER, "La Psychopharmacologie" (P.U.F., op. cit.).

"Desarrollo de la investigación psicofarmacológica"

Hay que abordar un problema que no es extraño a la ciencia en el sentido de que podría ser estudiado científicamente con los medios que las encuestas epidemiológicas ponen a nuestra disposición. Este problema, que tiene también un aspecto económico, tiene relación con el hecho de que los psicotropos más vendidos lo son precisamente aquellos cuyas propiedades clínicas, farmacológicas y bioquímicas nos son menos conocidas. Sólo en Francia se expenden cada mes más de dos millones de unidades de frascos de tranquilizantes. Estos últimos han conocido la mayor tasa de crecimientos después del descubrimiento del procalmadio^(*), y sobre todo después de la introducción de las benzodiazepinas^(**).

Estas cifras aunque no detallan el consumo de cada psicotropo por separado, dan por lo menos una frecuencia con que son recetados productos de una disciplina que sólo existe como tal hace apenas veinte años.

(*) Derivados más conocidos del procalmadiol: Meprobamato, Ecuamil, Libiolan. (Nota de los autores)

(**) Las benzodiazepinas más corrientes están comercializadas bajo los siguientes nombres: Librium, Dalmane, Valium, Mogadón, Nobrium, Seresta, Tranxeno. (Nota de los autores)

Los psicotropos ocuparon en 1965 el noveno lugar por la importancia de su volumen comercial. En 1970 estaban en cuarto lugar. Probablemente los medicamentos psicofarmacológicos alcanzarán en 1975 el segundo lugar, inmediatamente después de las terapéuticas cardio-vasculares. La cifra comercial de los psicotropos era de 135 millones en 1965, de 320 millones en 1970, y se estima que será de 750 millones en 1975. Este crecimiento corresponde esencialmente a los tranquilizantes.

Los estudios de mercado indican que esta progresión se debe a la multiplicación de diagnósticos de enfermedades en las que son indicadas estos productos, neurosis, estados de ansiedad, estados depresivos, etc. Durante el año 1970 parece ser que se diagnosticaron cosa de nueve millones de casos de neurosis y de trastornos de la personalidad que habrían condicionado la prescripción de 17 millones de recetas de medicamentos de los cuales 5 millones habrían sido tranquilizantes. El 66 o/o de los tranquilizantes recetados son consumidos por pacientes del sexo femenino, lo que resulta del hecho de que el diagnóstico de la neurosis afecta principalmente a las mujeres.

Y aún más, el 80 o/o de tranquilizantes son recetados por los médicos internistas, el 15 o/o por los neuropsiquiatras y el 5 o/o por otros especialistas, lo que prueba que los tranquilizantes han penetrado en el arsenal terapéutico corriente de cualquier médico. En 1970 el volumen comercial de los tranquilizantes conoció un aumento del 20 o/o con respecto al de 1969.

En los Estados Unidos FREYHAN indica que la producción y venta de tranquilizantes se han doblado

en cuatro años. En 1970 han sido fabricados en los Estados Unidos cinco billones de dosis de tranquilizantes, tres billones de dosis de anfetaminas y cinco billones de dosis de barbitúricos. Se estima que en general un tercio de los americanos entre dieciocho y setenta y cuatro años ha utilizado uno de estos psicotropos en el curso de este mismo año, y el autor concluye diciendo que "no estamos en condiciones de dar razón de una manera científica del aumento de la tasa de consumo de medicamentos".

P.A. LAMBERT, médico de hospitales psiquiátricos, "Acerca de algunas perspectivas en psicofarmacología", en *Confrontations psychiatriques*, nº 9 - 1972.

"Todos los años son sintetizadas varias decenas de millares de nuevas sustancias químicas. Es materialmente imposible efectuar para todas las sustancias la experimentación toxicológica indispensable antes de ser administrados al Hombre; incluso si fuera posible, el número de sujetos voluntarios —sanos o enfermos mentales— y más aún, el número de experimentadores cualificados, serían absolutamente insuficientes para llevar a buen término estos ensayos: en efecto hemos de admitir que tan solo algunas decenas de sustancias nuevas pueden ser ensayadas en el Hombre en condiciones satisfactorias anualmente".

PIERRE SIMON y JACQUES R. BOISSIER, "Previsiones de efectos psicotropos de una nueva sustancia en el Animal", en *Confrontations psychiatriques*, nº 9 - 1972(*).

(*) Confrontaciones psiquiátricas.

“No ha podido encontrarse ningún equivalente al sujeto humano en quien estudiar o tratar los fenómenos psíquicos y, desgraciadamente, la aplicación por vez primera de un nuevo producto psicotropo en el hombre proporciona demasiado a menudo un ejemplo de lo que legítimamente podríamos “avanzar con los ojos vendados”.

MICHAEL SHEPHERD, “Metodología de los ensayos clínicos en Psico-Farmacología”, en *Confrontations psychiatriques*, nº 9 – 1972.

“La interpretación de los resultados de un tipo cualquiera de experiencias, incluso aquellas que ponen en evidencia el comportamiento anormal más simple de un animal, hace que intervengan unos mecanismos fisiológicos que resultan siempre complejos. En el análisis de los fenómenos observados se nos escapan muchas explicaciones: es una banalidad, repetir que cada constatación que hacemos plantea tantos problemas como problemas resuelve. En este campo alcanzamos los límites clásicos de nuestra disciplina y el farmacólogo tiene que dar paso al fisiólogo o al zoólogo.(...) Ninguna substancia de las llamadas psicotropos responde de la misma forma a la totalidad de las experiencias aportadas y la multiplicación de éstas no ensancha precisamente el campo de conocimiento del mecanismo de acción de una droga”. JEAN DELPHAUT, *Pharmacologie et Psychologie*, Armand Colin(*).

(*) Farmacología y Psicología.

“Los psicofisiólogos estiman que sólo el lenguaje diferencia verdaderamente el comportamiento del hombre del de los animales. JEAN DELPAHAU, *op. cit.*

“Porque el animal no posee el don de la palabra se detienen las constataciones de laboratorio”. PIERRE DENIKER, *op. cit.*, P.U.F.

“Evidentemente, el término mismo de neuroléptico indica de entrada que un producto posee una acción sedativa preponderante sobre el sistema nervioso y sobre la actividad psíquica.

El uso importante y generalizado de los neurolépticos ha modificado la sintomatología de numerosas afecciones mentales. Son sobre todo los estados psicóticos agudos y crónicos los que se han transformado de manera más radical que con las terapéuticas empleadas con anterioridad (malarioterapia, electro-chocs, insulino-terapia). La introducción de los neurolépticos ha traído como consecuencia la reducción, evidente en el aspecto clínico, de los comportamientos de la agitación. Hasta tal punto que a propósito de ellos se ha hablado de “camisa de fuerza química”, destacando tanto el impacto psíquico como físico de sus efectos sedativos.

Los medicamentos neurolépticos poseen a la vez una actividad terapéutica sobre los trastornos psicóticos y una posibilidad específica de provocar la aparición de trastornos neurológicos. Pero, si bien es cierto que los neurolépticos controlan habitualmente la agitación, también lo es que provocan a menudo un comportamiento global de pasividad. En consecuencia se plantea una interpretación del mecanismo de actividad. Esta pasividad, ¿está directamente ligada a los neurolépticos

y es efecto de ellos? ¿Es por el contrario un síntoma “que queda” cuando ha sido borrada una sintomatología de superficie? Este problema del efecto directo o indirecto del neuroléptico es muy a menudo planteado a propósito de numerosos síntomas (apragmatismo, pasividad, depresión secundaria, etc.).

Es un problema tanto más difícil de resolver cuanto existe una acción específica de los neurolépticos respecto de las enfermedades mentales en tanto que entidades clínicas, ni incluso de los síndromes. Para un mismo síndrome varios neurolépticos pueden resultar igualmente activos, mientras que un mismo neuroléptico pueden serlo para síndromes distintos. Es decir que la acción terapéutica de los neurolépticos no se realiza de acuerdo con la división nosográfica, sino que opera sobre las alteraciones del funcionamiento del psiquismo en su conjunto.

Se comprende entonces que se haya tendido a definir este efecto terapéutico a nivel de los síntomas o de los comportamientos (agitación, agresividad, vigilancia, delirio, alucinaciones, etc.)”.

PIERRE SIMON y LUCIEN COLONNA, *Mieux connaître et mieux prescrire les Psychotropes. Editado por Ril, 1972*(*).

“La clorpromazina actúa principalmente en la parte ascendente aferente de la F.R. (formación reticular—nota del editor—) y la inhibición que provoca puede ser comparada a la destrucción de esta zona. (...)

(*) Para mejor conocer y prescribir los Psicotropos.

E. y K. Killam (1959) han resumido como sigue los datos experimentales aplicados a la clínica: la hiperreactividad al medio que es característica de los psicópatas puede ser debida a la transmisión “excesiva” de informaciones sensoriales a lo largo de las vías nerviosas clásicas sin selección ni control efectivo. Los efectos de “tranquilización” y de paz aportadas por el Largactil (sin provocar una notable depresión como en el caso de los barbitúricos) a estos pacientes serían debidos al aumento de la eficiencia y de la conducción a nivel de la conducción de la F.R., lo que lleva a una mejor filtración a nivel de esta formación, pudiendo entonces el sujeto rechazar las informaciones sin importancia para el organismo. Salvo a dosis elevadas, los estímulos ordinarios pueden todavía alcanzar la conciencia. (...) El sujeto tratado con Largactil presenta una ligera somnolencia sin verdadero sueño, parece apático, indiferente a los estímulos del exterior habitualmente positivos, o reacciona ante ellos después de un tiempo bastante largo, contesta con voz monocorde y un claro retraso a las preguntas que se le hacen, y presenta una clara neutralidad emocional y efectiva; no se aprecia en él euforia, pero tampoco tristeza: parece como si el paciente no tuviera ganas de nada. Ninguna espontaneidad, ninguna iniciativa; su humor, sus preocupaciones, su habitual irritabilidad se apagan. No obstante no se dan alteraciones de la conciencia ni de las facultades intelectuales, aunque la síntesis y la ideación sean mucho más lentas: el sujeto da pruebas de una gran plasticidad mental y parece refugiarse en el conformismo y la banalidad. Este desinteresamiento del paciente por lo que le rodea (obtenido con ciertas dosis administradas por vía intravenosa), ha sido calificado de “loboto-

mía farmacológica” (H. Laborit y colaboradores, 1952). Poco a poco estos fenómenos se atenúan si se suspende la medicación o si ésta deja de surtir efecto”.

JEAN DELPHAUT, *op. cit.*

“La administración de una gama de dosis crecientes de un neuroléptico nos permite hacer las observaciones siguientes:

Dosis débiles o medias

Los animales permanecen inmóviles o se desplazan poco; aunque conservan su posibilidad de exploración, parecen desinteresarse con frecuencia del medio que los rodea. Cuando son manipulados se muestran dóciles y recobran rápidamente su actitud de reposo.

Dosis fuertes

Los animales quedan prácticamente inmóviles. Cuando son manipulados se vuelven no-agresivos y “plastificables”, permaneciendo en la misma posición en la que han sido dejados, incluso si se trata de una postura incómoda y se requiere para mantenerla un esfuerzo muscular, con la sola excepción de la posición decúbito dorsal que es rechazada por la rata tratada con un solo neuroléptico.

Con los derivados de la butirefenona, se añade a este cuadro una hipertonía bien marcada; además los animales chillan cuando se les manipula aunque se haga con mucho cuidado, lo que parece índice de un cierto grado de hiperestesia.

Dosis muy fuertes

Los animales presentan alternancias de inmovilidad y de movilidad.

En los episodios de inmovilidad resulta por lo general imposible imponer una actitud a los animales, reaccionan a menudo incluso en sentido contrario: si se les empuja tienden a retroceder, si se les retiene tienden a avanzar, si se les hace mover una pata la devuelven a su posición inicial. Estas manipulaciones provocan a veces manifestaciones agresivas.

Los episodios de movilidad que nos habían parecido casi siempre independientes de los estímulos exteriores, varían notablemente en su presentación:

— saltos, a veces violentos, que pueden proyectar al animal contra las paredes de su jaula o contra un obstáculo.

— marcha regular, sin aparente finalidad, sin exploración, de forma muy especial, como la rata que parece andar sobre zancos. El animal anda de manera muy coordinada y, de repente, se detiene para echar de nuevo a andar poco después. Si se encuentra ante un obstáculo se detiene y poco después reemprende la marcha en una dirección libre. En dos de los casos observados, mientras las patas anteriores se movían normalmente, las posteriores avanzaban dando pequeños saltos, recordando el andar de la rana.

— acción de masticar en vacío, pudiendo prolongarse durante mucho tiempo;

— movimientos de aseo con una duración mucho más larga de lo habitual y de una superior calidad: la rata hace pasar sus patas anteriores limpiamente por detrás de las orejas como lo hacen los gatos;

— finalmente hemos observado comportamientos muy especiales en dos ratas que habían recibido cuatro horas antes la importante dosis de 32 mg/kg de reserpina (por vía intraperitoneal):

— una de ellas meneaba la cabeza con movimientos lentos, solemnes, de gran amplitud e ininterrumpidamente durante una hora;

— la otra, en episodios de carrera desenfrenada, increíblemente rápida, que iniciaba de repente, y galopando como un caballo, franqueaba todos los obstáculos con prodigiosa celeridad, para detenerse bruscamente, rehusando reemprender la marcha a pesar de los estímulos auditivos o táctiles, para reemprender espontáneamente la carrera momentos después. (...)

Síndrome extrapiramidal en el Hombre

En los casos típicos el orden cronológico de aparición es el siguiente:

1.— *Somnolencia*. Esta tendencia a dormirse es más o menos marcada; es intensa con la levomepromazina, la tioproperazina, la flufenazina, el halopericol.

2.— *Acinesia*. La lentitud y la escasez de movimientos, la disminución de la iniciativa, puede llegar hasta un estado de estupor sin obnubilación de la conciencia (...).

3.— *Hipercinesia y discinesia*.

Hay que distinguir entre hipercinesias transitorias o crisis excito-motrices, y las hipercinesias duraderas tales como la tasicinesia. Las hipercinesias transitorias, que son difíciles de separar de las discinesias por su naturaleza, afectan preferentemente determinadas zonas:

cara, cuello, raquis, diafragma. Así se observan movimientos buco-linguales masticadores repetidos, coreas salutantes, espasmos de torsión, crisis oculogiras.

4.— *Hipertonía*.

La hipertonía es un fenómeno que se presenta de manera tardía o retardada respecto la acinesia (...). En el curso de las primeras 48 horas después de la toma del medicamento aparece un síndrome acinético (sujeto “petrificado”, pérdida de la iniciativa) sin ningún signo de hipertonía, este síndrome va acompañado en el plano psíquico de un síndrome de indiferencia con mutismo que puede llevar hasta la sideración emocional. En la mitad de los casos aparece al mismo tiempo un síndrome discinético hecho de crisis excitomotrices y sensación de malestar intenso. Al cabo de las 48 horas se presenta un síndrome acineto-hipertónico que puede ir acompañado de un sentimiento de tristeza. Poco a poco se va creando un síndrome hipercineto-hipertónico por el que los sujetos tienen una necesidad invencible de echar a andar; se desplazan a menudo en grupo, con una rigidez de autómatas.

Dos o tres días después de haber cesado el tratamiento, se observa la desaparición progresiva de los síntomas a la vez que aparece un síndrome de euforia con efectos terapéuticos máximos.”

JACQUES-R. BOISSIER, “Toxicidad de los medicamentos psicótropos” en *Confrontations psychiatriques*, nº 9 — 1972.

“La duración del tratamiento de mantenimiento con neurolépticos es muy variable a tenor de los sujetos, pero podemos decir que en los estados psicóticos crónicos oscila entre varios meses y varios años. Los ca-

atropínico (deficiencia de la acomodación, intensa sequedad de boca) el sujeto experimenta una pérdida aislada de la eyaculación, seguida de una atenuación de la intensidad del orgasmo y finalmente una total impotencia. Esta situación dura seis meses cuando viene a nuestra consulta, no por su impotencia que le deja indiferente, sino por su angustia que persiste. Hay que hacer notar, fruto de numerosas observaciones, que la utilización de varios medicamentos a la vez hace imposible conocer qué efectos son imputables a cada uno de ellos.

En la mujer los trastornos son más difíciles de describir. Puede darse una disociación vagino-clitoridiana la percepción de los movimientos del pene y la emoción que provocan disminuyen o desaparecen, aunque el estímulo del clítoris puede todavía desencadenar el orgasmo. Este puede, como en el hombre, hacerse débil o insatisfactorio. Lo más frecuente es constatar simplemente la desaparición del deseo y una total frigidez.

(...) Paula, 33 años, es una atractiva italiana que ha sido internada ya tres veces por crisis paranóicas que se curan perfectamente. En los períodos intermedios en los que no presenta ninguna manifestación esquizoide, corresponde de manera satisfactoria a los avances de un marido robusto que se creería deshonrado si no mantuviera con su esposa relaciones sexuales cotidianas. La pareja lleva casada seis años. Para evitar una nueva recaída le hemos impuesto un tratamiento de mantenimiento compuesto de 100 mg de tioridazina (Melleril) y 2 mg de tioproperazina (Majeptil) que le provocarán una amenorrea y una frigidez total durante un año. Después el deseo sexual y el orgasmo, cotidiano o casi, reaparecerán, pero no las reglas, a pesar de que las dosis han descendido desde hace un año a 50 mg de tiorida-

zina y 1 mg de tioproperazina.

(...) *En los dos sexos* podemos intentar probar la causalidad medicamentosa haciendo notar que:

— Los trastornos aparecen casi desde los inicios del tratamiento; hasta unos pocos días.

— Por lo general desaparecen con una importante disminución de las dosis (noción de dintel de acción), o su cese, para reaparecer al reanudar la medicación. El tanteo con diversas drogas ha podido probar en algunos casos la acción selectiva de algún medicamento.

— Los trastornos sexuales van acompañados de otros efectos secundarios.

(...) *La clorpromazina, primera en el tiempo.* (...) Deshaies y otros señalan en 1957: "La actividad sexual parece disminuida en la misma medida en que disminuye la actividad general, pero sin lugar a dudas, más en la expresión de la búsqueda sexual que en su cumplimiento psico-fisiológico." Delay y Deniker, en su importante obra sobre la quimioterapia psiquiátrica, notan simplemente de paso: "sin hablar de la disminución de la actividad sexual masculina que es habitual con la administración de sedantes fuertes." En 1964 y 1965, Döring publica un caso de aneyaculación con conservación del orgasmo; Pommé y Kranz, cada uno un caso de impotencia. Es poco si se piensa en las toneladas de clorpromazina consumidas.

(...) La alimemazina (Théralène) en una dosis de 30 a 40 mg al día ha provocado en un caso una impotencia que ha durado quince días, incluso después de haber cesado el tratamiento (observación del Laboratorio Théraplix). En dos casos, citados por Pommé, el producto ha sido causa de una frigidez total, tanto de la vagina como del clítoris y, junto con tranquilizantes, de

una impotencia parcial con retraso en la eyaculación.

— El cloprotixeno (Taractan). Ditman ha publicado un caso de aneyaculación y de atenuación del orgasmo en un neurópata alcohólico que tomaba dosis de 300 mg diarios, cuya función sexual se normalizó una semana después de interrumpir el tratamiento. Heer utilizó este medicamento con éxito en dosis de 50 mg al día para suprimir las erecciones postoperatorias en 24 casos de intervenciones plásticas en el miembro. Para estas indicaciones el clorprotixeno le pareció superior al bromo. (...)

— La tioridazina (Melleril) es sin lugar a dudas el producto que ha sido incriminado con mayor frecuencia por su acción a menudo aislada sobre la eyaculación. (...)

El fenómeno más frecuente es un simple retraso de la eyaculación seguido de su supresión pura y simple: han sido publicados 50 casos. (...) Naturalmente, su acción ansiolítica en general, y su influencia en la eyaculación en particular, ha llevado a varios autores a utilizar la tioridazina con éxito en el tratamiento de la eyaculación precoz. (...)

— La levomepromazina (Nozinan) cuyo poderoso poder sedante es bien conocido, es asimismo responsable de casos de impotencia temporal y de aneyaculación (comunicaciones personales no publicadas). (...)

Los timo-analépticos.— Kline, sin precisar los productos utilizados, señala la frecuencia temporal o el retraso de la eyaculación en el hombre (tres horas, en un caso que le sugirió precisamente la idea de tratar por este medio la eyaculación precoz) y en la mujer algunos casos de aumento de la reactividad genital. (...)

Los tranquilizantes.— Existen pocos trabajos sobre

el particular, a pesar de que algunas observaciones hacen pensar que sus efectos no debieran ser negligidos.

1º EL MEPROBAMATO (Ecuamil, Procalmadiol). Tres observaciones de Pommé (...) acusan a este medicamento de: 2 casos de impotencia, 1 de semifrigidez. También nos ha sido referido un caso de impotencia incompleta con el producto utilizado solo (observación no publicada).

2º EL CLORDIAZEPOXIDO (o metaminodiazepoxido, Librium). Whitelaw, en 17 casos de mujeres que menstruaban normalmente, ha podido observar que este medicamento había determinado en 9 casos la ausencia de ovulación. (...) Parece pues que este producto es capaz de producir un conjunto de efectos secundarios ya descritos.

3º No hemos recogido más datos acerca de la acción de otros tranquilizantes. Pommé y otros piensan, no obstante, que poseen asimismo una acción inhibitoria. (...)

Las perturbaciones endocrinas en la especie humana.

— Desde un principio se ha señalado la existencia de las mismas. (...)

En la mujer.— Recordaremos que todos los neurolépticos del tipo de la fenotiazina, la reserpina, la iproniazida (Marsilid), el clordiazepoxido (Librium), pueden provocar trastornos del ciclo menstrual, y más a menudo se trata de la amenorrea, cuya frecuencia crece con la dosis administrada. La galactorrea es extremadamente frecuente si se realiza una investigación sistemática. (...) Así vemos, bajo la acción de los neurolépticos, la aparición del síndrome de Argonz y Del Castillo (o de Forbes-Albright) constituido por amenorrea, galactorrea, obesidad, una posible atrofia útero-ovario, fro-

tis vaginal hipo-estrogénico. (...)

En el hombre. (...) Señalemos, para no hablar más de ello, que numerosos autores han puesto en evidencia, en experiencias con animales, lesiones atróficas de los testículos, afectando al tronco seminal como el páncreas y las vesículas seminales. (...) Teniendo en cuenta lo que sabemos de los efectos sexuales clínicos de estos medicamentos, sería tal vez interesante reconsiderar el estudio hormonal en el hombre, en busca de trastornos funcionales. (...)

La acción biológica propia de un medicamento, a menudo variable según el tiempo y dosis empleadas, se ejerce con mayor fuerza en determinados organismos dotados de unas idiosincrasias fisiológicas y de una estructura psicopatológica que integrará de manera variable la modificación biológica. Así, puesto que ignoramos todavía el mecanismo íntimo de la acción medicamentosa, nos contentaremos con captar, a nivel psíquico, lo que es experimentado por el sujeto. (...) La hipótesis más simple es que el deseo se seca en su misma fuente biológica. (...)

Por el contrario todos estos medicamentos aumentan el apetito. Parece como si la libido remontara desde posiciones genitales hacia la aralidad. (...) Tal vez pueda hallarse en este fenómeno el eslabón que explique, entre otros, el desplazamiento neuroléptico del amor a la bulimia.”

J.-P. SCHNETZLER, “Efectos de las quimioterapias psiquiátricas en el comportamiento sexual” en *Actualités de Thérapeutique psychiatrique*, 2^a serie, Masson ed., 1967 (*)

(*) N. del T. – Actualidades de la Terapéutica psiquiátrica.

“En alta dosis, los tranquilizantes ejercen efectos sedativos que se manifiestan por una disminución de la actividad locomotora de los animales, una potenciación de los depresores del sistema nervioso central (hipnóticos, anestésicos generales, alcohol, etc...) y una supresión de los reflejos precedentemente establecidos. (...)

A dosis bajas o moderadas, las benzodiazepinas y, en menor grado el meprobamato, ejercen efectos que parecen acordarse mejor con su actividad terapéutica:

– Supresión de las respuestas emocionales condicionadas: los animales en curso de condicionamiento no pueden continuar su actividad normal (motriz o alimentaria, por ejemplo) cuando el estímulo condicional les advierte de la inminencia de un castigo ineludible; bajo la influencia de tranquilizantes estos animales pueden proseguir normalmente su actividad.

– Inhibición de un condicionamiento suspensivo: cuando se provoca en los animales una situación conflictiva (el Animal está dividido entre el deseo de una recompensa y el miedo a un castigo), es posible fijar los parámetros de tal suerte que el miedo al castigo pueda más y que el Animal suspenda toda actividad. Bajo la influencia de tranquilizantes el Animal reemprende su actividad sin que podamos saber si actúa así por subestimación del castigo o por una sobreestimación de la recompensa.”

PIERRE SIMON y LUCIEN COLONNA, *op. cit.*

“Los tranquilizantes, acabamos de constatarlo, tienen poca especificidad; con algunas excepciones, son ansiolíticos y reducen ciertos conflictos temporalmente, pero sin alcanzar al origen de los trastornos. Su acción se limita a suspender: los tratamientos son generalmen-

te prolongados y deben reanudarse a la menor recidiva.
(...)

El Equanil suprime en el simio la agresividad y el miedo sin que pierda el interés por el medio ambiente (acción domesticadora de H. Berger). (...)

La *benacticina* (Suavitol) propiciaría el olvido, una tendencia a no pensar en nada: disminuiría el poder de concentración, la atención, "fijaría el pensamiento" elevando una barrera entre el individuo y sus propios problemas."

JEAN DELPHAUT, *op. cit.*

"La preciosa acción apaciguadora del Sarpagan líquido aporta una impresión de *paz interior*. Debe distinguirse su acción sedante de la hipnótica de los barbitúricos: la rata tratada con Sarpagandah adopta la actitud del sueño natural y puede ser despertada en cualquier momento.

Esta acción puede durar mucho, incluso 4 ó 5 días."

En *Diccionario Vidal*, Laboratorios Servier.

"El Dipiperon es un medicamento psicotropo cuya particularidad es una acción selectiva sobre el comportamiento, el humor, la agresividad, la impulsividad y las reacciones clásicas y antisociales. Esta propiedad fundamental de armonizar las relaciones se acompaña de una acción normalizadora del sueño." *Diccionario Vidal*, Laboratorio Le Brun.

"Covatine":

Indicaciones: Agapaxie: hipersensibilidad mental congénita, anfótropa y no específica a los acontecimientos en general.

Estados Agapáticos: hipersensibilidades mentales adquiridas o específicas de ciertos individuos frente a las contrariedades, celos; orgullo exacerbado; exceso de desconfianza, de susceptibilidad (síndromes paranoicos); sentimiento de envidia; hipersensibilidades mentales adquiridas bajo la influencia del surmenage o de contrariedades repetidas, cancerofobia, dificultades psicológicas en las relaciones sociales y familiares.

Trastornos orgánicos secundarios que acompañan a los estados psíquicos precedentes: fatiga, disminución del dinamismo vital, de la aptitud para el trabajo, el deporte, etc.; irritabilidades viscerales, insomnios de origen agapático.

En el niño: tratamiento de las reacciones agapáticas; tratamiento preventivo de los "complejos"; mejora de las relaciones sociales (en la escuela y en la familia) y de manera secundaria del trabajo.

(...) *Duración mínima del tratamiento*: 20 días (preferentemente un mes) Efectos persistentes, después del tratamiento, de uno a varios meses." En *Diccionario Vidal*, Laboratorio A. Bailly (Speab)

"Laroxyl"

Indicaciones corrientes: todos los estados depresivos sea cual sea su expresión o su origen. Pérdida del dinamismo moral, abatimiento y astenia, ansiedad. Disgusto por la vida, desinserción familiar y social, baja del rendimiento profesional. Desequilibrios neurovegetativos, trastornos psicósomáticos, manifestaciones hipocóndriacas." En *Diccionario Vidal*, Productos "Roche" S.A.

“He aquí otro caso para el que está indicado ACUANIL. La inquietud, la depresión, trastornos frecuentes en las personas de edad, solteras o viudas, son debidos en la mayor parte de los casos a la ansiedad. ECUANIL les ayudará a desdramatizar su vida cotidiana y a conservar la calma y el equilibrio. ECUANIL, desde la simple irritabilidad a la crisis de angustia, una posología adaptable a todos los casos.”

Laboratorios Clin-Comar Byla.

publicidad

Una vez más se ha despertado cansado. No padece ninguna enfermedad, excepto alguna vez una ligera lumbalgia.

Empieza su jornada de trabajo sin ánimos y sin entusiasmo.

A lo largo del día las cosas se arreglan... pero el día siguiente, lo mismo...

Se decide ir a su consulta:

El examen clínico no revela ninguna anomalía en este paciente relativamente joven, sin antecedentes especiales.

Su diagnóstico etiológico:

Es la respuesta a una suma de agresiones de la vida ciudadana acelerada en un ambiente de stress.

Su prescripción:

TIMODYNE

3 cápsulas por la mañana, 3 cápsulas al mediodía

Laboratorios Anphar.

publicidad

Los deprimidos

50 años una edad difícil...

Es la edad de la menopausia. La brutal sensación de sentir que yo no se es mujer.

Una patología desorientadora constituida por trastornos lo mismo endocrinos y somáticos que psíquicos o sociales.

Un equilibrio, a menudo precario, que una ronada perturba, una cierta lasitud de vivir, una fatiga que no tiene razón de ser.

Esta sintomatología a la vez emocional y somática exige una terapéutica adecuada.

Debrumyl ha sido concebido para combatir de manera global los estados asteno-depresivos.

Debrumyl mejora el humor, activa la vigilancia y corrige además el cansancio físico que acompaña habitualmente a la fatiga mental.

Débrumyl

psico-estimulante

Laboratorios Inava, 125, rue de la Faisanderie, 75116
París.

publicidad

Los deprimidos

Las 6 de la tarde y su jornada no ha terminado

Como a miles de mujeres, le queda todavía algo más de una hora de trayecto antes de llegar a su casa.

A la fatiga física propia de estos largos recorridos hay que añadir numerosos factores de desequilibrio.

Llevar la casa, consagrar largas horas a la cocina, a fregar platos, a los niños y a diversas tareas domésticas en condiciones a menudo inaguantables.

A la fatiga nerviosa producida por ocupaciones tan poco interesantes se añade pronto una cierta lasitud de la vida.

Esta sintomatología a la vez psíquica y somática requiere una terapéutica adecuada.

Debrumyl ha sido concebido para combatir de manera global los estados asteno-depresivos.

Debrumyl mejora el humor, activa la vigilancia y corrige también la lasitud física que acompaña habitualmente a la fatiga mental.

Laboratorios Inava, 125, rue de la Faisanderie, 75116 París.

publicidad

“LIBRIUM ROCHE: Ansiolítico de uso corriente. El paciente, sin estar obnubilado, pero liberado de sus trabas emocionales no nota ni da la impresión de hallarse bajo el efecto de un medicamento.”

Laboratorios Roche

publicidad

“ANAFRANIL devuelve los colores a la vida”

Laboratorios Geigy

publicidad

“Podemos decir que en nuestros días no hay *mutismo*, patológico o no, que se resista a las técnicas mencionadas. Que se trate de un mutismo por inhibición melancólica, del mutismo o semi-mutismo de los esquizofrénicos o delirantes, de mutismos histéricos o mutismos simuladores, el empleo razonable de los medios de disolución de la vigilancia o de los de estimulación de la actividad ideo-verbal, acaban con todos ellos. (...)

Es verdad que el empleo del suero de la verdad para la investigación de la culpabilidad criminal, ofende las exigencias más profundas de nuestra ética. Pero desde el momento que es imposible que este empleo de carácter médico sea realizado por alguien que no sea médico, hay que suponer que en nuestra civilización occidental los métodos farmacológicos no se convertirán nunca en técnicas policiales. (...)

La psicofarmacología moderna se ha aplicado al difícil tratamiento de los desequilibrados psicopáticos con reacciones antisociales, inaugurando así el extenso dominio de los tratamientos médico-psicológicos en criminalología.”

PIERRE DENIKER, *op. cit.*, P.U.F.

“¿No sería acaso interesante disponer de neurolépticos de larga duración, dos o tres meses? (...)

Los neurolépticos retard han tenido una salida interesante. Son bien tolerados por los pacientes y se adaptan plenamente a la política de salud mental preconizada en la actualidad. (...)

¿La psicofarmacología preventiva? Un tema cuyo desarrollo podría llevarnos hasta la utopía: la prevención del retraso mental, (...) la prevención de la esquizofrenia o de las psicosis en general desde la edad juvenil por medio de exámenes biológicos o cromosómicos, ¿quién sabe?”

P.—A.LAMBERT, *Sur quelques perspectives en Psycopharmacologie*, *op. cit.*(*)

LA ANTIRREVOLUCION CONTEMPORANEA

(*) N. del T. — Algunas perspectivas de la Psicofarmacología.

LOS ANEXOS DE LA DROGA

Nuestros contemporáneos han erigido su amnesia a guisa de reconocimiento del mundo: lo que ha surgido de la nada en la Francia de 1969 para afirmarse como "el problema de la droga", poniendo en circulación teorías de idiotas balbucientes, una generación de auto-satisfechos de su nuevo Saber-Vivir, una masa de burgueses malhumorados y de estalinistas virtuosos y furiosos, que desaparece un día para resurgir al día siguiente, cual fantasma parece haber surgido como una pesadilla fugaz, que hubiera sacudido la conciencia de un presente que es sin cesar rectificado. Anécdotas gastadas difundiendo tufillos exóticos, episódicos sermones dignos de una inquisición en descomposición, algunas charlas científicas y unas cuantas sentencias judiciales configuran en esencia el lado reconocido de este pseudoproblema.

La droga —la ilegal— tan pronto constituiría un fenómeno social de una amplitud desmesurada, un peligro gigantesco que amenaza hasta el fondo de la sociedad, tan pronto sería el exponente de la sedición, de la revolución social, ¡por no decir más!

Hoy en día el problema ha desaparecido puesto que los hombres se drogan.

Este simple hecho sigue siendo enterrado en lo más profundo de la ignorancia contemporánea, oculto por "la droga para problemas", disimulados gracias a los discursos emitidos por los periodistas policiales, los mercaderes de calumnias, que han extendido su silencio, tan bien informado, por otra parte, gracias al ministerio de la propaganda, acerca de la tranquilización química de los proletarios.

Después de una campaña para espantar a la población, en el curso de la cual el peligro que entrañan algunas drogas ha sido elevado a la altura de un diluvio metafísico-social inminente, estos fabricantes de escándalos para la vuelta de las vacaciones han orientado resueltamente todas las miradas hacia las cualidades "creadoras" de las drogas. Hoy se publican oficialmente detalles sabrosos sobre la gracia bienaventurada que crece en las profundidades místicas liberadas por los psicotropos "ilegales"...

En realidad esta campaña vulgar y torpemente bondadosa alaba las drogas "ilegales" solo para mejor ocultar la realidad de un consumo generalizado de los psicotropos, es decir, para impulsarla.

¿Qué hay entonces de esta soberbia que desprecia al Estado y al mundo y que se exhala en la "pequeña humareda" y en la química del expansionismo imperialista de las "conciencias"?

En verdad sólo un apagado discurso cien veces formulado, sólo un modo de vida con pretensiones igualitarias y libertarias, sólo una extensión social del estatu-

to de estudiante y de su miseria, sólo aquellos grandes alientos subjetivos, aquellas feroces reivindicaciones, aquellas violentas llamadas a la reforma que se expresan mediante: "Tengo el absoluto derecho de...", "todos los hombres son libres para..." que constituyen de hecho el nuevo Derecho burgués. Pues, mientras para atar a los hombres normales y esclavizarlos se inventaba una ideología médica que justifica los remedios, *la fauna de los pseudo-marginados* se administraba con alegría y dignidad sus propios calmantes, llegando incluso a comunicar a esta nueva forma de sumisión el ímpetu de un reformismo político — vanguardia del peor *conservadurismo social*.

Desde hace algunos decenios, han sido prohibidas numerosas drogas que habían tenido siempre consumidores que nunca sintieron la necesidad de hacer su "justa" reivindicación mediante una logorrea enfática.

Tan solo desde hace algunos años algunas de estas drogas son consumidas masivamente por esta fauna —prolongación del triste mundo estudiantil— que prolifera en todos los puestos clave del capitalismo.

¡Cuántas conciencias delirantes! ¡Cuántas conciencias exudando la mística liberadora!

La nueva filosofía de la conciencia supuradora se deleita con la pseudo-ilegalidad de estas drogas. Pero lo que se considere la cumbre del gusto libre único no es más que un nuevo contrato social. Esta moda, afectando únicamente a algunas drogas, ha sabido, desde un principio, prohibirse sabiamente el uso de las más peligrosas, quedándose solo con aquellas que favorecen la

adaptación social. De esta guisa, las *conciencias* han rechazado prontamente a la heroína asesina. La morfina, el betel, la cocaína, son dejadas de lado y no son objeto de reivindicación. Las anfetaminas, que conocieron una gran voga cuando la moda era la agitación, han sido repudiadas por sus mismos consumidores, más amantes de la paz interior y de la sedación boba que de la excitación social. Así se prefiere fumar el cannabis en vez del opio, el cual es contrario al trabajo, a la familia, a los emparejamientos "libertarios" y a la reunión de grupos "igualitarios". Y lo mismo podría decirse de otros alucinógenos los cuales, a primera vista, parece que apartan de la vida social, cuando de hecho, mejoran la realidad dándole un aspecto variopinto.

Todas las drogas legales se producen para normalizar a la población, tranquilizar a los agitados, excitar a la laboriosidad a los fatigados. Están dirigidas a los *normosociales*.

Por el contrario la función del cáñamo y otros alucinógenos es elegida por sus mismos consumidores. Estos se llaman a sí mismo *marginados* porque se juzgan lejos del "centro". Les gustan las drogas que no son fabricadas para un uso minuciosamente previsto. Ni sedativas ni excitantes, sino psicodislépticas, determinan la diferencia donde todas se encuentran parecidas. Se aplican pues estas drogas cuya acción sobre sí mismos, ellos mismos elaboran con el fin de seguir siendo lo que son: unos *normomarginados*.

La sociedad de clases no resulta atacada, ni siquiera ocasionalmente desmantelada, por estos normomarginados y sus drogas.

¡Por el contrario, el estado se fortalece!

Lejos de perturbar la vida social, las drogas la armonizan. Proporcionan la serenidad que lleva a la sumisión. La marihuana es la droga del conformismo civilizado de los hombres entre sí. El cáñamo es un psicotropo más rico y adecuado a los trastornos sociales que la química rudimentaria, ayuda a amar la vida cotidiana alienada, favorece la quietud laboriosa y cívica, confiere la impresión de inteligencia y de ilusión de la creatividad inspirada. Es la vida sin tiempo muerto y el gozo sin obstáculos que se admitan en sus ejercicios.

¡Y estos cretinos, mientras fuman su tabaco, celebran la liberación del proletariado enseñando algunos metalúrgicos en mono que se drogan como ellos!

¡Y que hay de extraño en que unos obreros se droguen!

¡Lo que no vemos por ninguna parte es la revolución social!

Los mismos maestrillos pretenden además emancipar con los alucinógenos. Creen que podrán liberar las conciencias y transformar el mundo por ese camino. La finalidad de los alucinógenos no es la de aumentar la productividad o rectificar los desfallecimientos del ciudadano.

¡No! Miserables esparcimientos interiores, insípido cinemascopio sin relieve, no son más que drogas para esclavos. Creen liberarse al liberar su pobre espíritu, porque le han dejado, excepcionalmente, un campo más libre que de ordinario. Son vacaciones erráticas de la inteligencia, vagabundajes indigentes a dónde sea con tal de que se mantenga fuera de la realidad. Es decir simplemente, fuera de la representación convenida de la misma.

Los normomarginados son la vanguardia de la servidumbre, los portavoces de la alienación moderna, la antítesis de la verdadera emancipación.

La droga une sus difusas sensaciones y sus tibios anhelos.

Sin la droga, nada de turismo lánguido y escuelas paralelas; nada de comunidades ni de cultura para trogloditas retrasados, nada de industria de la tontería; nada de filosofías grotescas, nada de mística imbécil; nada de reconstrucción especulativa del mundo, y nada de estúpida adoración de esta especulación.

Esta fauna comulga en el psicotropeo que les permite reconocerse y acogerse al seno de familias generosas de mocosos emancipados, aprovecharse de la clase asalariada, urdir mil embellecimientos del mundo...

Pertenecen a los cuadros de mando, son los efectivos rodamientos del sistema de producción capitalista. Sus drogas les sugieren proezas inventivas en la organización del trabajo y en su repartición, en la organización de las insatisfacciones que este trabajo produce.

En una Europa donde el proletariado está harto de una revolución que burgueses y estalinistas intentan por todos los medios desviar o desarticular, los normomarginados afirman que sus drogas son revolucionarias.

De entre ellos, los mejor alimentados llegan a decir que forman una nueva sociedad que se anuncia como la anti-sociedad en acción, que este movimiento concreto de la liberación de la libertad es desde ahora *comunista*, que es la obra de la libertad que se realiza cambiando la vida, y por consiguiente de todos los hombres libres, hechos hombres por encima de sus clases y su posición social, por consiguiente de la práctica consciente de la

efectiva disolución de las clases y de la sociedad de clases.

Su droga es la Historia consciente y triunfante.

Los últimos rebeldes agazapados en sus hileras pretenden que este movimiento no ha alcanzado todavía sus propósitos, aunque sea el motor de todo esto...

Satisfechos de la vida que llevan, partidarios de la moda que quiere cambiar la vida, los norteamericanos llaman revolución a este grotesco reformismo. Gracias a los alucinógenos han inventado un modelo inédito de revolución que efectivamente modifica la percepción general del mundo, mejora el campo de la libertad interior, traza grandes y admirables avenidas para toda la humanidad, y trastorna incluso la Historia.

Y esta formidable revolución se desmorona como un castillo de naipes.

De esta suerte la revolución está al alcance de todos los encéfalos, puesto que su realidad reside enteramente en la idea de su realidad y puesto que no posee más cuerpo que esta idea.

Esto plantea un grave problema teórico: el carácter social de esta revolución...

Pero gracias a los dioses, el cannabis es el instrumento de la socialización de la expansión de la conciencia.

Y entonces todos ven en sí mismos un Ser y una Libertad tales que pueden admirarse los unos a los otros en un conjunto de copias fieles.

El cannabis es esta coherencia espontánea que da su unidad práctica al enriquecimiento de la vivencia.

Todas las drogas drogan. La sociedad de clases esclaviza y mata.

¡Kulaks de la conciencia! ¡Temed el día en que los hombres abolirán el mundo de las ilusiones y su democracia ficticia!

EL TRATADO

Permitir una construcción especulativa que transforme lo real en su percepción alterada —siendo ésta la única realidad, ya que es la única percibida— constituye la función social de los alucinógenos. Devuelven su esplendor al apolillado blasón de la *religiosidad* y pretenden conquistar el mundo librando batalla contra los que pretenden resistir. El innoble misticismo que arroja a esta especulación, es producido por el miedo y dado a luz por la esperanza, y esto no ya metafísicamente, sino socialmente. Los estados de ánimo que se difunden en este misticismo son el reflejo de un malestar generalizado que no es otra cosa que el sentimiento de la necesidad de una revolución social total.

En una época como la nuestra, en la que está de moda una subversión anunciada de forma oficial, la estupidez mística debe llamarse ella también subversiva y social. Así, en el estado actual de la lucha de clases, la religiosidad tiene que hablar el lenguaje de la época, es decir, tomar prestados algunos abalorios escogidos en función de su color oficialmente “revolucionario”. Empezando por esta misma etiqueta de “revolucionaria” ¡Y “revolucionarios” serían los alucinados y los

cretinos místicos! ¡Y “revolucionario” el conjunto mismo de los drogados!

La lobotomía que ocupa el lugar del pensamiento en estos admiradores de lo inexistente, impide a cada uno de ellos comprender que están construyendo una tendencia ideológica realmente contra-revolucionaria; tendencia que ninguno de ellos, vehículo en distinto grado inconscientes, pueden percibir en la totalidad de los elementos que la justifica históricamente. Dando de antemano por acabada mil veces la revolución real, después de haber percibido de una manera muy vaga que la vida de los normo-sociales no constituía en verdad una realidad que entusiasmara, nuestros drogados profesionales serían, de acuerdo con sus afirmaciones, la revolución misma ¡Nada menos! El más mínimo garabato “conceptual”, por así decir, de un adicto al ácido lisérgico sería automáticamente revolucionario por el solo hecho de haber sido emitido bajo el efecto de esta droga.

Una concepción tan burda no merecería más que el silencio sino fuera porque está en juego asimismo la suerte misma de la revolución. Porque ha aparecido un hecho nuevo que trastorna la calma de las naciones: la revolución ha penetrado en el mundo y sólo una guerra civil mundial podría hacerla salir. Los millares de hombres que perpetúan esta civilización son al mismo tiempo vectores de esta voluntad revolucionaria universal. El desarrollo de la economía social es puesto gravemente en peligro por el asalto gigantesco que se prepara. No se trata de una utopía, sino de la espada de Damocles que los constructores del mundo suspenden sobre los Estados.

La guerra santa que libran los alucinógenos para reducir esta revolución debe ser combatida de manera precisa porque proceden directamente de la contrarrevolución armada.

¡Guerra pues a los alucinógenos!

¡Guerra a las mentiras ideológicas gracias a las cuales se propagan!

¡Guerra a los normomarginados que restauran la desgracia, colorean un mundo polvoriento y procuran evitar, combatiendo con las armas de un misticismo sintético, la destrucción de este mundo, emprendida por los hombres rebeldes!

Diputados centristas, secretarios generales de partidos gaullistas o “comunistas”, trotskistas asociados, estalinistas pequineses y vanguardia llena de celo de los prosélitos de la alucinación social, todos están de acuerdo sobre este punto: la sociedad contemporánea es un lugar donde la falta de Espíritu ha construido el mundo a su imagen. El valor de la vida es perpetuamente anquilado por el dinero y los objetos. Todas las actividades son explotadas por la moneda, el sudor-mercancía, y la medida de cualquier calidad por la sola cantidad. Esta muerte del Espíritu, testimonio de esta no-vida de nuestros países —claman los publicistas de la mesalina— cae en un materialismo que ordena las relaciones humanas tan estérilmente que ha desaparecido del comercio de los hombres cualquier signo de humanidad.

La extrema alienación del hombre moderno hace de él un objeto sin alma, sin vida real y sin alegría —proclaman los partidarios de las drogas alucinógenas. Si creemos lo que dicen, las kermesses, los bailes populares, cenas de Nochebuena y Año Nuevo y otros insípi-

dos festejos son las últimas huellas dejadas por la fiesta total del cuerpo y del espíritu, de aquellas fiestas en las que nuestros antepasados sacaban la gracia de vivir sin cortapisas. En estos decrepitos restos de antiguas fiestas dionisiacas, el hombre moderno no consigue, en el mejor de los casos, más que desahogarse incompletamente, incapaz de encontrar ni solo una alegría ficticia. ¡Porque para ser libre es necesario haberse liberado!

¡Siniestras fiestas oficiales que salpican la pena habitual de un androide que se avergüenza en cuanto se le permite que se realice su naturaleza más profunda! ¡Cicatrices purulentas de su esclavitud! Aquel homúnculo debería hoy, a la hora de la “revolución”, encontrar esta comunión olvidada con sus propias fuerzas, y solo las drogas alucinógenas podrían devolverle el sentido de este sentido. De cara al trágico embotamiento surgido del materialismo, solo la vuelta del Espíritu podría salvar a nuestra especie de una condenación terrestre infinita. Pero ¿cómo conseguir esta repatriación redentora? ¿Cómo obrar este cambio radical ante la inquietante pasividad de un pueblo que parece desinteresarse completamente de esta cuestión?

Los alucinados profesionales contestan: ¡sólo las drogas, ángeles de luz, traerán la salvación! ¡Que el Espíritu realice a través de ellas una brusca intrusión en el mundo del objeto-fetiché, y transformará al Homo Sapiens, un muerto-viviente, en un Homo Spiritus ágil y vivo! Un célebre provocador policial puede afirmar sin vergüenza: “Los alucinógenos son las lentes de aumento que nos permiten estudiar las zonas de sombra de nuestra conciencia...”

¡Apártate de mi sol, obstáculo de Mi conciencia,

que se derrumbe este mundo bajo la fuerza de Mis ilusiones!

Bajo pena de ver extinguir su especie, los hombres son invitados a redescubrir en sí mismos las fuerzas del Espíritu Universal, a fin de reanudar el tenue hilo que une la existencia a la Esencia. Puesto que los hombres encierran en sí la forma entera del Espíritu de la humanidad, conviene que los individuos rompan las barreras que impiden el acceso al Conocimiento. Penetrar en el mundo del Espíritu significará pues una liberación para el Hombre Moderno Alienado. De esta suerte accederá a su propia naturaleza recobrando la autenticidad espiritual perdida.

El hombre total del L.S.D., fuerte y arrogante, despreciando con condescendencia las vicisitudes de la carne, ¡se ha propuesto liberar al espíritu para liberar a la Humanidad! Pretende que es en “imaginación” que el mundo tiene que ser cambiado —cambiándolo realmente en los hechos—, puesto que los hombres se alucinan realmente. Y esta “libertad” es vivida de manera real. Lo que se anuncia diciendo: ¡La cabeza es el pie genial!

“¡Ensancha la conciencia!” Esta es la consigna.

Creemos que el mundo puede cambiar y hélo aquí que se metamorfosea bajo la fuerza conjugada de las conciencias dilatadas hasta las fronteras del Cosmos.

Desde el momento en que los alucinógenos permiten descubrir una infinita riqueza bajo las fútiles banalidades sociales, ¿cómo atrevernos, sin temor a despertar la hilaridad, en un intento de intervenir prácticamente sobre la historia, actuar en la lucha de clases o predicar una revolución absoluta?

Algunos atrevidos innovadores no temen afirmar que la revolución se hará mediante “un cambio en la concepción científica del mundo”, y que se realizará

por la unanimidad de esta dilatación de la conciencia; siendo los alucinógenos el separador de Finochietto de esta operación quirúrgica fuera de lo común.

Ningún dogma religioso puede hoy adueñarse de los Estados como una fuerza autónoma a la conquista del poder temporal: son los Estados los que se anexionan las fuerzas ideológicas. Pero el resultado es el mismo. El éxito del cristianismo no ha sido otro que el de saber utilizar la técnica del golpe de estado. Ahora bien, es con principios de organización idénticos a los de los antiguos cristianos —la misma memez a base de piojerías místicas, la misma fe nazi en las todopoderosas emanaciones deletéreas de la cloaca encefálica de donde saca sus creencias— como la fauna normomarginada pretende hoy imponer sus dogmas imbéciles a un mundo dispuesto a reconocerle una fuerza de ley moral.

Para una sociedad de espectáculo, religión de síntesis química, religiosidad de Rhône-Pulenc.

En la antigua convicción delirante de la religiosidad, la inexistencia de la inteligencia constituía un psicotropo capaz a veces de provocar alucinaciones aptas para reforzar esta convicción. En la edad de la droga, en una época en que la religión se ha apagado en provecho de movimientos difusos de una religiosidad multiforme, el drogado hace la religión, su religión. Transporta y reproduce, justificándola, toda la alienación social tan vulgarmente transfigurada. La alienación religiosa, como marca de la extranjería del hombre en la sociedad contemporánea, sigue los mismos derroteros que el conjunto de esta alienación.

Nuestra época no es la del fin del mundo, sino la de su transformación. El capitalismo moderno bajo sus dos formas, la burguesa y la burocrática, al desarrollar su reino ha destruido la religión tradicional para sustituirla por la suya propia, que le justifica en el “más allá” de su realidad. El mundo de la religión da paso a la religión del mundo. El fin de la religión tradicional es santificado por la elaboración de una religión del fin, que hace adorar los restos descompuestos del cristianismo. Pero el derrumbamiento de los valores religiosos no deja tras sí un vacío: otros “valores” se instalan en los sitios libres, todavía calientes. Porque, si existen cada vez menos datos morales objetivos para organizar la vida “espiritual”, existen cada vez más *principios subjetivos* para acompañar el desempeño de este papel.

Las leyes morales de la “subjetividad radical”, en las que se reconocen un número creciente de individuos, constituyen la fuerza ideológica moderna que regula el funcionamiento de la sociedad de clases.

Sobre el cadáver de la antigua religión revelada, obligatoria y objetiva, se instala, por la gracia de nuevos sentimientos místicos, una religiosidad de apariencia individual y “libre”, conjunto de diversas beaterías en las que se contemplan todos los subjetivismos radicales. Este nuevo testamento se escribe así: ¡YO!

Los actuales sentimientos místicos no forman religiones, los grandes impulsos devotos no se revisten de dogmas precisos, y no existe ningún sistema de ideas susceptible de gobernar las sensaciones místicas, simples movimientos del alma, difusos e imprecisos incluso en la presentación que hacen de sí mismos. Nacidos dentro de la salsa ideológica que recubre las transformaciones sociales y económicas por las que pasa el ca-

pitalismo actual, estos estados del alma no constituyen más que una religiosidad universal. El fundamento aparente de todas estas supersticiones en las que se complace la fauna de la alucinación social es la libertad... ¡Sólo la palabra, evidentemente! ¡Cada uno con sus necesidades místicas!

La libertad es el Ausweis (*) ideológico que permite vivir cómodamente en esta sociedad: ¡libertad de creer en cualquier cosa, no importa cómo, no importa dónde! Pero libertad necesaria para que se realice la emancipación humana bajo esta forma alienada. Ha llegado pues el tiempo de la libertad obligatoria...

Proliferan entonces las más grandes letrinas fabricadas a lo largo de la historia de la humanidad, por donde es evacuada la inteligencia: sintoísmo, neo-mazdeísmo hijos de dios, migración de las almas, cristianismo deshipostasiado, gnosticismo hermético, luz divina, misticismo ostensivo, panteísmo sin exposición pública, sa-beísmo, vancigerismo cotidiano...

Por encima de estas elucubraciones de aparatos cerebro-espinales en mal estado flota un relente de moho mesiánico que dice: el Hombre moderno, perdido por un materialismo que roe su vida cotidiana, no podrá poner un dique a la oleada de fuerzas perniciosas que engendran esta situación si no es recurriendo a la creencia en una trascendencia salvadora de la que no se sabe nada, excepto que salvará trascendiendo.

Basta pues con creer para salvarse, creer, no en un dios —el cual importa menos que la creencia misma—

(*) N. del T. — Documento de identidad que sirve de pase (en alemán en el original)

sino en dejarse disolver en esta ideología de la redención, de y por la eideología. Todo pasa en el dominio del pensamiento puro, pues dios no es nada que de hecho no existe. Lo ha substituido una fe. El mito mesiánico recobra actualidad cuando el viejo mundo se pierde y cuando los proletarios ponen de nuevo la revolución a la orden del día.

Uno de los grandes éxitos editoriales de los últimos años lo han constituido las hermosas mistificaciones de la alucinación mística liberadora que han puesto al mismo tiempo la brujería al alcance de todos los bolsillos. En solo pocas páginas se os enseña la manera de obtener el don de la doble vista extralúcida, dominio total de vuestro cuerpo miserable, revelación de múltiples certezas, de las que se os había hasta ahora privado en lo que hace referencia a los grandes problemas metafísicos, y la manera de iniciar un diálogo personal con el mismo dios...

La sombra del crucificado planea del mismo modo sobre las alucinaciones contemporáneas. El “grasiento” nazareno conoce una nueva racha de popularidad, porque, siendo posible verlo, es posible creer en él! ¡La aparición del rey de la ascensión de todo tipo —el Jesús de la alucinación crónica— demuestra que esta ridícula pasión por las ilusiones desemboca en la adoración de las propias ilusiones a las que se califica de metafísicas para que puedan “ir más allá” del sujeto que se entrega a ellas y hacerse merecedor de credibilidad! La consecuencia y/o la causa del consumo de alucinógenos marcan un proceso de palingenesia de la divinidad, prueba de la locura social que legisla impunemente.

La autonomía de las verdades que la droga propor-

ciona, se funda en la objetividad de las alucinaciones, dada como evidente e indiscutible; y de múltiples hechos de la "práctica" que garantizan este aserto "teórico". ¿No existe convergencia en las visiones que aparecen bajo el efecto de la droga? ¿No se hace patente que las alucinaciones son unánimes en las visiones que ofrecen? Surge allí un judío virgen, aquí un indio obeso... Se argumenta acerca de la objetividad de estas visiones para demostrar su verdad y realidad la cual, aun siendo otra, existe, no obstante... A los portaestandartes de la estupidez moderna, se trata de demostrar que el mundo de la droga no constituye en absoluto una construcción especulativa y, menos aun, un mundo de los estados de ánimo de la subjetividad radical sublimada por el psicotropo; lo que interesa es demostrar que este mundo posee una realidad objetiva —luego, un valor autónomo— que existe fuera de la droga y de los drogados. ¡Vulgarmente esto se enuncia así: no es cosa de la cabeza!

A pesar del gran número de constataciones médicas, de relatos personales, de experiencias de laboratorio que prueban con toda evidencia que los alucinógenos crean alucinaciones curisamente parecidas de uno a otro sujeto, los drogados están persuadidos de la objetividad de sus ilusiones y, por consiguiente de la verdad de las mismas. Su teoría se anuncia así: la droga permite ver. Y este ver prueba el creer, mostrándolo. Si el ver es objetivo, también lo es el creer, puesto que el ver es un hecho común a los que ingieren la droga, como el creer es una adhesión común a la verdad que surge...

En verdad no se puede creer más que en lo que se quiere de veras creer, ya que es completamente impo-

sible creer en lo que no se cree. Pero un drogado corriente, inundado por una Historia cuya lógica se le escapa, pegado en una sociedad que le hace aceptar su contingencia existencial, rechaza el reconocer como único valor de la vida su precio calculado por el ministerio de Hacienda... Y así piensa que bien debe existir algo fuera de este bajo mundo que sea menos insignificante y brutal... Gracias a un lavado cerebral, operación cuyo secreto domina nuestra época a la perfección, este drogado cree, puesto que la ha contemplado gracias a la droga, en una absurdidad distinta de la absurdidad cotidiana.

Puesto que hay que ver para creer, pero creer para creer, el drogado cree en lo que ve, puesto que hay que creer para ver. ¡El ver no es otra cosa que la prueba que verifica el creer! La creencia en la realidad objetiva de la visión es confirmada por una visión determinada por una creencia, determinada ella misma por la creencia en lo que se quiere ver y creer.

Llegados a este punto del proceso de formación de las alucinaciones, la dialéctica droga/ideología se hace evidente: la creencia no ha surgido de la nada para imponerse, puesto que es determinada por una visión que la presupone. Lo que parece en las alucinaciones estaba determinado de antemano, tanto por una creencia afirmada y definida, como por la voluntad de adhesión a una creencia, precisamente aquella en la que hacía falta reconocerse...

El alucinado se persuade, gracias a los fundamentos ideológicos, falsamente llamados "psicológicos", que es libre de elegir una opción que percibe como única, y no puede por consiguiente elevar su razón hasta comprender que la pretendida objetividad de sus alucina-

ciones no es más que la objetividad de su alienación química, la objetividad de la creencia, la objetividad que estos fenómenos originan.

Crear y ver son un mismo hecho mental; la marca de una ideología que la droga propicia y que ocupa el lugar del pensamiento. Puesto que la adhesión mística no necesita ni comprender ni explicar. La sinrazón de la fe constituye una razón suficiente. La razón que es, es la falta de la razón.

Los hombres alienados por la droga podrían pues razonar como Anselmo de Cantorbery el cual, hacia 1070 escribía:

“Yo no pretendo, Señor, comprender tu grandeza, puesto que mi inteligencia no puede compararsele; sólo deseo entrever la verdad que mi corazón cree y ama. Y no intento comprender para creer, sino que creo para comprender. Pues también creo que no podría comprender si no creyera”.

La existencia del misticismo alucinatorio no es pues una simple perversión del espíritu, sino que es vista como la muerte misma del espíritu. Su modo de difusión y su resultado son la realización directa de la consigna fascista: ¡abajo la inteligencia! (*)

El consumo social de los alucinógenos confirma pues la prohibición y la imposibilidad de pensar, mecanismos fundamentales del funcionamiento del presente sistema social. Ya no puede decirse que la razón es prisionera de la ideología, cuando la razón es la ideología. La emancipación real de la humanidad pasa pues necesariamente por una liberación real del pensamiento; pero cuando, como sucede hoy, son la ideología y la dro-

(*) N. del T. — En Castellano en el original.

ga las que segregan directamente el “pensamiento”, nadie puede decir bajo que forma se cumplirá esta emancipación.

Esta renovación ideológica infesta el mundo. Avanza a marchas forzadas camuflado bajo el manto de la “libertad”. Nada ni nadie podrá detenerla, a no ser todavía y siempre, la revolución mundial.

Las fantasmagorías en el cerebro humano son sublimaciones que resultan de un proceso de vida material que descansa sobre realidades materiales y comprobables. Por esto la teoría de los alucinógenos no tiene ni autonomía ni historia propia. Corresponde a una realidad social que está lejos de ser mecánicamente favorable a la revolución; sostiene fuerzas materiales enormes armadas de deseo de acabar de una vez para siempre con esta revolución.

La ideología no es un concepto. Ella arma a Pinochet, Breznev, Cuñhal, Mitterrand...

La realidad es transformada por la ideología; pero a su vez se transforma en realidad y no es una cualquier especie de virtualidad. No existen dos mundos superpuestos, el real y el de la ideología; uno “bueno” que aún no existe, frente a uno malo que ilusiona a los hombres.

No existe más que una sola realidad social: la que hay que destruir.

No obstante vendrá un día en que este mundo se derrumbará bajo lo ilógico de su artificialidad; un día en que se abatirá sobre nuestros alucinados atónitos este juicio final que los partidarios de la esclavitud por la química han remitido al cielo.

Constituirá, sin ningún género de dudas, una gran sorpresa para estos Santos Padres de la nueva Iglesia, ese día en que el alba será el reflejo de las ciudades en llamas y en que resonarán en los oídos de las "subjetividades" atónitas, entre las armonías celestes de la aventura mística, las sublimes melodías de la guerra civil, cantos acompañados del crepitar de las ametralladoras exterminando los batallones del orden, mientras que nuestros actos y nuestras voluntades de proletarios encolerizados impondrán un ritmo a las ejecuciones y a las nuevas realidades, y la masa impía gritará ¡"todo marchará"! suprimiendo la expansión de la conciencia empleando candelabros.

EL USO

La cannabis indica es una planta cuyas virtudes han acompañado a los hombres desde los tiempos más antiguos.

Cretinos eminentes se han ocupado profusamente de ella abusando por lo general en sus disertaciones pesadas, consideraciones culturales que no hacen resaltar la evidencia de un hecho bien simple: que la historia del cannabis es la historia de un medicamento. Desgraciadamente, el uso que hoy se hace de ella no emana en absoluto de una oposición de las masas a la política de la salud pública, sino del redescubrimiento por parte del capitalismo de las múltiples propiedades de esta planta, droga de la integración social y de la paz ciudadana. Sus efectos son esencialmente productos sociales. El cáñamo evita los desórdenes de la sociedad gracias a la sedación autogestionada de su humareda. Y es así como la miseria sigue creciendo y multiplicándose. Consumidores alienados perfeccionan la alienación administrándose juiciosamente esta tranquilización histórica mayor.

"Si usted fuma hierba. heba burdeos". Este slogan

elegido por un distribuidor americano de vinos franceses es testimonio de la integración del cáñamo en la sociedad. Esta integración no es en modo alguno la pretendida "intrusión" negativa e irresistible de una fuerza que minará el viejo mundo, pese a que algunos retrasados, fascistas o estalinistas, lo crean aún, pese a que algunos grandes cómicos hagan de este tema su masopeya favorita: "Legalizad el cáñamo, y la sociedad se desarticulará; continuad prohibiéndola y tendréis pronto la revolución" (J. Rubin).

A muchos imbéciles les encanta la pretendida ilegalidad de este psicotropeo, concluyendo tontamente que los dirigentes temen mucho que invadan la vida social porque roería los fundamentos de los Estados. La pseudo-ilegalidad del cáñamo es el modo de ser de su legalidad: se trata pues de una ilegalidad legal puesto que lo que define en realidad su prohibición es un área de consumo que va creciendo. El modo de empleo del cáñamo es esta falsa ilegalidad. Para él, el derecho es el hecho. Su ilegalidad es una ilegalidad para burlar; lo que sólo hace es fortalecer a sus consumidores: los goces permitidos ¿pueden compararse a los que añaden a los atractivos más picantes los inestimables de la ruptura de los frenos sociales y del derrumbamiento de todas las leyes?

Los psicotropos *legales* de la medicina, drogas de síntesis concebidas para la obtención de un efecto rigurosamente determinado, no poseen más que una propiedad psicotropeo, por definición química, siempre la misma. El cáñamo, en cambio, posee el carácter de la totalidad. Unica droga a la moda, sus distintos efectos psicotropos sinérgicos son realizados por una única ca-

tegoría de consumidores: ansiolítico, sedante, tranquilizante, eufórico, relajante, psicodisléptico... El mundo del Librium es el del trigémino desconectado, el del cáñamo es el mundo real y percibido como tal. Así pues, mientras han sido necesarios más de veinte años para que los dirigentes hayan perfeccionado la intoxicación histórica del proletariado occidental, dos o tres años han bastado a los normomarginados para sumergirse en su ghetto neuroléptico.

El cáñamo se presenta como el remedio total para toda una vida de hombre, pues transforma a la vez las emociones, la inteligencia, la energía, la memoria, la percepción, el valor,...

Droga que integra las veleidades de la rebelión, es *lo natural excesivo* de la sociedad alienada: sus consumidores no emergen diferentes, sino diferentemente alienados, y más aun.

La ideología de los alucinógenos no era más que una especulación, fragmento del complejo sistema de la representación social: los alucinógenos criticaban el mundo mientras lo reconstruían en ideas. Rehuyendo con fuerza las llamadas de la realidad, tal como esta realidad es vivida y percibida por millones de proletarios, quedaba fuera de toda posibilidad el que estas drogas pudieran llegar a ser alguna vez las drogas de la masa de productores. En esta exclusión de la realidad se hallan los límites del campo social de su consumo. Pues los hombres viven, trabajan, mueren, y no existen más que por sus actividades, por su práctica histórica.

Para los alucinados no existe ni tiempo ni hombres: todo se desvanece en los limbos de la estupidez.

A la "teoría" del mundo por la droga debe pues corresponder una "práctica" que autorice el ejercicio material del pensamiento idealista pues el capitalismo exige que las drogas en su conjunto permitan el desarrollo armonioso de las actividades sociales, aquellas que son prácticas y no ideales, y evidentemente, los alucinógenos no pueden responder a este imperativo. El idealismo rudimentario del L.S.D. no es más que un modificador del mundo cerrado de la conciencia alienada. Las drogas que se administran al proletariado tienen que modificar la conciencia que éste tiene de su mundo, impidiéndole ejercitar su entendimiento directo, no en una sublimación contemplada, sino en una representación real que cambie así la vida.

La gran masa de los drogados modernos "en rebel-día" se contenta con haber hecho suya la "teoría" de los alucinógenos sin emplearlos directamente. La ilusión mística queda demasiado como una puerta falsa entre la realidad y la alucinación: la tentación de la realidad impone su necesidad más allá de las nubes idealistas. La gracia del Espíritu entra incesantemente en conflicto con la necesidad elemental de su viabilidad.

Son raros los conocedores superiores que pueden planear, evanescentes, en las miasmas del Espíritu. Si algunos psicóticos, drogados profesionales, pueden complacerse con las drogas psicodislépticas, los otros, que son los más, tienen bastante con creer que el Espíritu sopla escondiéndose. La turba de la revolución permanente de la vida cotidiana tiene que trabajar, también ella, para vivir cotidianamente. Esta realidad trivial queda como una desgraciada preocupación, ¡péro que existe! Hay que abandonar periódicamente los grandes transportes del alma y librarse al tormento del

trabajo remunerado o de un artesanado primitivo y miserable. Simone Weil logró encontrar a dios en las cadenas de montaje. Pero este divertido tipo de histeria no constituye todavía una conducta corriente en los sometidos: los colores del halo encajan mal sobre la gorra del contraamaestre, y los acordes celestiales de los ángeles del L.S.D. componen armonías discordantes con el ruido de las gruás, gracias a las que se construye la nueva sociedad.

Al impulso místico le basta con creces asegurarse de que dios continua allí, encaramado sobre la misma nube, en la extrema izquierda conforme se sale de la comunidad, cuando llega el momento de la contemplación de dios.

Pero como no puede entregarse al Espíritu si no es festajándolo durante los ratos de ocio, y como las drogas alucinógenas, quiérase o no, no pasan de ser un producto de lo extraordinario y no un recurso de lo cotidiano, los *straubinger*(*) de la droga han encontrado en el cáñamo la *droga del mundo real*.

El cáñamo se ha convertido en el arma y el alma de los cobardes, de los sumisos, genios de la debilidad moderna, de los *moderados* cuya vida está regida por el miedo de la revolución. Son siempre los moderados, mucho más que los hombres del partido de la oposición, los que aplastan las revoluciones con el peso de su temerosa pequeñez y de su sonriente cobardía.

En la dialéctica fundamental del tiempo presente, la de la revolución real que amenaza y la de su repre-

* Término por el que Marx designa a "los obreros con callos en las manos"

sentación vivida que la combate, el cáñamo, psicotropeo color de sedición, es la droga tipo del espectáculo-de-la-revolución. Es la alienación autogestionaria de los retortijos de la resignación, la verdadera droga de la práctica de la vida alienada. Permite que el tiempo pase serenamente en espera de la redención. Es el sello de la miseria que se reconoce y admira en su ejercicio y que permite la contemplación beatífica de la revolución engomada.

Estos fumadores de hachís constituyen la esencia del gusto contemporáneo por la liberación ficticia y la desalienación mágica. Siguen el curso del mundo e interpretan sin juzgar, ya que en el momento en que “todo está permitido”, juzgar sería señal de sectarismo fanático. Evitan así comprender de otra forma que no sea por oleadas de asaltos especulativos. Avanzan por el camino de la revolución haciendo tantas concesiones al nuevo orden que incluso se presentan como la novedad del orden mismo. Su total ignorancia es la fuerza que los mueve y en la que se reconocen.

Son felices y hermosos, y al mismo tiempo tristes y feos, puesto que son lo que piensan vivir. La multiplicidad de su estado constituye su unicidad. Su debilidad intelectual es la forma de su poder y se sienten crecer a la vista de esta potencialidad ciega que ellos realizan juntos.

De su estado revolucionario permanente deducen en los hechos el más reformista de los sistemas, reclamando incluso más de lo que los Estados conceden, demasiado lentamente para su gusto. Su lucha “cotidiana” contra todos los aspectos del “viejo mundo”, así como repiten según la teoría, es la mejor garantía de la paz social que permite a esta sociedad prorrogarse.

Para decirlo brevemente: aman tanto este mundo que quieren mejorarlo.

Antiguamente los sabios dividían los simios en dos categorías: los que tienen cola y los que no la tienen. La unidad ideológica del reformismo es hoy tan clara que casi podríamos dividir a los hombres en dos: los que fuman hachís y los otros.

Si el vino es bueno para el pueblo —esta entidad alienada que trabaja— el hachís pertenece a la clase de deleites comunistas y cotidianos. Útil e incluso indispensable, es el excitante de la subjetividad radical realizada.

Así pues, unos hombres han sabido arrancar al “Poder” este cáñamo que suprime tanto los tiempos muertos como las trabas, que permite huir, aunque sea solo por unas horas, del habitáculo de fango. Esta nueva forma de alienación se llama: ¡libertad!

La esclavitud es pues la libertad ya que el cáñamo es la vía libre dentro de la vida social.

El cáñamo es lo que excita la crítica que permite que el comunismo se ralice en el olvido de las cuestiones prácticas: el abatimiento o la alegría, el impulso vital o el disgusto son relativos para los que son el Omega de la Historia.

Ved como, para satisfacción de los manes de Durruti que suscitaba el comunismo en todas las zonas que su columna había liberado del yugo del Estado, ¡se realiza el comunismo libertario! ¡Y sin saberlo los mismos proletarios!

Hombres sin vergüenza cantan *quotidie* su Libertad, su Droga personal, la Libertad de su droga, su De-

recho, los Derechos en sí, ¡e incluso la libre creación de su propia historia!... Y todo esto se ha realizado sin que haya habido necesidad de que el proletariado esté en el secreto... ni de que la burguesía haya montado en cólera.

Ved pues como la revolución que está en camino de realizarse no es ni social ni política, sino revolución de la vida...

El camino de esta liberación no es más que una versión de la alienación contemporánea. Se expresa así: "Que los hombres se quiten de la cabeza su infelicidad y los veréis felices! ¡Que dejen de considerarse esclavos, y los veréis libres!..

Esta emancipación está hecha de ideas. Pero cuando el saber de la idea, esta idea misma, deviene realidad humana, ya no puede decirse simplemente que los hombres tengan esta idea: ellos son esta idea.

Si nuestra época no fuera revolucionaria más que en ideas, sería en verdad contrarrevolucionaria. Cuando la revolución se realiza socialmente en su representación, sin realizarse políticamente, es señal de que se está armando una contrarrevolución. Toda revolución verdadera disuelve la sociedad antigua; y en esta medida es social. Toda revolución suprime el Estado; y en esta medida es política.

Si es absurdo hablar de una revolución social sin alma política, es por el contrario razonable hablar de una revolución política dotada de un alma social. La revolución en general, la disolución del orden antiguo, es un acto político. Ya que sin este acto la libertad no podría existir *prácticamente*. La libertad necesita de la revolución para destruir y disolver. Y desde que empieza

su ejercicio histórico propio, aparta cualquier envoltura política.

Ahora bien, la contrarrevolución actual, en boca de la fauna conservadora, afirma la libertad como universalmente posible e históricamente practicada sin el más mínimo derrumbamiento de los Estados. Para ella, la revolución, es decir, la era del juego, de la fiesta, de la abolición de la familia y de todas las presiones, ha llegado. Pero sólo participan de ella las "conciencias" que han sabido liberarse.

He aquí pues realizada la *igualdad* de los hombres, ya que todo reside en su capacidad de aprehender el mundo supra-sensible de la alienación social.

He aquí pues realizada la *Tríada Unitaria* de la "teoría", la transparencia de relaciones entre individuos favorece la participación de cada uno en la realización de todos. La droga produce señores sin esclavos que reinan sobre sí mismos sólo para mejor comunicarse con los otros.

EL SABER-VIVIR

Consideremos unos excrementos que tuvieran la facultad de vivir de manera autónoma: para reproducirse deberían tragarse a sí mismos, con lo que producirían una perfección excrementicia, unas deyecciones quintaesenciadas.

Un hatajo de excrementos autocoprófogos, ésta es la *fauna* cuya vida se perfecciona sin fin en el seno de su propio estercolero.

Esta moderna fauna del capitalismo es como una sopa desleída en la que sobrenadarán algunos picatoses de espíritu. Caldo de la cultura de los últimos años del capitalismo, esta sopa heteróclita en la que lo magro y lo graso se codean íntimamente, presenta algunos resabios modernistas que salpimentan esta sopa de anti-guallas deslucidas y la coronan de un toque de "revolucionarismo" permanente. Lo que constituye la unidad real de esta fauna, que alterna la debilidad y el temor con la osadía y el entusiasmo, es la increíble multiplicidad de estados de ánimo difusos y magníficamente contradictorios, amalgama de vagas sensaciones que reemplazan la inteligencia práctica y flotan sobre este

infame cocido donde la tendencia más corriente es la indulgencia comprensiva y la atención benevolente de los unos por los otros, aparte de una Historia, una empresa política, una comprensión de la realidad social...

En estas estructuras ideológicas aun imbuidas de una cierta idea de la revolución, "desgracia" y "felicidad" toman la forma de bocanadas de humo. Allí se encuentran individuos que creen saber vivir bien y observarse a sí mismos, y que guardan bien en la memoria sus impresiones a las que no les echan ningún misterio, estimando ser la realización de mil años de Historia como mínimo. Estos individuos han elaborado una especie de barómetro espiritual y anotan en sus Tratados épocas hermosas, días felices, minutos deliciosos. Hay días en que estos individuos se despiertan de un talante nuevo y vigoroso, sintiendo que el mundo les abre admirables perspectivas; beneficiados por esta beatitud que no es ni rara ni pasajera a los que conocen los secretos para cambiar la vida, estos príncipes del Saber-Vivir afirman ser día a día más nobles, ellos son la Teoría realizada.

Son los mismos que cada mañana se despiertan en un lecho de hospital, donde cada enfermo tiene el deseo de cambiar de cama: éste querría pasar su sufrimiento frente a la estufa, aquel cree que sanaría mejor al lado de la ventana. Estos enfermos horriblemente torturados, precisamente allí donde no están, estarían bien. Estas almas tristes se ahogan sin fin en torrentes de aflicción permanente. Su grito de guerra: "¡Alistémonos donde sea, mientras sea fuera de este mundo!"

El atractivo que ejercieron los países del hachís es la concretización de este deseo. Estas regiones parecían

bellas y dignas de admiración por la calidad de su alienación social, por su miseria diferente.

Las heces del cannabis empezaron por embotellar los callejones de la desalienación por otra alienación: los movimientos migratorios conocieron su apogeo en 1968, 1969, 1970, es decir en aquella misma época en que la revolución naciente acababa de conocer un momento de paro político. De ahí que en el mes en que tuvo lugar el mayor asalto revolucionario que Francia haya conocido después de la Communa de París, los "revolucionarios" se lanzarán sobre las caricaturas exóticas de los "sociedades libres".

Creyeron que podían escapar del mundo huyendo de uno de los lugares de la alienación social, en nada diferente de cualquier otro sitio, e imaginaron que marchando irían a alguna parte.

La sociedad en la que hasta entonces habían vivido estaba gobernada por "la potencia de las potencias": se persuadieron de que la sociedad de la miseria material era la realización de la abolición de la "sociedad de la abundancia", lo mismo como imaginaron que las civilizaciones de la indolencia y del subempleo crónico eran la perfecta negación de la sociedad del salario obligatorio. Precipitándose fuera de un mundo sin espíritu, quisieron encontrar el espíritu de un mundo, y fueron fagocitados inmediatamente por una alienación religiosa arcaica. Estos sumisos rebeldes se imaginaron que los riesgos a los que se exponían en unos países aparentemente salvajes serían mil veces más excitantes que la felicidad programada que les habían preparado sus maestros y sus padres, y más aun cuando recibían como prima el cadáver de la sociedad "occidental", que había muerto por la publicidad que daban a su mito.

Queriendo dar la impresión de vivir una vida real y apasionante, corrieron en pos de riesgos para sobrevivir con alegría. Miles de Aquiles de vía estrecha, prefiriendo una vida corta pero intensa en lugar del tedio continuado, volvieron sus pasos hacia el Este subdesarrollado de la droga y la aventura. Los que han desaparecido por estos caminos sin salida no son más que insignificantes recuerdos, vanos testimonios de la impotencia desgraciada y la ciega inutilidad.

Para esta especie de globe-trotters tuvo el siguiente postulado la fuerza de una ley universal: las gentes de estos países no podían más que ser hombres libres en nombre de esta extrema miseria material aceptada gracias a la droga, sello de una vacación completa de la vida humana, supuesta gracias a la libertad de la droga en estas regiones.

Indonesia, Tailandia, Birmania, era tanto como decir países en los que el cannabis estaba a bajo precio y el indígena era el personaje más original que pueda imaginarse. Allí el beatnik más sucio hacía el papel de riquísimo potentado occidental, pues el placer de vivir no excluía el de efectuar negocios fructíferos.

Las religiones de estos países eran lo bastante extrañas y oscuras como para que se les confiriera por adelantado un valor de verdad; la clase de delicias místicas que proporcionaban llenaban de felicidad a todos aquellos tontos de la liberación popular. En la misma proporción que el descuido y el entontecimiento, mística y cáñamo índico cohabitaban en cada habitante; esta caricatura, ávidamente asimilada, fue lo único que conservaron porque se oponía a la imagen que se hacían de Occidente. Para los conquistadores de la alienación, el mito del hachís como emancipador social co-

menzó a encontrar allí sus primeros argumentos y el fenómeno se amplió mientras se hacía una propaganda del retraso que se extendía cual reguero de pólvora. Los viajeros se lanzaron en número creciente tras las huellas de Alejandro, pero sin armas, y aquel poco de calidad que todavía podía darse en esta moda (escupir "al mundo moderno", y no ocultarlo, no estaba nada mal) se disipó a la vez que la "aventura" fue tomando un cariz de ética francamente reaccionaria: para ser digno de llamarse "rebelde" era absolutamente necesario haber dejado algunos pelos en las camas miserables de las pensiones de Colombo.

¿Pero por qué correr el riesgo de llegarse hasta Rangun si con menos gasto era posible visitar otras tierras en las que la calidad del indispensable cáñamo permanecía inalterada? El rechazo de la sociedad del desarrollo que se había establecido en un principio sobre la moda de la evasión a los más alejados países, se acertó considerablemente en el espacio y se convirtió en una verdadera ley moral a la que había que sujetarse. La India, el Pakistan y Ceilan marcaron a partir de entonces los límites de estos movimientos migratorios.

El año 1968 conoció a la vez el fin del principio de esta gran movimiento y el principio de su fin: el verano que siguió a la gran huelga salvaje marcó el apogeo de los movimientos migratorios de estos excursionistas de la rebeldía y consagró definitivamente la regresión espacial de los desplazamientos y mostró que no se había perdido nada con el repliegue estratégico hacia países más próximos a Europa. Fue el año, todavía, del Nepal, del Afganistán siempre, pero, como novedad, del Líbano, países todos en los que el cannabis todavía era barato y el matraqueo de los molinillos de oraciones o

la llamada del muecín garantizaban el exotismo de la alienación.

En aquella época el cannabis solo no bastaba para desencadenar la felicidad del psicotropo: tenía que ir acompañado de la contemplación de algún imán insólito, como primicia para estos buscadores de la liberación en el cambio de país y de costumbres. La sola humareda no habría bastado para procurar la satisfacción que se había ido a buscar tan lejos. Solo la síntesis del narguile y la Valerosa Mano Derecha Gurka, acompañada de la contemplación de las cumbres del Himalaya podían asegurar la verdad de esta escalada a las cimas del anti-occidentalismo llamado "revolucionario". Así se logró la superación de la economía política mediante una singular sobrevaloración de curiosos abalorios y de la singularidad mistificadora.

El cannabis y la pobreza, la frugalidad endémica, la naturaleza de enfermedades poco corrientes, fueron consideradas como una revolución casi realizada por estos hombres nuevos. Las ciudades sin automóviles, los países sin televisores ni metropolitanos fueron cantados como el país de Canaan prometido por algún Yahvé loco a esta generación perdida, ensalzando la miseria como auténtica, es decir, revolucionaria. La tranquilidad proporcionada por el cannabis, acompañada de la vista de los techos de los templos, fue definida como la vida verdadera. ¡Por fin había sido descubierta la forma bajo la que iba a poderse lograr la emancipación del Hombre! La realización revolucionaria de cada uno estaba allí al alcance de todos. Los que habían podido demostrar la inanidad de hipotéticos motines, de insurrecciones azarosas, de inútiles baños de sangre y de horribles masacres, realizaron de la manera más pacífi-

ca la revolución de la vida cotidiana.

No trabajar y cáñamo a discreción: el boceto de programa comunista parecía que iba a realizarse.

Pero muy pronto, naturalmente, se vió que este proyecto estaba muy lejos de ser comunista, y que no todo iba de la mejor manera en el menos malo de los mundos posibles. Los gobiernos de los países visitados se dieron prisa en expulsar a estos piojosos que espanataban a los respetables turistas.

Gracias al impulso de nuestros pioneros de buena fe, estos países se iban convirtiendo rápidamente en lo que hoy son efectivamente: la reserva del turismo mundial. La circulación monetaria aumentó con este movimiento, el precio de la vida se hizo inasequible para estos revolucionarios en búsqueda de la pobreza, muy desprovistos de todo ellos también.

Así fue como el movimiento continuó su movimiento, pero menos lejos y, después de algunos tanteos, la gloria de Marruecos tuvo su consagración. De repente se descubrió que a las puertas mismas de Europa existía un país que poseía juntas, felizmente, una agradable religión, el cannabis barato, territorios vírgenes y mucho sol. Los caminos a Chitral se detuvieron en Ketama, y Marruecos, considerado país oriental por las necesidades de la causa de este pueblo errante, se convirtió en el eje referencial de la rebelión del cannabis. Se acercaron a beber en las fuentes del débil Mahoma, abandonando el ritual bramánico a su triste suerte: habían descubierto que se podía practicar cualquier religión en cualquier lugar. El reino de Hassan era, además, un lugar idóneo para el desarrollo de las "comunidades"; y el comunismo del hachís se exaltó en este Marruecos donde por fin fue a morir la gran voga de los viajes de

la "revolución".

Cuando nuestra fauna descubrió que la paz interior podía conseguirse con la misma plenitud también en Francia, en el interior de apartamentos parisinos o en la lejanía del campo, los revolucionarios del hachís, que empezaban a verse agobiados por la prole, tomaron verdaderamente conciencia de su misión histórica.

La esencia del cannabis acabada de reunirse con su concepto, al encontrar un empleo positivo en la reforma de la sociedad occidental.

Los alucinógenos, medio cómodo para acceder al mundo de la ilusión organizada, y el cáñamo color de rebelión, reflejos de las esperanzas de la época, son las dos tetas que ordeñan con grandes jadeos metafísicos los esclavos drogados de la sociedad de calses.

Institución del malestar social integrado, tendencia de los corazones rotos, se contentan en rodear la vida con un manto de desgracia; y las lamentaciones sobre "la época moderna" se incluyen en esta mecánica del spleen saboreado.

Naturalmente, solo es digno de libertad el que sabe conquistarla o, por lo menos, el que sabe organizar su rebelión, o su malestar... Todas estas lamentaciones sobre la época, que adoptan incluso algunas veces un ligero tono político, no son más que sofismas destinados a afianzar la "desgracia de vivir". En este grotesco cortejo de lamentos que reemplazan al mismo tiempo el pensamiento, la práctica, el pensamiento sobre la práctica, las explicaciones teóricas sobre la sociedad "moderna" y los juicios políticos sobre el modernismo de la teoría, se reconocen como sensaciones proclamadas: la sociedad, las costumbres, las perturbaciones afecti-

vas, las angustias, la idea de la muerte, la condición humana, el espíritu crítico, las delicias del embrutecimiento voluntario, los tormentos vividos, la destrucción del habitat rural y el fin de la deriva urbana, las servidumbres aceptadas con vergüenza, las imaginaciones castradas, la mercancía y su concepto, las tímidas singularidades de alguna muerta ilusión, las oraciones fúnebres, las envidias, el agror, la tristeza, la demencia, las traiciones, las tiranías, las irritaciones, las acrimonias, las indignaciones, los miedos irracionales, las extrañas inquietudes, las neurosis, las pasiones, los hastíos, la Bifra del espíritu, la polución, el sentimiento de culpabilidad de todo, las asfixias de cada día, los ahogos, las rabias,... para abreviar, todo.

Las reivindicaciones de esta fauna constituyen en realidad un preámbulo de una declaración de los derechos de los esclavos.

No es de extrañar que en las condiciones de una época en la que los dirigentes situacionistas predicán la "calidad de la vida" como finalidad de la actividad de los proletarios, haya podido surgir en el seno de esta fauna una filosofía particularmente fuerte y segura de sí misma que alía en su formulación las ambiciones de la época con las de estos pobres indignados, medio felices, medio desgraciados, pero siempre contentos de ser estas insuficiencias realizadas.

La Teoría revolucionaria dice que todo hombre que se precie de ser digno de la cualidad de revolucionario tiene la misión de vivir bien, para demostrar así su cualidad.

"Los que hablan de revolución y de lucha de clases sin hacer referencia de manera explícita a la vida cotidiana, sin comprender lo que hay de subversivo en el amor y de positivo en el rechazo de las obligaciones, todos estos tienen un cadáver en la boca." (Un literato que chochea)

Según estas extrañas teorías compartidas por un número creciente de esclavos satisfechos, el deber del rebelde es arrancar al "Poder Dominante" el mayor número de goces. Actuando de esta forma, arruinaría el dominio de este Poder sobre el conjunto de la vida social casi instantáneamente. El Rebelde aparecería así como la realización inmediata de la Teoría revolucionaria, la carne humana de la Subjetividad, radical como ha de ser.

Este agradable militantismo del Saber-Vivir (se conocen los sinsabores del autor de esta Teoría en cuanto al ejercicio real de esta práctica "revolucionaria") agrupa a los hombres que se han fijado como objetivo principal el bien vivir, constituyéndose en una especie de islotes de subjetividades organizadas en vistas a ... ¡vivir bien!

"La larga revolución nos encamina hacia la construcción de una sociedad paralela, opuesta a la sociedad dominante y en situación de reemplazarla, o mejor, hacia la constitución de unas sociedades aliadas, verdaderos hogares en lucha por la autogestión generalizada. La radicalidad efectiva autoriza todas las variantes, es la garantía de todas las libertades." (¡El mismo literato memo!)

Nada mejor que conferir el alibi de "revolucionario" a esta fauna para que se lance sobre la vía del reformismo. Gozar de la vida, predicar este placer, son deberes absolutos para los normomarginados del placer de vivir, orgullosos de haber sabido superar el estadio "político" de la revolución, estos individuos que ya han puesto en marcha la vida comunista.

"La filosofía del placer ha sido siempre únicamente un lenguaje espiritual al uso en determinados medios sociales que tenían el privilegio del goce. Independientemente del hecho de que la forma y el contenido de sus placeres han estado siempre condicionados por la estructura del conjunto de la sociedad, sin escapar a ninguna de sus contradicciones, esta filosofía se ha convertido en pura fraseología desde que reivindica un carácter universal y se considera una concepción de la vida válida para la sociedad entera." (K. MARX, *Ideología alemana*.)

Esta filosofía a la moda no es más que una serie de discursos edificantes que embellecen con sofismas la imagen de la sociedad existente; o bien se metamorfosea en su contrario proclamando goce a un ascetismo obligado. Y con esta música la fauna nos canta sus alegres estribillos y nos repite en coro los salmos hachís-naturista-comunitarios.

Esta filosofía, inseparable de la publicidad que constituye su alma, proclama ser la de la redención universal que debe salvar el mundo. Este es el mensaje que anuncian los nuevos emancipadores. ¡Y toda la sociedad estaría en vías de desaparecer bajo la fuerza del placer de vivir!...

Pero, además de que los placeres de una época no

pueden ser accesibles a todos, puesto que son placeres de las clases dominantes, está claro que en el momento presente, burgueses y burócratas, que no tienen la intención ni por un instante de abdicar de sus privilegios y poderes, han emprendido por cuenta propia este cambio en la organización de la producción y de la distribución de los placeres. Los dueños no se limitan a charlatanear acerca del placer; ¡sino que lo hacen realidad, y con medios bien distintos a los de los envidiosos moderados que querrían convertir este modo de vida en una forma de práctica revolucionaria!

¡Verdaderamente hay que haber echado el cerebro al primer cubo de basura encontrado en el primer campus universitario para haberse persuadido de que burgueses y burócratas escupen sobre el placer de vivir, donde éste pueda por un instante amenazarlos en sus funciones de clase!

A pesar de una hipócrita solemnidad moralizadora, burgueses y burócratas no renuncian en modo alguno al placer. ¡Evidentemente! sus placeres adoptan una forma inaccesible a los filósofos: el lujo.

Esta conexión entre los placeres de los individuos y las relaciones entre las clases (engendradas éstas por las condiciones de producción y de intercambio en las que viven estos individuos), la extremada mediocridad de los placeres permitidos hasta el momento, extraños al contenido real de la vida de los individuos y en contradicción con él, la correlación existente entre toda esta filosofía del placer y los placeres reales que constituyen un segundo término, y la hipocresía de una tal filosofía cuando se dirige a todos los individuos sin distinción, todo esto no puede sacarse a la luz sino es median-

te una crítica general de las condiciones de producción y de intercambio actuales, una crítica que conlleva la condena de cualquier moral, tanto la del ascetismo como la del placer.

Pero nuestros filósofos, ideólogos del reformismo que permite hoy una nueva forma de vida social de la que no se halla excluido en absoluto el placer alienado, continúan proclamando que las cabezas mejoran con la participación del sentido de la vida, que basta con bien vivir para vivir bien, y otras mil deformaciones del absurdo, todavía no formuladas, para que la revolución vaya así formándose cotidianamente.

Porque ellos son felices en su extremada miseria, ofrecen al pueblo su forma de vida como una panacea, ¡medicina imaginaria capaz de curar todos los males del cosmos!

Este pseudo-goce, esta filosofía de pacotilla, auto-delectación de la miseria, no son otra cosa que las últimas justificaciones en el tiempo, dadas por los dueños de este mundo sobre la alienación general.

Sólo la verdad es criterio de lo verdadero y lo falso, y es aniquilar de entrada el ejercicio mismo de la vida, en lo que pueda tener de más simple y de más inmediato, planificar su curso de acuerdo con estas grotescas modalidades "revolucionarias".

La ideología del placer de vivir es el alibi de la resignación. Es a la transformación de la realidad lo que la impotencia al amor sexual.

Solo es revolucionaria una sociedad que lleva a cabo la revolución, y esta sociedad, en la actualidad de su momento reformista que muestra la-revolución-realizándose, produce justo lo contrario de un real movimiento revolucionario. La rebelión contra la nueva po-

breza, aislada y fuente de reivindicaciones, se convierte en una nueva pobreza de la rebelión.

Hoy en día el fin de la libertad pasa por "el placer de vivir", por el goce proclamado salvador y revolucionario. La sumisión de los hombres a unas condiciones "nuevas" es así determinada por la vanguardia de la sumisión practicada, esta fauna del capitalismo moderno que ha erigido la teoría del placer como el *non plus ultra* de los vínculos con la sociedad alienada. La existencia de una tal fauna contrarrevolucionaria tiende a retrasar toda verdadera explosión revolucionaria, en la medida en que es mostrada, incansablemente, la vanidad de cualquier sedición, puesto que la era libertaria es ya posible y ha llegado.

El marco de un desarrollo armonioso de esta era está ya entre nosotros, de creer a los filósofos: es la familia. Evidentemente, aquella que pretende ser el resultado de la abolición de la familia.

Dentro de esta geometría de los conceptos que nos rodea, la organización social de la sociedad "paralela" se ha perpetrado en la curiosa fórmula de la familia nueva y liberada que realiza el prodigio de no existir más que por su negación: en efecto bajo el pretexto de terminar con la "alienación de la familia" los normo-marginados se reproducen familiarmente. Hay en este monstruo alguna cosa sublime: ¡lo feo es lo hermoso!

La fauna "comunista" vive y se organiza de acuerdo con una fórmula micro-social de dislocación de la familia tradicional en la que se proclama la abolición de la antigua relación padres-hijos e incluso la abolición de la propiedad privada de los medios de reproducción: las mujeres, los niños y los perros son el bien de todos,

comprendido el de las mujeres, niños y perros. Todo esto constituye un biotopo inédito sin sanción ni obligación.

A pesar de la ideología propiamente fascista de la vuelta a la Naturaleza, ("Allí arriba, sobre la montaña..."^(*)) estos neoclanes urbanos y campestres no constituyen una regresión hacia el primitivismo: estas familias son, en efecto, una de las realizaciones de la familia burguesa, realización que ha sido posible con la ayuda de las estructuras ideológicas de la clase en el poder que puede de esta forma contemplar la "libertad" realizada en el interior de ella misma y proclamar esta libertad. En la vida social ha habido solo un cambio en el tamaño del órgano, no en la función.

Hay que interpretar este desarrollo de la familia nueva en función de una determinada situación histórica, en correlación con lo que la vulgaridad sociológica ha bautizado como "conflicto generacional", pensando que con esta manipulación harían desaparecer la lucha de clases. Los progenitores actuales procrean para negar a sus propios progenitores. Pero no es esta generación sola la que, por simple magia sexual, hará nacer a los revolucionarios.

En los mecanismos conformes de la sociedad ordinaria, los jóvenes, ola tras ola, se han hecho realistas con la edad, y las generaciones se han ido sucediendo a medida que iban ocupando sus puestos. Llegados al estadio supremo del realismo, los viejos rebeldes consideran el movimiento de la Historia que reemplaza a los

(*) Canto fascista francés bajo la ocupación alemana.

viejos por los jóvenes indefinidamente. Piensan honradamente que, cuando los viejos hayan muerto y los jóvenes sean adultos, los imbéciles que hoy están en el poder serán necesariamente reemplazados por jóvenes-adultos-rebeldes: ¡de lo que resulta la abolición del mundo!

Con esta certeza "revolucionaria" los jóvenes-adultos se adueñan del poder del Estado; y cuando sean viejos no hay duda de que su prole controlará mejor que ellos el cambio social emprendido...

La organización normomarginada se distingue del resto de la organización familiar reproductora en que pretende ser autárquica, sin depender de nadie y viviendo en el seno de unas relaciones evanescentes, transparentes y diáfanas.

En los tiempos antiguos el clan respondía a la organización racional de la reproducción en función de la producción de medios de subsistencia; las grandes familias liberadas ya no tienen esta preocupación: el Estado-providencia está allí velando, ayudando, pronto a recobrar en su seno todas las "experiencias" desgraciadas. Por la necesidad de reproducirse en tanto que persona moral e ideológica, esta fauna se ha visto en la necesidad de organizarse de esta suerte. Los hijos y los padres de estos clanes se esfuerzan en no ser ni hijos ni padres de ningún padre ni hijo, pero estas familias, mal que les pese, están compuestas de hijos y de padres. Y es que la abolición no existe más que en idea; y en la ideología todo tiene el mismo valor, realización, superación, abolición... La comunidad ideológica en la que todos se reconocen individualmente libres y liberados, es la ficción que engloba a cada individuo, cada uno de los cuales posee realmente un salario o un pseudo-sala-

rio, sus bienes, sus perros y sus hijos. Esta comunidad es para los individuos que la componen lo que el Partido es para los estalinistas: ¡Big Brother!

Los Estados aseguran que la familia es la colmena sobre la que descansa toda la sociedad: la reina ha nacido reina; las abejas, abejas, para trabajar. Y así por toda la eternidad... Las abejas "salvajes" son, a pesar de ellas mismas, abejas, y es una tontería alabar la emancipación del hombre reducido al estado de abeja "salvaje" pues ser colmena, aunque organizada de manera diferente, produce una miel idéntica. En esta fauna, las comunidades forman unas colmenas gigantes, un conglomerado de hogares, un nuevo enjambre convertido en unidad primitiva sobre la que descansa poco a poco la vida social.

La fauna ha abolido el tiempo y la historia: no siendo nada, ya no conoce nada. Ya no existen antepasados porque todo es vivido en el presente, sin tiempo muerto ni impedimentos, de manera trasparente y, por consiguiente, sin huellas; ya no hay jóvenes ni viejos y sólo se trabaja para crear. En un contexto tal ya no hay sitio para la revolución. En cada hogar, cada individuo ve realizada su persona; la familia burguesa es la repressiva, ¡no la suya!

Las mujeres realizan allí su instinto maternal, los hombres su instinto procreador, y los niños realizan la infancia, por fin vivida de forma verdadera.

No es improbable suponer que los hijos de estas familias comunitarias, convertidos un día en jefes de Estado, abolirán el Estado al igual que sus padres han abolido la familia.

LAS JOVENES GENERACIONES

La aparición de la droga en la vida social sigue *al retroceso de un proletariado revolucionario* en los países altamente industrializados.

La segunda guerra civil mundial ha puesto fin a un siglo de esperanzas y de rebeliones igualitarias proletarias, asegurando el triunfo de las clases en el poder y su común prosperidad. Una coexistencia pacífica, forma internacional de la cohabitación regularizada de las clases antagónicas en cada nación, al recusar la antigua manera autártica del liberalismo, permite la explotación sin límites del planeta y de los pueblos, estando de común acuerdo los dirigentes capitalistas, burgueses y estalinistas. Una vida social idéntica y uniforme se extendió por la sociedad, presentándose como el ciclo permanente producción-consumo cuyo ritmo pasó por ser la esencia de la existencia misma. Paz social e internacional se fundaron en un solo sistema unido.

Alcanzada la cumbre de su poder, el capitalismo parecía no temer ya nada de los hombres de cuya vida se había apoderado por entero, desde el trabajo a los sueños. El conjunto de las actividades humanas, en-

vueltas en el celofán de una felicidad que se podía comprar libremente, se hallaba reducido a un estado de bienestar imperfecto a pesar de los progresos del Progreso. Todo lo que era vivido lo era en una multitud de representaciones, siendo necesario que nada fuera de verdad.

Ya no existía la revolución. Estalinistas y burgueses se alegraban al constatar que esta falsa esperanza se había apagado... El aparato policial y la inmensa organización de la apariencia que habían concebido, les bastaba para hacer creer que la edad de oro se instalaba entre los hombres.

A partir de ahora se produciría y se compraría eternamente. La verdad era que todas las inteligencias competentes consultadas lo afirmaban de esta forma: el proletario, aquel ser nacido de la miseria y del desespero impuestos por un capitalismo primitivo y asocial, aquel ser que se rebelaba por unos sueños y al que había sido necesario tantas veces hacer entrar en razón, había dejado de existir; se había disuelto en la reforma. Solo quedaba una comunidad de hombres libres, un sistema al servicio de todos en el que cada uno poseía sus oportunidades y sus derechos, una abundancia material al alcance de todo trabajo honrado. Para abreviar, una vida feliz que se perpetuaba incansablemente, una sociedad estable y equitativa en la que vivir parecía tener un sentido hasta el punto de que ya no había ninguna necesidad de justificar ni de comentar este sentido. Todo estaba comprendido en el Arte de vivir y lo testimoniaba.

La Historia se había pues terminado; hace ya algún tiempo. Gracias a esta sutil evaporación, por la que nada se movía, excepto el precio del dinero, el Occidente resplandecía por su cultura y el universo sólo tenía que

continuar. Hacía tiempo que la inteligencia había desaparecido. ¿Se producía alguna revuelta? Se trataba de un desventurado retraso de algunas capas a acceder al derecho de todos a repartirse el pastel de la abundancia material con total ausencia del espíritu. ¿Quedaban todavía algunos rebeldes? Ello significaba que las técnicas de la integración eran todavía susceptibles de ser perfeccionadas. ¿Quedaban algunos irreductibles? Eran unos obstinados del pasado y unos utopistas de un futuro imposible que no habían sabido resignarse.

Dicho brevemente, este mundo se hizo tan estable y agradable de contemplar, que los últimos asalariados de la imbecilidad pudieron ordenarlo en estructuras dentro de su pensamiento.

Pero el superdesarrollo industrial se manifestaba como un monstruo cada vez más exigente. El capitalismo, cuando más afilaba las garras de sus fuerzas productivas, tanto más introducía su despotismo en la vida de los proletarios. El tedio fue elevado a la categoría de una seguridad social. La aventura, el amor, se habían convertido en unos tics a practicar de acuerdo con unos moldes convenidos, la aventura de la vida se vio reducida a una simple planificación desde el nacimiento hasta la muerte. La aventura obligatoria que había que vivir era la del salario, la carrera, la promoción, un ídolo por conyuge y unos ángeles por hijos.

En esta vida social absurda, aquí y allí algunos empezaron a manifestar que preferían el riesgo a la dulce seguridad del bienestar. Unos "nuevos" rebeldes redescubrieron, entre otras cosas, un uso realmente subversivo de las drogas, fueron utilizadas por unos hombres encolerizados que manifestaban en su actuación una clara inteligencia de la realidad de este mundo.

“Venta libre del éter”; este slogan se vio muy acertadamente sustituido por este otro: “No trabajéis jamás”. Así se manifestaba la fuerza de una exigencia absoluta que no se contentaba con menos de una revolución mundial para realizarse. La voluntad de destruir este mundo puesta entonces sobre el tapete por unos revolucionarios no era más que la expresión lúcida de una profunda rebelión, de una renovación revolucionaria proletaria que brotaba desde hacía algunos años bajo múltiples formas *modernas*, considerando la modernidad de la alienación, que se manifestaba entre otras cosas en la aparición de su conciencia, es decir de su teoría, y la profundización teórico-práctica de esta conciencia. Esta renovación del nihilismo revolucionario fue definida globalmente por la única crítica que podía hacerse y que la contenía todas: la de una *vida cotidiana* reconocida como el lugar social de la alienación, oponiéndose a los profundos recovecos de una “contestación en miasmas” de un pasado felizmente concluido.

El consumo de drogas en Europa por unos nuevos fanáticos del apocalipsis fue una experiencia natural y lógica en los años de la muerte de Raymond Maufrais, contra el confort y el tedio, cuando la esperanza de una revolución absoluta en este mundo se reafirmaba, tan fuertemente deseada que no ha podido abandonarlo desde entonces.

Desde el momento que existían todavía placeres prohibidos (el libertinaje, el robo, etc.) unos rebeldes consecuentes supieron hacer uso de ellos, conscientes de que al organizarlos aceleraban realmente la podredumbre de los valores de la civilización cristiana y capitalista. El consumo de la droga y la publicidad daba a

este consumo concebido no ya como actividad pasiva y desgraciada, sino como una práctica voluptuosa y políticamente creadora, es decir, no limitada a aquella sola actividad, fue uno de los polos de este asalto contra el poder organizado.

Que la droga haya acompañado a *la negativa en acción*, que haya sido uno de los máximos exponentes de la rebelión, es algo probado por el hecho de que muchos psicotrópicos prohibidos participaron en esta aventura cuando esta rebelión fue concretamente experimentada por la clase proletaria. La droga acompañó el asalto de 1968, ya que todo lo que había sido simplemente deseado desde algunos decenios exigía entrar realmente en la vida. Algunas drogas conocieron durante tres cortas semanas un principio de realización histórica y humana, y los autores de la historia empezaron a vivir concretamente su historia individual. La droga fue vivida en el presente de un espacio-tiempo social que entreveía la libertad no ya como una protesta contra la “miseria de vivir”, sino como simple expresión entre mil otras, de una liberación de las actividades sociales —expresión directa y sin razonamientos sobre su propio ejercicio, no ya separada del conjunto de la actividad humana, es decir, bestial— inseparable de un asalto práctico político.

Aniquilado el movimiento de masa, esta *contra-vida* perdió el recuerdo de sus orígenes y fue siendo cada vez más admirada y practicada por ella misma, como si sus virtudes hubieran podido bastar para hacer que la sociedad se derrumbara. El punto de vista histórico en el que sus iniciadores se habían situado —el de una no-participación en el mundo— fue poco a poco abando-

nado. En lugar de proceder de la rebelión, la droga se transformó en práctica política de ella misma, en simple política para ella misma. Lo subterráneo salía al aire libre y se abría a la aventura reformista.

El primer asalto proletario moderno está hoy consumado; la ideología lo perpetúa. Las ideas de esta "revolución de la vida cotidiana" se practican fuera de toda finalidad; ya no se trata de destruir el mundo, sino de acomodarse a él. El uso hoy generalizado de las drogas llamadas *ilegales* no tienen nada de nihilista; triste rutina que no sólo es tolerada sino alentada por los dueños. Y toda esta fauna reformista, hija segundona de un capitalismo que debido al gran miedo que pasó se ha proclamado social, continúa disimulando su cobardía conservadora bajo una fraseología revolucionaria.

La fraseología de este movimiento de reformas es desde ahora la de las clases dirigentes, preocupadas por perfeccionar aun más la socialización de la naturaleza y de los hombres. Siendo ideas contrarrevolucionarias, las reivindicaciones de esta fauna se llevan a cabo realmente: la libertad ya no es una esperanza cuando es practicada de manera efectiva por esta raza dócil.³

Esta fauna posee hoy una concreción social y su aspecto inasequible es tal vez su defensa más inevitable. Reúne toda suerte de experiencias colectivas e individuales que no se dejan captar por un simple reconocimiento de los marcos sociológicos, como sucede con los otros grupos sociales. Pues si, como estos últimos, esta fauna actúa concretamente en las relaciones sociales de producción, esto no ocurre en el caso de los *mandos*, por ejemplo, los cuales pueden ser fácilmente circunscritos, aislados, analizados desde el lugar exacto

que ocupan en la división social del trabajo en vista a la producción material. La fauna se coloca en otro lugar, en los mecanismos de remodelación del conjunto capitalista, en la producción de significaciones, sectores muy avanzados, *industria de la conciencia*.

Desde hacía tiempo la cultura y el saber habían cambiado sensiblemente en el capitalismo, invadidos poco a poco por el valor de cambio y su efecto de equivalencia. Tan sólo una vez cumplido este crecimiento cuantitativo y trivializado, una vez conducidos tendencialmente los pensamientos, emociones, deseos, al espejo de lo universal e inteligible, es decir legible a través de una escala separada y codificada de la equivalencia y, simultáneamente, de la indiferencia, la vida social, en sus profundidades, no podía limitarse a esta simple exactitud positivista. La cultura, convertida en mercancía-signo y principal sector económico, no podía durar mucho siendo sólo un armazón epistemológico. Era absolutamente necesario a toda costa reintroducir la profundidad, el sentimiento, la diferencia.

La fauna, principio productor de valoraciones, diferencias, profundidades, pasiones, es esto: la reinscripción del uso en los circuitos del valor. En la medida en que es constitutiva de la *forma* misma de la producción social, podemos seguirla como un hilo rojo a lo largo de los fenómenos.

Dispone de enormes medios para dar nuevo impulso a la cultura completamente hundida, y al *sentido* en general: la esfera artística con su acción sobre la técnica y su mito de la creación, el artesanado con su fantasma de la no-separación del productor/producto, lo imaginario y la historia de la revolución con sus experiencias, sus efervescencias de libertad y de comunicación,

la *naturalidad* —teniendo por un lado el cuerpo como productor positivo de placer, la teoría del goce y de la sexualidad polimorfa y perversa la droga y su cortejo especulativo, y del otro lado la ecología—, todos los aspectos de organizaciones sociales y la vivencia de las culturas primitivas devoradas en el exotismo mortífero.

Ha sido la fauna la que ha sabido promover la única reforma de la enseñanza efectivamente útil (las escuelas llamadas paralelas). Ha sido ella la que ha renovado la vieja publicidad, la que ha abierto las vías del turismo mundial, dando nuevo color al arte, la que ha defendido las energías de sustitución, mejorado la alimentación y adornado la inmediatez cotidiana del necesario placer.

La fauna se divide, con respecto a la división social del trabajo en dos:

1) Una parte está compuesta por no asalariados que aparentemente se hallan fuera del sistema; esta fauna (pura) se caracteriza por el hecho de que la vida de sus miembros proporciona los modelos a seguir; esta parte desarrolla nuevas formas de socialidad, posee circuitos internos de comunicación, una subcultura. Hay que comprender el underground no como algo separado, sino como algo experimental: laboratorio subterráneo de ideas, de experiencias sociales, de fobias, sistema nervioso de la moda en el saber, el vestido, la transgresión, la sexualidad, el gusto... Toda la parte adecuada a su renovación será exprimida por el Capital para constituir la cultura oficial. Este pan de la fauna, todavía bastante miserable en Francia, corre completamente a cargo del Estado en los EE.UU., países nórdicos, Inglaterra y, desde hace poco, en Alemania. Proporcionan a sus miembros lo necesario para mantener su fuerza de tra-

bajo social para que continúen tranquilamente produciendo saber, relación social, transgresión de tabúes, imágenes de vivencias, todo una *estética*, la sed de hoy, nuevo modo de pensamiento y de vida con el que el mundo es invitado a ser uno.

2) La otra parte, integrada en la estructura institucional, está compuesta de asalariados. Allí encontramos, naturalmente, todos los industriales de la conciencia y de la estupidez; catecúmenos charlatanes en las clases que imparten los maestrillos izquierdistas, repetidores a sueldo de la filosofía, la cultura y lo imaginario; todos los sectores de la publicidad, de la información y de la propaganda oficial. En este nuevo mundo de asalariados los hay que hacen carrera desde los bajos fondos del negocio editorial en manos de impertinentes y ricos oficinistas, orgullosos de llamarse trabajadores intelectuales, envaneciéndose de su gran espíritu moderador, persuadidos de que la historia los ha investido de la función de eliminar todo extremismo. Los hay que progresan mejorando el arte y la cultura, subterránea o no, para tener por fin acceso al paraíso de la radiofonía, de la televisión o del *Monde*; y todo esto bajo la bandera de la crítica y de la contra-sociedad en marcha. En lo más alto prosperan los burócratas ya situados, destilando la autogestión generalizada, programando la nueva economía capitalista, planificando el acaparamiento y la insatisfacción.

Esta fauna, sentada su función social, delimitado su estatuto en sus propios límites (integrado/al margen), no puede aparecer en la superficie social más que fragmentada; no puede reconocerse en nada, y cuando quiere adueñarse de ella misma, no puede hacerlo más que en el terreno del fracaso y de la mala conciencia.

En vano la influencia de la ideología leninista quisiéramos definir esta fauna como un grupo social determinado, cometiendo una tontería igual a la que cree reducir el proletariado a la suma de los obreros...

Sería también imbécil querer entender esta nueva burguesía —a la que no corresponde ningún nuevo proletariado y que es un total invento de gente de poca talla con la intención de cambiar su imagen, en franca decadencia, por una reputación de pensador— aplicando punto por punto una extravagante concepción estalinista de la lucha de clases a toda la historia de la humanidad, como mínimo.

Que la burguesía recupere hoy algunos reformistas que se habían alimentado siempre en su seno sin estar necesariamente en el poder —lo que constituye una diferencia que la ideología sitúa en dos polos, el uno conservador y el otro progresista— muestra solamente que la gestión de las condiciones históricas presentes reclama especialistas en respuesta a los problemas históricos y sociales presentes. La burguesía ha reinado siempre gracias a la diversidad de poderes dentro de la unidad de su poder.

Lo mismo que esta fauna es el conglomerado de todas las individualidades pretendidamente libertarias y solipsistas, cuando en realidad son todas parecidas, constituye también la tecnoestructura apreciada por ciertas pécoras modernistas que se regocijan al descubrir, apenas hoy, que los príncipes de este mundo gobiernan utilizando unos técnicos y una administración, unos tecnócratas y unos burócratas, los ejecutores de todos los Estados de la historia.

Esta fauna no es una clase. ¿Pero podría llegar a serlo? ¿No es acaso el esqueleto de una temible y secre-

ta burocracia en proceso de formación, futura clase dominante en una sociedad socialista que, gracias a un movimiento proletario llegaría hasta la confiscación del Estado y de sus libertades?

La ideología revolucionaria que todavía enturbia la inteligencia proletaria persiste en exponer la lucha de clases como el simple antagonismo entre dos clases, solo dos: la burguesía y el proletariado. Las burocracias, estalinistas, nacionalistas a lo Bumedian y otros payasos gesticuladores..., clases dominantes, se han adueñado, no obstante, de una parte considerable de nuestro planeta. ¿Dónde, cómo? Son preguntas sin interés para la revolución, según parece.

Es sin embargo evidente que la formación de estas clases dominantes es previa, necesariamente, a su golpe de Estado, al acaparamiento de las fuerzas productivas y la reducción de cualquier voluntad igualitaria. La burocracia es una clase de capitalistas de la misma manera que los son los burgueses. La fórmula de producción capitalista, el proletariado como productor fundamental en la sociedad, son los mismos. La burocracia es sólo una clase de capitalistas *mejores*, no tanto en el aspecto de la política económica, como en la cuestión esencial de mantener el proletariado como tal proletariado.

Si la realidad de una posible clase dominante en formación a lo largo de las condiciones históricas formadas por la lucha proletaria, su actuación, su poder como tendencia autorreguladora del sistema social, no se evidenciaría todavía a los ojos de los proletarios, es porque esta clase los domina ya de hecho y domina sus representaciones.

No tenemos ninguna duda de que durante los primeros días de la revolución veremos a los ideólogos de la revolución armarse en contra de ella. Y es que tienen todo que perder en una revolución social que solo puede obtener su fuerza en un proceso *nihilista*.

Todos los que hoy hablan de "revolución" sin el más mínimo odio, sin la voluntad violenta y clara de arrasar todas las formas sociales existentes, utilizan el lenguaje de esta contrarrevolución que se prepara.

Incluso si la Historia ha juzgado ya a este mundo, el éxito del partido de la libertad, nuestro partido, no está fatalmente inscrito en el libro de los destinos de la humanidad.

La sociedad humana es absurda e "invivable", pero está hecha por los hombres y mujeres que viven en ella y que se reconocen en esta absurdidad. Por lo que filosofar sobre la ideología dominante, es aprender a morir.

¿A qué suplicio someterán las masas revolucionarias a estos príncipes que engordan con el cadáver de la revolución?

La historia nos mostrará, de seguro, hermosas ejecuciones... Cada época encuentra en ella la fuerza necesaria para resolver los problemas que se plantean, y, sin duda, una liberación obtenida en un alzamiento como el que se prepara pondrá en marcha sus propias facultades inventivas para hallar la solución más adecuada a la venganza de las masas.

No se puede comprender nada de las drogas, de su poder, de las causas de su descubrimiento, de su empleo y proliferación, del consenso en su aprobación, tanto por parte de los medicastros que las aplican y de los hombres que, creyéndose enfermos, las reclaman y recurren a ellas, como por parte de esta fauna moderna del capitalismo que encuentra en la droga consuelo y autoridad, mientras no se vea en ellas un aspecto esencial de la política de las clases que poseen los medios de producción: conservar su dominio, conservando los medios de producción: los hombres, sometidos al estado de productores de la sociedad, proletarios alienados en su comportamiento y en su inteligencia, autómatas sujetos a una realidad considerada como la única realidad necesaria.

No podemos entender nada sobre la ignominia contrarrevolucionaria de esta fauna multiforme mientras veamos en ella sólo un fenómeno más, insignificante, en una sociedad que se nos ha hecho extraña, repleta de cosas extrañas mientras no se comprenda su falsa discusión como crítica de este mundo por él mismo, y

no como fraseología impetuosa sino como vanguardia del reformismo más virulento.

El secreto de la época en que vivimos es el conservadurismo de una sociedad preñada de una agitación formidable, obstinada en que su permanente inestabilidad tienda a convertirse en institución regularizada de una permanencia de la inestabilidad. Este conservadurismo mantiene la sociedad de clases como tal sociedad de clases, manteniendo los fundamentos de esta sociedad tal como son y tal como la producen. Es necesario que los hombres y mujeres que producen esta sociedad permanezcan en el estado de productores de esta sociedad, y *nada más*.

La representación de esta sociedad con miras a obtener su propio reconocimiento tal como es representada, procura disimular estos fundamentos dando de ella una realidad indiscutible. Pero esta sociedad no puede abolir estos fundamentos so pena de hundirse ella misma de manera total. El que es incapaz de comprender una tan simple necesidad intrínseca del capitalismo no puede comprender que el proletariado existe, que la lucha de clases existe, sea cuales sean las mentiras que ocupan su lugar y la apariencia de inexistencia o de ausencia que se da de estos problemas.

La sociedad es una construcción que debe ser prorrogada sin descando. Sus fundamentos, excepto en las revoluciones donde afirman la negación de esta vida privada, se esconde en la construcción. No son visibles ni comprensibles más que de dos maneras: sea por la auto-afirmación viva de una masa de hombres, los proletarios, fundamento vivo social, sea por la compren-

sión de este pilar viviente y de lo que vive genéricamente —con lo que un tal factor implica en lo referente a trastornos sociales— sino además mediatamente en cuanto la representación es una realidad remitida al proletariado en la cual le es impuesot que se destruya reconociéndola, rectificándola y aceptándola reproducirla.

La dificultad que existe para distinguir el proletariado de su representación constituye una dificultad teórica sólo para algunos, es una dificultad vivida como tal por los mismos proletarios, es el meollo mismo de una revolución, tanto de su simple posibilidad como de su éxtio.

La revolución social sólo podrá realizarse si esta diferencia es percibida y querida por las masas.

La existencia histórica proletaria, que es el principio, no está desnuda, pura: tiene la opacidad de la vida individual social, y todos los comuflajes inmediatos o mediatos que admite reconocer como siendo ella.

Los proletarios son el fundamento real y absoluto de este mundo. Están alienados porque se proletarizan según las condiciones históricas que precisamente aceptan o modifican. Para ellos, transformar el mundo cambiando las bases, consiste en afirmarse como base de esta sociedad, rehusando de ahora en adelante producirla tal cual y reproducirse como proletarios.

Nunca se ha querido decir otra cosa cuando se ha dicho del proletariado que se niega al negar la sociedad de clases.

Esta alienación que es su propia existencia, se funda en el desacuerdo entre la imposibilidad de poder pro-

ducir directamente su propia vida, y la vida social que en cambio produce y reproduce directamente en tanto que proletariado.

El proletario —ya que no es el hombre— ha de vivir en un mundo que construyen cada vez más y más para él, para que él lo sienta, lo reconozca como suyo y no lo combata ya más. Es lo que se formula con expresiones como: el proletariado se ha integrado o se integra, cuando se habla de democratizar, reinsertar, readaptar, rehumanizar.

Mientras los hombres en el poder poseían fuerza suficiente para mantener completamente al margen al proletariado, impidiéndole discutir su mundo, el régimen, las costumbres, las estructuras en las que aquel representaba el papel principal de productor, el proletariado ha vivido apartado de toda vida pública, política, humana, incluso del consumo de las riquezas que producía.

Los proletarios, al imponer, sea la revolución, sea la componenda, han conseguido una modificación de estas precedentes y forzadas relaciones, una política social: la reforma.

Las clases dirigentes los asocian al cuidado del mundo, a su gestión, convertida en una autogestión generalizada, en las que las clases colaboran en un mismo proyecto histórico: la prórroga de la servidumbre y del desposeimiento.

Las clases dirigentes parecen poseer cada vez menos poder por razón de esta democratización necesaria para obviar la revolución. En realidad esta política social constituye un poder soberano, la *última ratio* de su conservadurismo. Ciertamente su violencia pura es siem-

pre posible, si el conservadurismo puro la reclama con el fin de aplastar la revolución. Pero este conservadurismo impide el progreso, es decir, el desarrollo económico e histórico de las clases en el poder.

La esencia del conservadurismo actual consiste en promover una vida social proletarizada que es la vida social hecha para los proletarios.

Los hombres de Estado, los pensadores modernistas, han de referir sus ideas, sus programas, sus slogans, sus aficiones, a una unidad de medida común.

La opinión pública se convierte en una fuerza material que les conviene propiciar manipulándola de suerte que sirva para el diálogo social.

El desacuerdo, proclamado a gritos por esta chusma modernista y estos desgraciados revolucionarios, entre una vida social humana y la falta de humanidad de la vida social actual, ¿no tiene como única razón señalar que el proletariado no se halla todavía bastante adaptado a la vida social, y que esta vida social actual no es concebida todavía lo bastante para él, para que se quede en lo que es, un proletariado dócil, aliado, no rebelde, responsable?

Estas carroñas no hacen otra cosa que poner de manifiesto esta enorme injusticia: puesto que el proletariado es el productor de esta sociedad, conviene que los dirigentes hagan de manera que sea asimismo propietario de lo que produce. Es necesario que la vida social sea al proletariado lo que la mercancía es a cada productor: su bien, lo que le da satisfacción.

Este reformismo practica la adaptación de los pro-

letarios a la vida social y la adaptación de la vida social a los proletarios. La vida resulta completamente modificada, lo que tiende a eliminar la separación entre el proletariado y la sociedad, que es el fundamento de una revolución siempre posible.

¡Unos dirigentes buenos y leales, verdaderamente representativos del pueblo! ¡Satisfacciones para el pueblo! ¡Sueños para el pueblo! ¡Una sociedad para el pueblo! ¡Una libertad libre para el pueblo!... Así se resolverían la injusticia y la alienación. Así la historia conciliaría en una misma nueva sociedad a los que la producen y a los que han de vivir de ella.

La verdadera democracia, la autogestión universal, la fiesta eterna, el goce sin trabas, una vida de calidad, y todas las tonterías del mismo calibre, son los gritos de vanguardia de esta reforma, la expresión oficial de este conservadurismo en acción.

¡La vida social para el proletariado!. Es, con ciento cincuenta años de retraso, la mistificación que suprime una revolución por la gracia de la gestión de la política en el sufragio universal.

En esta política social, mientras se hacen adaptar las estructuras a los hombres, la droga tiene por función modificar de manera concreta a estos hombres y adaptarlos a estas modificaciones. Pues de la armonía y la satisfacción nacen la tranquilidad y la estabilidad. La *ultima ratio* de este proceso es hacer que los hombres sean felices.

Este reformismo es una empresa con voluntad contrarrevolucionaria. Tiene por objeto engendrar la armonía de los hombres con las estructuras y de las estruc-

turas con los hombres. Esta política no es un paliativo momentáneo para contener la crítica del desacuerdo vivido entre la vida social por un lado y el proletariado por otro. Es un programa, un plan de felicidad para la humanidad, una nueva ideología general mundial.

¡Dejadlos vivir! se dice de los proletarios. En otros tiempos se predicaba: "laissez faire", hablando de mercancías.

Este reformismo social practica la fusión entre el hombre y la sociedad a fin de conciliar los contrarios. Conduce asimismo a la formación de nuevos proletarios, una nueva alienación. La conciencia de la clase proletaria se convierte en una enfermedad psíquica, una alienación mental que separa, en caso extremo, a los hombres que viven sus enfermedades como si fueran malestares aceptados como tales.

¿Estuvieron nunca los hombres más solos como cuando la inteligencia de su rebelión común se ve mudada en trastornos mentales percibidos por separado?

La alienación designa la práctica histórica que somete a los hombres haciéndoles proletarios y somete a los proletarios a los imperativos históricos de esta práctica.

Son los proletarios mismos los que se esposan y se atan. Esta es la novedad. Están sometidos a un sistema de sumisión que ellos mismos crean, cuidan y reproducen.

Un sistema así es frágil. Una revolución que actúe con inteligencia puede barrer la opinión que ha reemplazado a la teoría. Para paliar esta situación se ha montado un descerebramiento minucioso.

Hay que eliminar el pensamiento, la memoria, el saber, la posibilidad de reconocer, de juzgar, de pretender, de acusar contra viento y marea.

La uniformidad de la apariencia debe hacerse con reconocimiento hacia la opinión que ha destruído y reemplazado a la inteligencia, porque el mundo ya está bien tal como nos parece que es.

El espectáculo de esta sociedad que era hasta hace poco la ideología misma en su materialidad vista y reconocida, va mejorando. Hay una desgraciada participación del sentido de las palabras. El conocimiento de la apariencia se convierte en la ciencia de la Lógica. La fenomenología de esta sinrazón se elabora en un presente permanente, en la representación tópica, que es representación de la actualidad de la totalidad de esta sociedad.

Pero esta pretensión implica de manera permanente el reconocimiento y la aceptación *inmediata* del resto de la totalidad. Las mediaciones, que serían por fuerza negociaciones teóricas y prácticas, son eliminadas por la propia potencia intelectual proletaria. El reino de lo inmediato que predica que lo que es visto y vivido de manera inmediata es verdadero, aplasta e impide la perspectiva, es la negación de cualquier práctica teórica y, por consiguiente, la negación de cualquier práctica mediatizante, de una insurrección conciente.

Este sistema de exclusión de la inteligencia por la sumisión y la autoconstrucción de la apariencia, de la opinión como sentido comprobado de la realidad presentada, no es más que el toque sutil que perfecciona toda la mecánica oficial, la que, por medio de múltiples maquinaciones adaptadas a cada sector social, tiende

cada vez más y más a adaptar a cada hombre a la *inmediatez obligatoria* de la vida social que hay que vivir como todo el mundo y admitir y reproducir como todo el mundo hace.

La vida social se ha convertido en una representación que exige ser vivida inmediatamente. Y esta representación es la vida social misma, inmediata.

La alienación no es pues un velo que cubriría al proletariado. Hablar de velo es emplear una metáfora abusiva que da la impresión de pensar en el reino de la representación. Por lo mismo la alienación no es un resultado: diremos que no existe alienación del proletariado sin con ello se pretende afirmar que le es añadido algo históricamente. Es la estúpida ideología revolucionaria que pretende que la alienación sería un agente histórico que vendría a contaminar al proletariado e impedirle cumplir su misión redentora que le ha sido asignada por... la misma estúpida ideología revolucionaria incapaz de comprender la existencia histórica del proletariado y, por consiguiente, su alienación como historia de su existencia.

¿Por qué las clases dirigentes tienen necesidad de prohibir el ejercicio de la conciencia? ¿Por qué hay un problema de inteligencia en el capitalismo?

Las clases en el poder, burgueses y burócratas, tienen necesidad de productores bien definidos. Ahora bien, el poder productivo (fuerza del trabajo, aceptación del estado social) se opone naturalmente a la inteligencia: los esclavos no tienen conciencia, sino... Y no obstante, como sí que tienen conciencia, ésta debe

ser reducida, manipulada o prohibida. Droga e ideología llevan a esta misma solución: ¡Abajo la inteligencia!

¿Por qué en Francia la prohibición de la inteligencia se ha convertido en una necesidad de Estado?

El año 1968 puede definirse en la historia como el año de regreso visible de un proletariado revolucionario en tanto que clase y sujeto histórico. Para los proletarios del mundo entero, como para todos los hombres de Estado o individuos de las clases dirigentes, ya no hay ninguna duda de que el capitalismo, bajo todas sus formas esconde así mismo esta negación viviente. No es una crisis financiera o económica la que hace que nazca un proletariado revolucionario; no es el hundimiento del mundo, el laxismo de una civilización o sus excesos en la dominación o los privilegios que engendran contradicciones que, a su vez engendrarían situaciones conflictivas que, a su vez engendrarían... ¡No! es la existencia de una masa humana determinada que *interrumpe* el curso de esta sociedad, en busca de todos los medios de acceder a ella, lo que mueve la actualidad del estado social.

Es la inteligencia, esta práctica del proletariado, lo que se persigue. Ella tiende a su propia inteligencia y a la inmediatez de esta inteligencia y de su acto. Ella se aplica a la aniquilación de las mediaciones entre la vida como fuerza práctica y la vida social como manifestación y obra de esta fuerza. Es la inteligencia que lleva a la revolución. Es, y así es hoy reconocida, la condición *sine qua non* de la posibilidad de su victoria.

Todos los poderes políticos se aplican en abolir, en desviar esta fuerza que construya su causa sobre sí mis-

ma. Para aniquilarla le remiten sin cesar la falsa representación de lo que ella sería y hace. Contra el proletariado revolucionario es contruida la aparente realidad de la opinión, formada por las preguntas y respuestas convenidas por esta fuerza práctica.

Hasta antes de la manifestación de un proletariado revolucionario en el capitalismo contemporáneo, la ideología como sistema de ideas y de ideales había sido reabsorbida: ya sólo quedaban miasmas filosóficas, culturales y artísticas. Fue lo que se llamó *descomposición*. Esta ideología descansaba sobre el reconocimiento del *status quo* de las clases, sobre la servidumbre teórica y práctica del movimiento obrero en los desiderata del capitalismo. Esta ideología encerraba todo el pensamiento de la historia, cuando la historia se había esfumado. Se estancaba como representación de una sociedad estancada, reducida al estado de su vida representada. Incluso la ideología revolucionaria como esfera particular se había eclipsado. La teoría de una sociedad sin clases se había convertido en una excepción, en un absurdo.

Lo esencial del asalto revolucionario francés del 1968 se basa en el alzamiento de la clase que rompe de forma unitaria e inmediata este estado social bajo su doble aspecto: realidad y representación.

Bajo el impacto, realidad y consenso se separaron.

En este intervalo, la artificialidad, la contingencia se manifestaron de forma súbita, en lugar de la evidencia y la necesidad precedentes. El sistema de ideas entonces en vigor, ya no permitía comprender ni lo que era, ni lo que pasaba, ni aún menos lo que debía ser promovido para que se fortificara la ruptura indicada. El asalto proletario se cumplió pues bajo el signo del

rechazo de las concepciones del pasado, de los valores antiguos. Se acreditó con la búsqueda de nuevas concepciones; se apoyó sobre la única teoría adecuada, inteligencia de la práctica en curso, y además, programa de la revolución contemporánea, de sus votos y sus esperanzas.

Pero lo que había caracterizado este asalto, su brutal espontaneidad, a falta de ir más lejos en el exceso histórico, se transformó en un estancamiento que favorecía a los múltiples reaccionarios: la ruptura de un estado social en dos se había producido sin que la representación hubiera sido combatida anteriormente por las masas ni destruida hasta el punto de decidir acabar con todo de una vez: con el Estado, el poder, el dominio de clase, la realidad desnuda enfrentada a la inteligencia y a la fuerza proletaria.

Como sea que el estado social no había sido destruido, sino ratificado nuevamente, y que el movimiento de clase se iba al mismo tiempo resquebrajando, el recrudecimiento de la ideología, la reviviscencia de su utilización contrarrevolucionaria, se hacían necesarios para colmar el hueco entrevisto y reestructurar un consenso del mundo, una renovación del capitalismo.

En el momento en que se rompía la unidad teórico-práctica del movimiento proletario en vías de tomar en mano su destino, la separación se generalizó: en primer lugar, en la voluntad unitaria de trastornar todas las condiciones de existencia; después, materialmente, en las múltiples tentativas en las que se vio a los proletarios, por millones, pero desunidos, intentar construir un movimiento de clase fuerte y unido por medio del cual, tan solo, la revolución puede realizarse totalmente, pareciéndoles esta unidad, en su aislamiento, la ú-

nica solución al único problema evidente en todas las luchas: el fin del capitalismo.

Poco a poco, este movimiento uniforme pero encarnizado de las masas, se había ido a su vez desgastando. Por un lado, la evidente inutilidad de esta práctica ardiente que desemboca en fracasos o en ganancias reformistas, contradecía la profunda voluntad revolucionaria que la animaba. Por otro lado, la burguesía francesa, con el apoyo de sus partenaires estatistas, burócratas y estalinistas, tomaba las adecuadas medidas políticas, sociales y policiales para dismantelar esta obstinada corriente revolucionaria: propuesta de una nueva sociedad autogestionada por un lado; barreras visibles establecidas por la ley y la fuerza pública para uso de todos aquellos que no se resignaban a la constatación de la inutilidad de seguir por otro camino.

Todo lo que acababa de vivirse quedó confinado al campo del rencor, del rechazo, sucesos... Todo período revolucionario que vuelve a la normalidad, se hace ilusiones sobre lo sucedido y sus razones. Rotas la unidad y la esperanza, no queda otra cosa del conflicto que el recuerdo del acto unitario, recuerdo que ya ha sido deformado por el hecho de que la conciencia de las razones del acto unitario no había tenido tiempo de constituirse. Recuerdos de motivaciones, de gestos imitados y transferidos en el contexto de otras luchas diferentes, he aquí en lo que quedaron reducidos años de combates y de ocupaciones después del movimiento general de las ocupaciones.

La resignación ante los conflictos proletarios tal como los burgueses burócratas se complacían en exhibirlos públicamente a fin de que su espectáculo bastara en

lugar de la lucha, el reconocimiento de este espectáculo, la aceptación de la dominación, han engendrado la nueva filosofía que se alimenta de mil maneras de esta vida, desde el confort y la opulencia, hasta las distinguidas reputaciones de los revolucionarios de salón...

Y entretanto las masas luchan por descubrir por sus propios medios sus deseos, sus esperanzas, su estrategia. Con la vuelta de un proletariado ferozmente revolucionario, la teoría como movimiento práctico de los actos y de las inteligencias, se manifiesta y busca su propia definición.

La teoría revolucionaria, al pasar a la lucha de clases, se ha convertido en el programa revolucionario del proletariado. Desde ahora los proletarios revolucionarios se proponen la abolición del Estado, de las naciones, de la economía privada, de las jerarquías, mediante la promoción de la libertad y de la igualdad. Pero a la renovación de la inteligencia y de la práctica revolucionaria deben corresponder la renovación del contenido y de la práctica ideológica. La ideología no la constituyen solo palabras, *flattus voci*, sino la fuerza material, y el ensamblaje de pensamientos y juicios que constituyen, no sólo el único conocimiento público posible del mundo, sino su único reconocimiento, utilizado para contradecir el hecho histórico contemporáneo de que una cierta inteligencia es deseada por hombres sublevados.

La ideología dominante no es una simple amalgama de pensamientos propios de los burgueses, que los proletarios, por ignorancia o estupidez, usarían para pensar: de esta forma estarían alineados. No se trata del sistema de ideales propios de la clase en el Estado, ex-

plicando y justificando sus abusos, imponiendo por la fuerza que prevalezca su propio sistema de justificación y de explicación. La alienación de la ideología no es una entidad exterior al proletariado, delegada por enemigos conscientes y maquiavélicos para trabarlo y llevarlo a una vuelta a la razón histórica y permanente, hecha de alelamiento e inconciencia.

El situacionismo hoy dominante es esta ideología dominante, espectáculo permanente de la revolución contemporánea, espectáculo presentado de mil maneras a la fuerza práctica proletaria que busca expresarse en sus luchas y en su inteligencia, imponiendo a todos los partidarios y defensores del estado presente que lo defiendan hablando el mismo lenguaje que esta fuerza práctica revolucionaria. Nunca la teoría y el programa de un movimiento revolucionario habían agitado tanto a tantos desposeídos, hasta el punto de convertirse, para combatirlos, en las palabras de orden, el lenguaje común y el oficial, el orden del día de una nación, de una sociedad.

Sí, nuestra época, transformaba por una voluntad proletaria de revolución, es revolucionaria. Y lo es también en el espectáculo de la revolución, la falsa práctica, las falsas esperanzas echadas a la cara de los proletarios.

Ahora bien, no se trata ya de una ínfima minoría de la población que se plantea el problema de los medios y de los fines de su actividad, sino de un gran número de hombres y mujeres que reproducen y cuidan a diario de la existencia de este estado social, y ello no sólo en base a luchas siempre artificiales escogidas por los profesionales de la política, proveedores de insatis-

facciones. Entran por su voluntad en lucha concreta social y se encuentran en su avance teórico y práctico frente a la necesidad de que un combate no puede ser revolucionario en sentido pleno más que siéndolo, sino que tiene que andar ligero fijándose unos objetivos, una estrategia de la Historia. ¡Está claro! ¡Vaya arcaísmo el de estos izquierdistas, o parecidos, que se exprimen cada día el cerebro para inventar unos pequeños cambios y hacerlos que sean aceptados por las masas, cuando son estas mismas masas las que entran hoy en la empresa revolucionaria histórica!

En estas condiciones, la partida que se juega es la del tiempo que pasa y gasta.

El triunfalismo no es más que la mentira de individuos que se remiten al espectáculo de la subversión para creerse subversivos.

Jamás una revolución había sido tan deseada, pero a la vez tan falsificada, edulcorada, explicada, diferida, tolerada.

Nunca habían sido reducidos tantos millones de hombres y mujeres a tal grado de inactividad mediante la contemplación de su lucha presentada como inútil o arriesgada. Estas masas nunca habían sido confinadas en la resignación por una explicación racional y teórica más atrevida y total de esta sociedad; pues la contrarrevolución en acto significaba el aplastamiento de la inteligencia en las voluntades y las conciencias, valiéndose de la autoridad objetiva de una teoría que expone y explica la complejidad actual de esta sociedad preñada de revolución, verdadera ideología revolucionaria moderna, provocando la certeza de que no hay nada que sea

útil hacer, nada que valga la pena pensar o emprender, certeza que se confirma en el último eslabón que esta sociedad necesita para imponer totalmente su autoridad: su confirmación, explicada objetivamente, y comprobable.

Esta política contrarrevolucionaria que triunfa en el espectáculo de la revolución, no presenta todavía una unidad completa ya que se halla apenas en sus comienzos; encierra en sí todavía algunas contradicciones.

Por un lado, existen los hombres de Estado, todos ellos Rimbaud y situacionistas que se agitan en el verbo y la intención, por otro los modernistas que imponen una transformación conservadora; también un marginalismo que pretende no ocuparse de asuntos públicos, y que en efecto tiene aspecto de no ocuparse de nada, una fauna que tiene sus leyes, su objetivismo interno que la sacude a tenor de los movimientos reales que agitan el resto de la sociedad, sus reglas de vida, modelo de vanguardia para el uso de las jóvenes generaciones, sus reglamentos económicos... Y esta fauna, oasis de tolerancia, es el crisol teórico y práctico del conservadurismo en acción.

Unos dicen que este reformismo es una política de la clase burguesa; otros, que una oposición sediciosa.

El hecho es que la lucha de clases está debajo de este estímulo y que el reformismo no pretende negarla sino legalizarla, organizarla.

Modelar al proletariado para impedir la revolución es la idea clave.

El espectáculo del mundo sigue adelante; el reformismo lo estabiliza. El programa la alienación química y mental, difunde la quietud obligatoria, la estabilidad

y la perennidad bajo la aquiescencia universal.

Y hombres, mujeres y niños, separados y unidos, todo lo clarividentes como es posible, luchan, se lamentan, sufren para comprender, decidir, interrumpir, destruir, tener, ser...

¡Y sus esperanzas son robadas, representadas!

Los estalinistas, los socialdemócratas, los altos burocratas de la fauna, los reputados revolucionarios, los odiosos filósofos de la historia, están allí, a la cabeza, hablando para ellos, ¡horribles mentirosos, futuros dictadores, fuertes gracias a una fuerza que no es suya y que han desviado y expoliado, ambiciosos de una ambición que no es la de los hombres, sino la de los Estados!

Apasionados por la tiranía y los privilegios, los estalinistas, perseveran con encarnizamiento en la consolidación de su hegemonía sobre el poder de los proletarios, *confinados por ellos al estado de obreros a perpetuidad*; hombrecillos de manos callosas y de una moral rígida, habiendo sacrificado el gusto por la libertad en aras de un futuro de igualdad eternamente remitido a mañana.

Por su parte la socialdemocracia, revigorizada por sangre fresca y nuevas ideas aportadas por los elementos más podridos de la fauna, antes rebeldes, predica la revolución que pretende ser, cuando nunca ha seguido otra política que la de hacer la economía de una revolución, o la de aniquilar hasta el último de los hombres sublevados cuando la ola de esperanzas que la movía se precipitaba demasiado irresistiblemente contra los acaaparadores.

¡Sí! Burgueses, socialdemócratas, estalinistas, sin-

dicalistas, todos los estatistas y sus lacayos de la fauna, que se revuelcan en sus privilegios, todos, anti-igualatorios furiosos, asesinos reales o potenciales, saciados, regulan de común acuerdo lo mejor que saben los problemas económicos, sociales y financieros del capitalismo.

Su meta común: eliminar o apropiarse de una revolución que avanza rápidamente, como si de una cólera lúcida se tratara, a fin de conservar el capitalismo y el Estado que les asegura su hegemonía.

Sus medios: jugar al movimiento de clase, presentarse sin tregua como la clase misma, como la verdadera solución a la vehemente aspiración de libertad y de igualdad para otra sociedad.

Antes, los revolucionarios podían afirmar a ciencia cierta que los proletarios tenían que cambiar la vida y a la vez exterminar el Estado y a los estatistas. Hoy, ya sólo es necesario interrumpir lo más pronto posible la vida de esta sociedad. Todo programa concreto es reformista.

La revolución no puede hacerse sin rechazar el mundo. Y el rechazo no puede coexistir con la aceptación.

El arte del reformismo es pretender ser este rechazo.

La fauna, fortalecida con la teoría revolucionaria que se ha apropiado, desarrolla la tesis más extrema de este reformismo. Ya no preconiza ni siquiera la libertad política para los proletarios. Postula en cambio la libertad absoluta que no tiene más que coger lo que necesita, y modificar el mundo de acuerdo con sus deseos que toma, naturalmente, por la realidad. (Gracias Sr. Vaneigem).

La revolución ya no es inherente al proletariado, a no ser en su idea pura... Será posible cuando miles de proletarios la vean como último recurso al problema de la existencia.

Esta sociedad puede derrumbarse como si nada. No es que repose sobre arena: sino que es arena humana soldada por fuerza. ¡Y la arena humana de este edificio la constituyen los proletarios sumisos que reivindicán su sumisión!

La lucha de clases los zarandea. Aquí avanzan, allí retroceden. Pero su fuerza, salvaje o legalizada, no puede en última instancia ser aniquilada más que por la fuerza. Su unidad: la única oportunidad de victoria.

La separación entre la ausencia de un enfrentamiento mayor en el que la clase se manifestaría como tal frente a la organización del mundo, y la multitud de enfrentamientos protegidos, demuestran la *apuesta histórica* de una revolución igualitaria en Francia: lograr una era de revolución mundial; o fracasar; o no emprender nada.

Un día, la revolución es la posibilidad de la lucha; otro día, es su probabilidad; otro, su desaparición durante meses, años, generaciones.

Para triunfar en una empresa como esta, se necesita un pueblo orgulloso, lleno de valor.

Estalinistas y burócratas *enseñan* la cobardía, la pusilanimidad y la espera a miles de hombres-obreros cuyo malhumor, insatisfacción y pugnacidad son dirigidos sin tregua contra todos los otros proletarios que se han propuesto liquidar a la burguesía.

Se ha franqueado un paso enorme, pero solo en teoría.

Es necesario dar otro paso: la certeza de que hay que aniquilar, desde el primer instante, y a la vez, a burgueses y estalinistas, los antiguos señores y los futuros dictadores.

¡Pues los nuevos dueños, se alían desde ahora contra cualquier tentativa de emancipación. Una administración en manos de "apparatchiks", unidos por sus propias aspiraciones y esperanzas de dominar y dirigir realmente el Estado y el capitalismo, gobierna ya desde ahora a los proletarios y el trabajo social. ¡Son los auténticos especialistas del poder y de la esclavitud!

El miedo de todos los poderes que nos rodean y que ocupan ya un lugar regulando el trabajo, la moral y las naciones; el miedo a la enorme fuerza de los burócratas en el poder instalados aquí y allí por el mundo; el miedo de que una revolución prepare el terreno a una dictadura más eficaz y casi eterna; el miedo a fracasar de la manera más simple, sabiendo que el fracaso firma el aniquilamiento físico de una o varias generaciones, el miedo a los sacrificios que habrá que soportar asombra, paraliza, divide, retrasa y aplaza sin fijar término.

Sí, los estalinistas espantan a los proletarios. Sí, la apuesta mundial de la empresa los aturde.

Y las fuerzas que hay que derribar, las más terribles de las cuales son las que se dicen proletarias, exacerbán la prudencia y la desconfianza.

No se hace nada.

Ningún entusiasmo, ningún triunfalismo debe ser mostrado.

No hay revolución. Tal vez no la habrá nunca. El estado se fortalece.

A los proletarios se les puede matar de hambre, difamarlos, dispersarlos, drogarlos, hacerlos desesperar, engañarlos con falsas esperanzas, robarles su fuerza.

Los dueños del mundo tienen de su parte el tiempo que roe, dispersa, agota, disuelve.

La victoria de la revolución, en ausencia de la revolución victoriosa, es una ignominia propia de imbéciles estetas, satisfechos al contemplar como los hombres se afanan en el terror, la sangre y los sacrificios, lo que ellos, desde lo alto de sus egregios pensamientos han calculado para la humanidad; o se trata del sucio certificado de aprobación de la odiosa basura arribista.

Los proletarios descubren, hoy, que no existe una programación del futuro. Tienen miedo al no tener nada que proponer, a no ser la destrucción absoluta de todas las formas sociales actuales.

Este nihilismo consciente no es un defecto, sino la cualidad esencial del proletariado moderno: su nihilismo consciente el proyecto de inaugurar una aventura desconocida a escala de la humanidad, y de asumir su entera responsabilidad.

Para el proletariado es previsible todo lo que es visible y necesario.

Nantes, junio de 1974

NOTAS

1. La representación oficial de la toxicomanía entiende generalmente que ésta es el resultado del simple efecto de las drogas.

Hay que discutir esta paparrucha por la aberración de sus mecanismos.

La primera falsedad de esta representación, la más manifiesta, consiste en permitir la permanencia de una distinción oficial entre los psicotropos, es decir, entre las drogas. Sólo se proscriben los psicotropos que se consideran ilegales.

La segunda falsedad, previa elección de algunos psicotropos, consiste en extraer una lección pretendidamente científica del uso que se hace de ellas. Desde luego, la menor perspicacia revela en esta definición una sorprendente cantidad de tonterías cometidas por pedantes chupatintas.

Su tercera falsedad consiste en la dificultad de establecer una definición cabal de la toxicomanía(*).

(*) "En 1957, los expertos de la Organización Mundial de la Salud habían propuesto las siguientes definiciones:

Toxicomanía (en inglés: addiction). La toxicomanía es un estado de intoxicación periódica o crónica producido por el consumo repetido de una droga (natural o sintética). (...)

Hábito (en inglés: habituation). El hábito es el estado resultante del consumo repetido de una droga. (...)

Así pues, tres son las definiciones propuestas y admitidas por los expertos mundiales, pero estos textos son a la vez equívocos y unívocos.

Podría creerse que la equivocidad ha prevalecido por motivos de base policial... Pero la univocidad del concepto propuesto y admitido, la toxicomanía, a pesar de la diversidad de sus predicados, ha tomado la delantera por las débiles razones que hacían la divergencia, gracias a su atrevimiento teórico.

De los tres textos que son autoridad, dos son sinópticos. El tercero pretende aventajarlos a sus expensas. En efecto, aparece como una adivinanza superflua. Su deliberada imprecisión evita el escollo absurdo de una flagrante inutilidad. Se comprende que las autoridades recurran a él con preferencia respecto a los otros dos para vestir con su ropaje "teórico" su acción contra los toxicómanos. Ni que decir tiene que la actuación de la justicia desdén la precisión.

La definición práctica de la toxicomanía es, según parece, más útil. Así podemos saber que "en la práctica, un toxicómano es un enfermo que presenta todos los signos y síntomas de de-

En 1964 los expertos de la O.M.S. *constatan* que no ha sido posible "en la práctica" diferenciar correctamente estas dos nociones y que continúa la confusión en el empleo de estos dos términos (sobre todo en inglés). Buscaban entonces cuál era el *elemento común a los diferentes abusos de drogas*, y proponen el término "dependencia".

Dependencia: Estado que resulta de la absorción periódica, o continuadamente repetida, de una *cierta droga*.

Toxicomanía (...). En la práctica, un toxicómano es un enfermo que presenta todos los signos y síntomas de dependencia de una droga psicotropa, en especial de un estupefaciente."

Extractos de: Información sobre la "droga". Comité interministerial de los problemas médicos y sociales escolares. Comité francés de la Educación sanitaria y social. Suplemento de *La Santé de l'Homme*, nº 165.

pendencia de una droga psicotropa, en especial de un estupefaciente".

Esta definición práctica posee la sabrosa insolencia de no dignarse a emplear en su exposición el término "toxicomanía", el cual es, no obstante, el objeto de la definición, y debería, como mínimo, ser puesto como sujeto de la proposición. Esta tarea de mutilación de lo esencial certifica abiertamente lo que se pretende: la mutilación efectiva de lo esencial, la existencia de toxicómanos y de su razón de ser.

Cuando sólo este resultado es requerido, está claro que los sicarios con patente desdeñan la inutilidad operacional de la definición "teórica" de los expertos. ¿Por qué unos sabios buscan conceptos tan abstrusos y nebulosos como toxicomanía, dependencia, hábito, cuando los esbirros querrían solo un texto simple que dé la ilusión de autoridad teórica y permita ahogar y proscribir con legalidad?

¡Pero los expertos, vamos a demostrarlo, tenían razones mucho más prácticas para su elección "teórica"! La prisa y la necesidad, por parte de nuestros sabuesos, de una firma en blanco han hecho que hasta ahora estas razones no se hayan dado a conocer.

Para nosotros, la mala fe oficial comienza al no querer los expertos ceñirse a una definición única y decisoria cuando, al comparar los tres textos, aparece claro que una indiscutible univocidad yace en la identidad de los términos. Una definición única de la toxicomanía se halla contenida en las tres, a saber: la toxicomanía es un estado que resulta del consumo de una droga.

Esta definición sintética y unívoca dice todo lo que decían las tres definiciones oficiales, excepto la noción "repetida". Esta cláusula puede suprimirse con el fin de suprimir el equívoco entre la periodicidad y la cronicidad que resulta del texto. Lo que la noción de repetición comportaba se halla contenido en el concepto de un estado que es un resultado y comprende la duración determinable de un consumo, sin que sea necesario indicar su

determinación precisa.

Si consideramos los términos sintéticos como la univocidad del pensamiento oficial, vemos de entrada que esta concepción es *formalmente falsa*, es decir, que varios sofismas o razonamientos viciosos han sido introducidos en las diversas proposiciones que la componen.

El más evidente de estos sofismas, que se puede aplicar al conjunto de la definición tomada como un único razonamiento, consiste en deducir de una intoxicación probada la necesidad de un agente tóxico, *¡a fin de* deducir la intoxicación por la acción tóxica de este agente!

Dicho de otra forma, toda tentativa de demostración de la capacidad de drogar que tienen las drogas postula esta misma capacidad que se pretende demostrar y definir. La droga viene a ser a la toxicomanía lo que la capacidad de la razón es a una definición de la capacidad de la razón... ¡La toxicomanía se define pues fundamentalmente como el uso de drogas que resulta del uso de las drogas!

Evidentemente los expertos mundiales no han proferido con esta misma claridad sus insanidades. Las han anunciado de una manera más elegante. Se han contentado con sofismas a fin de elaborar trabajosamente una definición que fuera a la vez adecuada e inadecuada a lo que se les exigía. Tenían que poner entre paréntesis la existencia de las drogas, la existencia histórica y social de los consumidores, en una palabra: su vida. Y esta palabra es: ¡la toxicomanía!

Tenían pues que inventar la abstracción que abstrae de hecho todas estas realidades y las clava cloroformizadas en el interior de una definición tan inmaculada como sobrenatural.

No se les pedía otra cosa que una mistificación, un concepto que pudiera ser blandido como una sanción suprema que autoriza a la acción. Aparte de esto la ciencia no pedía nada, no exigía intervenir... Pero se había entablado una acción legal violenta que reclamaba un salvoconducto teórico.

Nadie se ha cuidado en considerar que las palabras sonaban

a falso, que lo que se definía y la manera como era concebida la definición tenían un vicio de forma.

Hubiera sido mucho más cómodo afirmar que el consumo de la droga es la causa de la toxicomanía sabiendo que la toxicomanía era reprimida. Pero ¿cómo era esto posible cuando precisamente lo que conviene es definir lo que es reprimido a fin de explicar y justificar la represión? Ha prevalecido pues un cierto pudor desde el momento en que no se han atrevido a envanecerse oficialmente de un definido que suponía la definición.

Los expertos han partido pues de la base de que un estado, la toxicomanía, era reprobado. La toxicomanía les pareció pues un estado. Pero de este estado en sí mismo la proposición inicial no nos enseña nada: reclama una predicación suplementaria para exponer la naturaleza de este estado particular.

Se nos dice que este estado *resulta*, que es un resultado; pero: ¿es *un* resultado o *todo* el resultado? No podemos saberlo. Pues la noción de resultado esconde un razonamiento causal en el que se asienta un conocido sofisma contenido y trasladado de una a otra definición oficial: con la pretendida e indiscutible inteligibilidad de un estado-resultado, se expone lo que, en verdad, supone una progresión indeterminada en la que de ninguna manera una cuantificación definida puede significar el concepto del estado; ¡y todavía menos una cualificación de un cierto grado de esta cuantificación que sería este estado-resultado!

Los que afirman que la toxicomanía existe desde la primera bocanada de humo de la marihuana y no a partir de la décima, o cuando se llega al estado de la heroína, no hacen más que empujar el sorites a extremos: se lo aplican a su favor sin ninguna preocupación lógica o de otra clase. Para ellos la toxicomanía "teórica" flota en algún lugar, estado bien definido e indefinido a la vez: pues les basta con *creer* que existe un estado-resultado debido a las drogas en un momento u otro, para que la toxicomanía exista realmente, ¡incluso en la simple intención de drogarse!

¡Mejor! esta creencia no es más que la consecuencia inteligente del conocimiento del estado real que es la toxicomanía y

la existencia real de los toxicómanos. Todos los jueces, policías y moralistas han observado este estado-resultado en los drogados. ¿Qué les importa, pues, a estos hombres de acción la cuestión ociosa de saber *cuándo* el drogado está drogado? ¿Es que acaso no lo está?

Los expertos han disimulado cuidadosamente esta trampa teórica en sus formulaciones: *que resulta* suena como una evidencia. Cuando algo existe, ¿no es que existe una causa de su existencia? El Misterio del Resultado disimula alegremente el Misterio de la Causa.

No obstante, si admitimos la existencia comprobada del consumo de drogas, ¿cómo zanjar el espinoso problema de saber si el consumo de drogas es LA causa o bien UNA causa de la toxicomanía?

Porque allí yace un nuevo sofisma. La lógica no puede menos que confirmar la evidencia de que es posible que el consumo de drogas sea causa de alguna cosa, como de la toxicomanía, por ejemplo. Y también que la toxicomanía tenga entre sus causas el consumo de drogas, además de un número indefinido de otros factores.

Todo está muy claro. Es lo que proclaman todos los policías y los curas del planeta, desde los más feroces conservadores hasta los estalinistas ultrarreaccionarios, cuando chillan diciendo que la perversidad, la decadencia ética, la pérdida de los valores, la bobaliconería de la autoridad, la vida misma que cobardemente se permite a estos drogados son, al igual que la droga, la causa de la toxicomanía.

Pero para los expertos, la toxicomanía debe tener un tratamiento científico; es decir, como última causa, lo que según ellos define la toxicomanía *stricto sensu*, ¡es que se deduce de la virtud de drogar de la droga! Para los activistas a ultranza esta tesis es inaceptable. La virtud de drogar no puede engendrar la toxicomanía sin una causa previa que es el uso de la droga, ¡lo cual precisamente se trata de reprimir! ¿Cómo, pues, podemos distinguir entre el uso de la droga y la toxicomanía que, confesémoslo, es en definitiva el uso de las drogas?

Con estas aporías tocamos la esencia de la representación oficial de la toxicomanía, su razón de ser *práctica* en la ideología.

Para paliar esta manifiesta incuria "teórica", los expertos mundiales convinieron que había que formular una abstracción autoritaria que suprimiría la existencia de los consumidores de drogas absorbiendo todos los problemas planteados por ellos. Estos expertos *han apostado por la abstracción*.

Admiten sin repugnancia que entre la droga y la toxicomanía exista un término medio del uso de las drogas.

¡El uso de las drogas con virtud de drogar es la toxicomanía, que engendra un estado bien conocido que se llama toxicomanía!

¡La toxicomanía es un estado que engendra su propio estado! ¡Y no existe en esto ninguna contradicción si tenemos el cuidado de distinguir dos cosas: el uso de la droga y el uso de la droga!

En este juego de prestidigitación tenemos la esencia de la concepción oficial de la toxicomanía. ¡Su razón de ser consiste en *ser verdaderamente concebida para una finalidad práctica!* Pero esta finalidad práctica no es la salvaje caza del hombre; es la práctica ideológica que acosa mejor y con mayor dureza.

Los expertos saben, gracias a su experiencia clínica, distinguir bien dos estados en el estado único que es la toxicomanía: una cosa es el morfinismo y otra la morfinomanía. Una cosa el barbiturismo y otra la barbituricománia. Y que cada uno de estos estados es necesariamente el estado-resultado del uso de la droga.

Tal vez, con un poco de rigor habría sido posible distinguir el *toxicismo*, que sería el estado-resultado clínico, físico, patológico subsiguiente al consumo de la droga, y la *toxicomanía*, que sería el estado-resultado consistente en el hábito morboso de consumir droga. Pero rehusando hacer esta distinción que no habría hecho otra cosa que incomodar la acción de la legalidad, los expertos han tenido la genialidad de SUBSUMIR estos dos

estados-resultados diferenciales reuniéndolos en un SUPER-ESTADO, una abstracción metafísica absoluta e indiscutible que permite encubrir los hechos incriminados.

La precisión, en lugar de seguir y sancionar la justicia, la envuelve y le da razón por la fuerza primera de la Razón.

Este recurso a un procedimiento metafísico para zanjar el problema real y complejo de la existencia de las drogas, la existencia de unos consumidores de drogas, su vida, en una palabra, no adquiere su fuerza y su forma más que en nuestra época la cual recurre cada vez más a una ideología persistente elaborada lentamente para mejor adueñarse de los hombres y de sus vidas.

Esta renovación de la práctica ideológica es lo fundamental.

Esto explica el recurso a la metafísica. Pero no explica por sí misma el recurso a *aquella* metafísica. ¿Por qué han tenido que escoger de una manera especial el concepto de toxicomanía para planificar la caza del hombre?

Una primera y burda repuesta nos la proporciona la evidencia de la ideología dominante en general y en el campo de la especialización médica: la toxicomanía, bajo ropaje médico, es un concepto rico en presupuestos legales, morales y en sentimientos de diversa índole, con resonancias de peligro social, libertad esclavizada, etc. En otros tiempos, y con otros sistemas, otras definiciones habrían irrumpido para regular "el problema de la droga". Nos habrían podido hacer creer, por ejemplo, que lo que caracterizaba a los enemigos del pueblo era precisamente su afición a las drogas... que las razas inferiores son adictas a..., que... En pocas palabras, seguro que no habrían dudado en condenar, de entrada, a los aficionados a las drogas, pues, después de todo, en esto radica el objetivo de la empresa.

Pero esta explicación que recurre a la ideología dominante en general, si bien puede satisfacer a la estupidez contemporánea, no satisface en cambio a la inteligencia. La explicación indica que una ideología, un sistema de ideas existe y prevalece. Y nada más. No podemos descifrar Una Causa o Un Hecho real específico.

La noción de ideología dominante no expone nada en sí misma. Hay que entender hoy la ideología como una práctica de conquista, como una actividad que se burla de los hombres, ¡y no como un abstruso recipiente de conceptos nebulosos!

Para que el concepto de toxicomanía posea un *poder* práctico, ha de proceder de una ideología activa, operante. El concepto elegido debe exponer por su fuerza activa y su contenido esta forma práctica y nueva de la ideología actual.

La apariencia cientifista considera la droga y su virtud de drogar como la única causa de la toxicomanía. Pero en realidad este concepto descuida la apariencia de su garantía científica: incorpora metafísicamente su causa. A fin de cuentas, podríamos decir indiferentemente: la toxicomanía o los drogados, para enunciar el conjunto del problema sancionado. Y esto sin que en el concepto de droga se asiente necesariamente el sentido de psicotropo o de causa.

El concepto de "drogado", o bien el consenso sobre droga en general, es una representación que resume en ella, en su utilización práctica intermediaria entre el utilizador del conjunto y el mundo representado, no solo una representación obligada del mundo, impensable fuera del concepto, sino además un juicio moral legal, una suma de emociones convenidas. Este conjunto tiende a constituir un consenso del mundo, ¡de manera práctica! El drogado es una cosa de este mundo desconocida, impensable, incalificable, ininteligible, fuera de su representación.

No se trata más que de un estado, y este estado solo existe en su representación.

Esta "subsunción" metafísica que ha inventado la "droga" ha tenido no hace mucho sus horas de gloria. Hoy en día puede decirse que ha fracasado. Antes de que los drogados fueran cercados, había que comprenderlos y clasificarlos. Hoy la ciencia comprende mejor y los clasifica mejor. Hemos llegado a un punto en el que los drogados no han de ser necesariamente adictos a la droga para ser juzgados. En cuanto a la droga y a la toxicomanía, estas metafísicas son relegadas al museo de las teorías inúti-

les para el Derecho.

La Ciencia ha comprendido y reconocido hoy una nueva virtud como causa metafísica que comprende una multitud de hombres particulares y diversos en apariencia, pero en realidad idénticos en cuanto a su Causa metafísica: son los PSICOPATAS.

Así pues el drogado es sólo un psicópata entre otros muchos. *Es bien sabido ya que su substrato de psicópata le ha conducido a la droga.*

Se ve el maravilloso progreso obtenido gracias a este nuevo concepto en el tratamiento de los hombres. Su esencia finalmente precede a su existencia.

¡Así como antes la toxicomanía había sido la unidad metafísica de dos estados, el toxicismo y la toxicomanía, la psiquiatría propone hoy entender a los psicópatas como realizando la unidad de un doble estado patente y observable: el "psicopatismo", o hecho de ser psicópata, y la "psicopatomanía" como propensión a ser psicópata. La psiquiatría, ciencia superior de la humanidad, lleva a cabo un prodigio en este caso: abandona de una vez por todas las miasmas ideológicas, simples efectos de las cosas, para asentarse sobre fundamentos inalterables. Está claro, desde ahora, que la humanidad puede definirse de la forma siguiente: algunos hombres son normales, otros son psicópatas. El psicópata, que comprende al drogado y al anormal bajo todas las formas de su manifestación social, ¡es un estado de tendencia que tiende a un estado!

Lo que define pues al psicópata REAL es la claridad de su definición. A posteriori, el psicópata real es absolutamente perceptible y sancionable por la humanidad no-psicópata gracias a la clara representación que tiene. Drogados, pirómanos, locos, rebeldes, refractarios, libertarios, etc., además de otros mil grupos o maneras de ser humanas que hasta entonces no habían sido comprendidos o tratados, están ya al alcance de la inteligencia normal y de las leyes. La comprensión de esta fauna permite su clasificación. *Está en camino la solución final.*

¿Hasta dónde se llegará? Pues, así como el drogado fue "subsumido" al psicópata, el psicópata, actual inteligibilidad cla-

sificadora de los hombres, ¿de qué tipo de "subsunción" metafísica va a ser objeto? ¿Qué concepto reemplazará al de "psicópata" cuando la ciencia y el derecho crean haber encontrado una esencia superior que se manifiesta además en una multitud de individuos ciertamente psicópatas comprobados, en otros que hasta el momento escapaban al tratamiento?

A partir de ahora conceptos tales como anormal, asocial, parecen anticuados. Nos parece que una calificación próxima a INBUENO será clave de la selección.

¿Qué sucederá, y qué genocidio se cometerá; y bajo qué buena excusa?

El Oficial de Versalles, lo recordamos, ¿no señaló acaso el 21 de mayo de 1871 la pauta a seguir? "¡Nada de prisioneros! Si entre la muchedumbre hay un hombre honrado arrastrado a la fuerza lo distiguireis claramente. Un hombre honrado se distingue por su aureola; conceded a los valientes soldados la libertad de vengar a sus camaradas dejándoles ejecutar sobre la escena y en la furia de la acción lo que al día siguiente no querrían hacer a sangre fría."

Drogados, toxicómanos, psicópatas, inbuenos, proletarios, etc., una cosa es la apariencia, sea cual sea su poder, y otra lo que se halla sometido a esta apariencia, que le ha delegado su propio poder y que puede romper el encanto y los fundamentos reales de este encanto.

Lo normativo se hace inherente a lo ontológico. Pensar y juzgar son una única cosa. Una manera de la representación que se conforma a los hombres.

2. La cuestión de la *normalidad* ha desencadenado estos últimos años una ola de vituperios y de tentativas de pensar bastante divertidas. Según parece, ha sido dicho todo; ¡es decir, poco! Miles de "anormales" han protestado diciendo que prohibían que se les prohibiera en base a unas normas más o menos traducidas en leyes, convencionales y costumbres, que constitu-

yen el orden establecido y sus normas de dominación sobre los individuos. Estos clamores recogen en su mayor parte las indignaciones propias de la Hermosa Alma de Izquierda y de sus modas "críticas". El orden establecido domina no por sadismo o por placer: sólo porque está establecido, y pretende quedarse.

Las normas de la vida social, cualesquiera que sean los campos a los que hacen referencia (jurídico, político, económico, cultural, sexual, etc.) reposan, ya lo hemos dicho, sobre un fundamento práctico, una ecuación cuantitativa simple. Aquella se ha constituido históricamente hasta elevar su existencia jurídica como Derecho universal de la "perecuación" de los individuos respecto a la sociedad civil, y esto en el momento en que el capitalismo instituye su derecho a la apropiación, en el curso de las revoluciones burguesas. Una vez la burguesía se halla dominando la sociedad civil, la "perecuación" social, que es la expresión jurídica de este hecho, consiste en reconocer el derecho y el deber para cada ciudadano de constituir una identidad equilibrada entre cantidad y calidad. Esta identidad, que es una medida, evoluciona concretamente, es decir prácticamente, en el seno de la evolución concreta de las relaciones sociales.

La NORMALIDAD es el puro concepto abstracto de esta medida. Se limita a exponer la idea de que existe una medida de las relaciones sociales, de la vida social misma, vida social concebida en abstracto en el concepto de normalidad como la sola idea de la vida.

En la ideología, la normalidad, que no era, recordémoslo, más que una simple idea adecuada al hecho de una cierta medida real de las relaciones sociales, se convierte en el reconocimiento del valor de la medida de las relaciones sociales. Pero en tanto que normalidad, es solo un simple concepto normativo.

Su utilización ideológica, que sigue en esto a su razón de ser ideológica, consiste en imponer una manera normativa de vivir, sea imponiéndola por la simple presentación de su idea de una legislación moral fundamental e indiscutible de la vida —es decir, de maneras de vivir— sea por la presentación en los casos particulares debatidos a respecto (como la sexualidad) de las reglas y

de las normas particulares que miden las conductas examinadas en estos casos.

Sólo entonces descubrimos las NORMAS, o reglas morales: cuantificación ideológica ilusoria, porque utiliza para afirmarse en cantidad, no ya la cantidad misma en su existencia social, sino una norma de la cantidad que regula la medida. Las normas, en efecto, se remiten, para afirmar y probar el derecho que las ampara cuando pretenden imponer una manera de vivir "normal", no ya al hecho puro y simple de una vida social prácticamente medida —es decir a un sistema en su práctica esencial—, sino a la existencia de un derecho que es la medida ideológica de la cantidad y la valoración a posteriori de lo que existe ya medido y que es, por ende, la reconducción de una vida social tal como se considera que ha de ser normalmente, imponiendo que sea vivida tal como se considera que es.

Todos aquellos que han "criticado" y "critican" todavía la normalidad, han mezclado pues elementos distintos. En general se han creído autorizados por la "época" y el consenso sobre "la-revolución-que-ya-es-inevitable", es decir, el espectáculo de la revolución, a acomodarse y a acomodar la única teorización adecuada de la abolición de esta vida social: la construcción del igualitarismo comunista. Pero desde el momento en que ellos ignoraban a menudo lo que decían y porqué decían y hacían de esta suerte —no solamente bajo el aspecto del simple decir y hacer, sino también bajo el aspecto de su razón histórica— el más importante de los hechos ignorados por ellos es la identidad práctica entre la ideología y las relaciones sociales; a saber, que la idea criticable no es criticable más que abstrayéndola de su existencia ideológica practicada y vivida, y que es posible "criticar" la existencia de normas únicamente porque estas normas son la regla y la medida de una vida social vivida de esta forma. No han visto que el aspecto ideológico que creían poder desemboscar tontamente y destruir sólo indicando que allí sólo había ideología —moral, a sus ojos, puesto que no hacían más que refutarla con una afirmación moral— no es un suplemento del orden de las cosas, de la vida, sino el orden efectivo de la vida, la vida efec-

tivamente medida y ordenada.

Su entusiasmo crítico tiene esto de delicioso, ¡que rechaza en nombre de una anormalidad ideológica la obligación de someterse a la normalidad en su sola esfera ideológica! Se limitan pues a poner otro sistema —el de la “libertad”, dicen— para determinar otra medida de la cantidad. Elaboran estadísticas y llamar normalidad dominante la medida más corriente de vivir, ¡y normalidad normal la medida de vivir con la *idea* de la libertad como única medida!

¿Pero se les ha visto destruir o intentar destruir el *hecho* de la existencia de los Estados? No. Se limitan a vivir de la misma manera sólo que con una ideología de la medida simplemente diferente.

Esta diferencia en la ideología les basta para que crean vivir real y diferenciadamente como destructores del actual sistema de clases. En realidad, se limitan a mejorarlo, inventando nuevas maneras de vivir *en* este sistema de clases y, por consiguiente, una nueva manera de vivir *de* este sistema de clases. Y como sea que la vida precede siempre a las ideas, inventan para esta civilización un nuevo derecho referente a una nueva manera de vivir. Con lo cual se consituyen en un episodio “crítico” en el reformismo dominante.

Ahora bien, sea que consideremos la normalidad en su aceptación ideológica tradicional —la que representaba la vida social antes de la “crítica”— o bien la normalidad “crítica” —la de la vida social que en un momento históricamente necesario, el nuestro, reclamaba ser reconocida y desarrollada, de tal forma que se ha otorgado y ha recibido un necesario reconocimiento y un desarrollo histórico continuo— constatamos que la normalidad asigna un derecho a la calidad para cada hombre, que es el derecho de poseer una “persona”. Desde el punto de vista histórico, se entiende, para que sea reconocido por el Derecho que los hombres son iguales entre ellos en cuanto a la calidad, es necesario que esta calidad consiga hacerse admitir como hecho y derecho abstraídos de la diferencia personal en la igualdad de los hombres. Para conseguir esto ha bastado la lenta marcha históri-

ca del capitalismo que establece la identidad cuantificable de los hombres entre sí.

El Derecho reconoce esta cualidad abstracta personal al reconocer, de un lado, su existencia abstracta; pero por otro, y principalmente, al definir su existencia social práctica, la que permite que cada hombre, al vivir en el sistema social que le reconoce de hecho y derecho de igualdad de cualidades, retenga, por habérselas apropiado, su propia vida, su propia personalidad y todo lo que puede socialmente anexionarse como propiedad privada —extensión de su propia cualidad: bienes, familia, oficio, situación, honores...

Es precisamente el reconocimiento de este derecho a la cualidad abstracta lo que desencadena periódicamente las pompas de Derecha y de Izquierda para sacralizar, honrar y defender el derecho de la persona humana, el humanismo puro y duro, el verdadero sentido del Hombre. hasta, para colmo del ridículo, defender esta abstracción concedida a un conglomerado fetal a propósito del cual sería normal pensar en eliminarlo en cosa de que molestara como lo sería pensar que hay que eliminar *física-mente* a los burgueses y burócratas de este mundo.

La burguesía, al imponer con su derecho que sea reconocido el derecho a la igualdad de la cualidad (en lo referente al *hecho* de la igualdad la cuestión es más espinosa, pues asoman allí los azares históricos, los intereses, las contradicciones...) no hace más que imponer un sistema en el que los hombres deben vivir obedeciendo las reglas de este sistema de vida, renovándolo, es decir modificándolo, reformándolo en una mezcla histórica de intereses, de necesidades y contradicciones.

Para que los hombres sean iguales cualitativamente reconocidos entre ellos es necesario y suficiente históricamente que sean de hecho iguales entre ellos por haber alcanzado esta igualdad. Esta es la historia de la alienación histórica, la historia de la cuantificación de los hombres, de su proletarización.

3. “¡Sí, seguro! ¡Todo esto es justo y pertinente!” alabarán miles y miles de granujas, cortesanos incondicionales de toda

crítica, con tal de que ésta parezca más extremada que la corriente en el mercado, y les permita ofrecer sacrificios en los ritos de la ideología revolucionaria agitando nuevos pensamientos que procuran el éxtasis y la consideración en los salones. "Sí, pero..."

La reticencia es el atributo del cobarde. Pues una cosa es la moda revolucionaria, otra cosa la necesidad de vivir.

Ahora bien, ¡vivir!: hace falta el socorro de la religión teórica para perdurar en las obligaciones de la traslucidez cotidiana a pesar de la inmundicia social y el hedor personal. Los conceptos deben, por término medio, confirmar el uso individual y no infamante de las drogas, confiriendo una razón superior y excelsa a esta práctica, distinta del simple gusto y la voluptuosidad, pues el-saber-vivir-en-el-placer es desde hace mucho tiempo una banalidad apartada de la existencia de estos revolucionarios.

Tiene que existir — ¡luego existe!— una dialéctica de la droga, un ir i venir gracias al cual las cosas ya no son lo que son, y la droga ya no es droga.

Evidentemente. Todo está en todo y recíprocamente. El otro es uno y el uno, otro. Basta con dar la vuelta en el momento oportuno.

¿Por qué pues una tal idiotez espontánea e insondable?

¿Por qué pues unos cretinos tan francos y numerosos?

De nuevo encontramos bajo nuestros pies los escombros de una teoría trasmutada en ideología revolucionaria, regla de vida de una canalla abyecta, elegancia mundana de crámulas opulentos, buena y mala fe comunitaria.

En esta moda de la teoría se admite que todo vaya y vuelva. Y si es así, es que es así en la realidad. Pues si no fuera así en la realidad, ¿cómo podría serlo en la teoría?

En pocas palabras, todo es dialéctica, pues la dialéctica es todo.

Todo se derrama, y lo que vuelve sirve, nada menos, que para... la revolución, para decirlo todo y no diciendo nada.

La dialéctica de la droga es la moda de la dialéctica, simplemente la moda, las palabras, las muecas, los gestos de pasmo, pero es además la existencia indecente de estos miles y miles de advenedizos del capitalismo moderno, acaudalados, bien alimentados, situados, prósperos, insolentes y estúpidos a más no poder.

Y todo este mundo hermoso piensa, y lo vuelve todo del revés, dialécticamente. Lo malo se vuelve bueno, lo desviado es hermoso y lo hermoso entusiasma al alma.

¿Una dialéctica de la droga? ¿Se quiere con ello sugerir que a un determinado grado de expansión y de consumo de las drogas, por la virtud práctica de la teoría pura de la mutación de la Cantidad de Cualidad, los proletarios se convierten en revolucionarios? De donde se seguiría una revolución, ¿no es verdad? Y una revolución, ¿no es acaso...?

¿Se nos intenta decir que un exceso de drogas, dándole químicamente la vuelta al embotamiento de la conciencia la despertaría y convertiría *ipso facto* en conciencia de clase y clase de la conciencia?

Se quiere decir...

¡Pero no! Ningún imbécil de esta fauna quiere decir nada, sino desempolvar la Dialéctica, la que lo vuelve todo del revés y que trasciende en el cine falseado, en la edición falseada, en la publicidad falseada, en la televisión falseada, en el arte falseado, en el pensamiento falseado, en la dialéctica falseada...

A todo se le puede dar la vuelta, incluso al mismo acto de volverse que se adelanta a sí mismo progresando hacia sí, es decir hacia la supresión de sí mismo en su propia realización... ¡Qué hermoso mundo!

Vamos, no dudemos más: ¡abajo con todo!: con los patrones, los estalinistas (¿y por qué no? ¡la cosa es tan fácil!), las fronteras, los sexos y las bicicletas, el café y la vida, el agua y el metal... Dialéctica de las leyes, del tiempo y de los lugares, todo en proporción.

No es necesario que el Estado se derroque él mismo, puesto que está en su ser el ser derrocado... dialéctica del poder y poder de la dialéctica; no lo temamos, las palabras lo permiten.

Basta con picotear en el puré conceptual y decidir qué es lo que cambia, cuándo y cómo.

¡Qué importa la realidad actual de las drogas y sus usos!
¡Qué importa que no se puedan juzgar en sí mismas, que su valor no sea fijado para toda la eternidad!

Nada de esto concierne a ninguno de los que pretenden derrocar a la sociedad, sino a los otros. Ellos son revolucionarios y algunas veces proletarios, incluso cuando manan del estiércol burgués, incluso cuando engordan con la podredumbre burocrática, incluso repletos de oro o transpirantes de mundanidad, son buenos, y también hermosos y felices, mientras que la humanidad está tarada, envilecida, mediocre.

¡Dad la vuelta! ¡Dad la vuelta con todo!, dueños sin esclavos. El tiempo es vuestro. ¡Prosperad! Vuestros cadáveres serán todavía más hermosos.

Índice

<i>Los hombres se drogan</i>	5
Un hecho.	7
Una propensión contemporánea	10
La seguridad social	24
Materiales para la construcción de un patíbulo	31
Piedras:	31
— La Ciencia	31
— La Vida	31
— La medida común	41
Cuerdas	44
— La medicina vulgar	44
— La medicina revolucionaria	48
Piezas de convicción	55
<i>La antirrevolución contemporánea</i>	83
Los anexos de la droga	85
El Tratado	93
El uso	107
El saber-vivir	116
Las jóvenes generaciones	133
<i>El estado se fortalece.</i>	145
<i>Notas.</i>	169

